mp3

Editor [Pablo Illanes]

Play Colección



EL VALIENTE,
Bernardita Puga
(Héroe, de Enrique Iglesias)

NO TODOS LOS FANTASMAS VIENEN DE NOCHE,
Francisco Ortega
(Waiting for the night, de Depeche Mode)

REPLAY,
Alejandro Alaluf
(Pinball wizard, de The who)

BREVE HISTORIA EN QUE NO ESTÁS,
Sebastián Arrau
(El breve espacio en que no estás, de Pablo Milanés)

LOMO LISO,
Josefina Fernández
(Touch me, de Samantha Fox)

MANCHAS DE SANGRE EN CORTINAS DE TERCIOPELO BURDEO,
Pablo Illanes
(Girls and boys, de Blur)

DÉJENLE LA MÚSICA A LOS NIÑOS,
María José Viera-Gallo
(Starman, de David Bowie)

SENSEI,
Roka Valbuena
(You make me feel so young, de Frank Sinatra)

DEPARTAMENTO PILOTO,
René Arcos Levi
(Solitude standing, de Suzanne Vega)

Carmen 8, 4º piso, Santiago de Chile

ISBN: 956-13-1831-8
Registro de Propiedad Intelectual Nº136.940, año 2003
Santiago de Chile

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN
de 4.000 ejemplares en el mes de diciembre de 2003

Impresor:
Imprenta Salesianos S. A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



Editor
Pablo Illanes



mp3

Por eso quiero dar las gracias,
a las canciones
que transmiten emociones
quiero dar las gracias
por lo que me hacen sentir
debo admitir
que por la música vale vivir
por eso quiero dar las gracias
por ese don en mí
(ABBA)



Music makes the people come together

(Madonna, *Music)*

You can't stop the music
Nothing can stop the music

(Village People, *Can't stop the music)*

ÍNDICE

INTRO

Esto no es un prólogo. Aunque se trata del texto que abre este libro su intención es bastante más sencilla que la de un prólogo. Funciona simplemente como un saludo de bienvenida al lector anónimo que acaba de comprar este ejemplar de **mp3.**

Poco importan ahora cuáles fueron las razones que te llevaron a adquirir esta antología de cuentos *musicales*. Tal vez te gustó la portada o alguien te contó de su existencia y te traicionó la curiosidad o quizás simplemente te robaste esta copia en una librería con escasa vigilancia. Felicitaciones. No te vas a arrepentir.

mp3 es un recorrido a velocidad relámpago por distintas voces narrativas. No una sola, sino muchas. Nueve, para ser más exactos. Suaves o estridentes, románticas o desesperanzadas, graves o agudas, a todo volumen o en susurros, igual que las notas de las melodías que inspiraron estos relatos.

Los autores aquí publicados tuvieron que elegir, primero, una canción. La libertad fue absoluta: cualquier época, estilo o nacionalidad. Aquí cabían desde los Rolling Stones hasta Cecilia, desde una banda de rock post-industrial de New Jersey hasta ese lado B del primer disco de Britney Spears del que nadie, por suerte, se acuerda. Tras elegir esta llamada "canción de origen" los autores se entregaron a la tarea de escribir un relato inspirado, basado o *samplea-*

do en el tema escogido. Lo que estás a punto de leer son nueve cuentos escritos gracias a los efectos de la madre de todas las musas, la primera: la música.

Éstas son historias donde una canción determina el futuro de los personajes, donde una letra tarareada al azar sirve de pretexto para reflexionar sobre los clásicos grandes temas de la literatura: la soledad, el amor, el abandono y la necesidad urgente de pertenecer, integrarse y encontrar ese lugar en el mundo.

Una melodía escuchada casualmente sirve para que la protagonista de *Héroe* (de Bernardita Puga) reflexione acerca de sus éxitos y fracasos. Una canción de The Who es el himno vital para un videojuego adicto de 17 años a punto de explotar en *Replay* (de Alejandro Alaluf). La melancolía religiosa de David Gahan en el tema "Waiting for the night" es la razón por la cual dos mujeres se conectan en un cementerio, en *No todos los fantasmas vienen de noche* (de Francisco Ortega). Una mujer traduce una canción de Suzanne Vega mientras un niño colorín llama su atención en *Departamento piloto* (de René Arcos). La sexualidad desbordante de Samantha Fox impulsa el deambular de la heroína de *Lomo liso* (de Josefina Fernández). Una letra desgarrada identifica a los personajes de *Breve historia en que no estás* (de Sebastián Arrau). En el lado B de un disco de David Bowie se oculta la clave para comprender la vida en *Déjenle la música a los niños* (de María José Viera-Gallo). Una empalagosa canción noventera de Blur es el himno de un antro nocturno en *Manchas de sangre en cortinas de terciopelo burdeo* (de Pablo Illanes). Un acabado instructor de karate le dedica una canción sexual de Frank Sinatra a un joven alumno en *Sensei* (de Roka Valbuena).

Frenéticos, delirantes, esperanzadores o intimistas, los nueve cuentos publicados en estas páginas no pretenden bajo ninguna circunstancia identificar una generación ni una voz común. Aunque los autores de esta antología escriban en computadores personales y envíen e-mails, aunque todos provengan del cine, el teatro o el periodismo e incluso algunos de ellos estén familiarizados con Kazaa y Soulseek y sepan lo que es un iPod, ésta no es la generación **mp3**. Nuestra tarea no es definir los márgenes de una nueva-novísima narrativa, para eso están los críticos y académicos, para ponerle nombre a las cosas. Todos los autores tienen sus propios mundos privados desde los cuales se atrevieron a mirar hacia afuera. Todos, a juzgar por sus relatos, saben de qué están hablando.

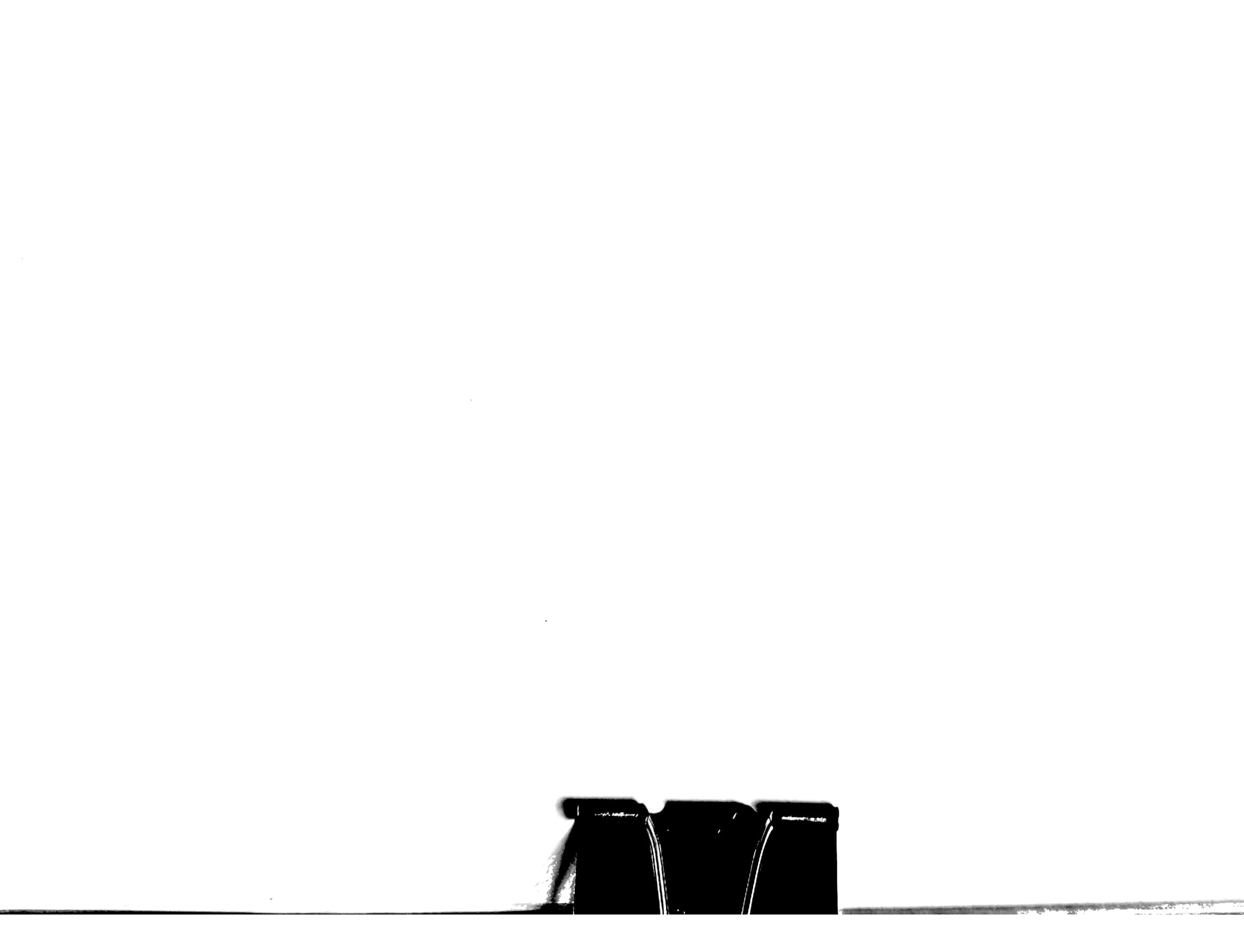
Ahora la misión es tuya. Llegó la hora de apretar **PLAY** y empezar a conocerlos.

Pablo Illanes

EL VALIENTE

Basado en *Héroe* de Enrique Iglesias

Bernardita Puga



Bernardita Puga

Mi niñez tiene el sello de los árboles y las panderetas. Desde ésta posición dominaba el paisaje: el barrio un laberinto de desconocidos esperando mi visita. Al principio en triciclo luego en bicicleta. Eran esos momentos los que mi cabeza no paraba de escribir; desde la hora de la siesta hasta el ocaso...

Los films antiguos, fotogramas desteñidos en la memoria, eran mi fuente de inspiración. Las películas funcionaban como una vía de escape para los niños de mi generación. Crecíamos en una ciudad hostil que al caer la noche repetía su trágico ritual.

De mi juventud cargo sólo la poesía. Mezcla de hormonas y soledad.

Más adelante sería el cine. Alicia Vega abriría esa puerta; incorporándome a dos mundos: el de la pantalla y el de un Santiago oculto. El primero, a través, de Chaplin y el lenguaje del cine y el segundo por medio del conocimiento circular de los cordones marginales de Santiago. Como ayudante en los talleres de cine para niños retomé mi fascinación por el lenguaje cinematográfico. De nuevo estaba indecisa en donde poner correctamente la escritura. En esa indecisión pasé un año en la escuela de arte de la Chile (de la que guardo en mi retina los fuegos heroicos de las barricadas y un amor perdido) otro en periodismo (Un paso en falso) y por último la Comunicación audiovisual en el ARCOS: Allí un par de profesores me encaminaron en el mundo del guión. De ahí recorrí el camino que casi todos

hacemos: trabajo, cesantía, algún concurso bien ganado y en el computador miles de hojas de películas.

He acumulado un currículum de experiencias que van desde la televisión (Sussi), cine ("Teresa" Tatiana Gaviola, G. L. Ortúzar). Adapataciones de cuentos infantiles (MANKASEN) radio (Radioteatros, radio Tierra). Textos poéticos (Testimonios poéticos radiales de víctimas de la dictadura) y otros trabajos que seguro que me quedaron en el tintero.

Todo va incluido en el morral. Sin embargo, la mejor escuela fue y será el deambular por el paisaje de Chile; por los aventuras que se van mezclando con la escritura en una bitácora misteriosa.

Las historias me suceden, las historias me son sopladas por los que salen al camino a confidenciarle sus vidas. Yo escucho.

Londres, 1998.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL AÑO pasaban por mi ventana. Afuera un escenario de ladrillo y desolación. Por las tardes me imponía caminar. A paso rápido recorría las calles del sudeste de la ciudad. Una vez que llegaba al río, apoyada en la baranda, mis ojos se perdían en el agua. Del otro lado del puente: la torre de Londres.

Sabía que nunca entraría. Al igual que los cuervos que rondaban, sólo sobrevolaba el paisaje. No vivía en él.

El frío, música siniestra, aumentaba la tragedia. Todo se había ido a la mierda.

Con Andrés ya no nos hablábamos.

Cuando no caminaba, escribía.

La noche se hacía eterna. Oscurecía demasiado temprano. No quedaba nada más que sumergirse y dormir.

Desde que pisé esta ciudad, supe que era el lugar elegido para poner fin al amor.

El barrio en que vivíamos era disperso, sin vida. Todo quedaba alejado entre sí: La mezquita del correo. El correo de las fuentes de soda. Las fuentes del mercado. El mercado de la disco –una cadena rota–. La información divina no nos llegaba. Las fuentes ni siquiera se aproximaban y no había baile, nada de celebración.

El único centro de reunión era el “Elephant and Castle”, un *shopping* rosado coronado en su entrada con esculturas de elefantes. Increíblemente horrible, costaba creer que existiera. En su interior, igualmente feo y decadente, funcionaba el supermercado, los animales eléctricos y el juzgado que llevaba el caso de un joven

negro asesinado por unos *skinheads*, los que con descaro sonreían a las cámaras cada vez que iban a declarar.

En el departamento compartimos los últimos meses del año junto a Dani, otro chileno, y Carmen, una española.

Ella trabajaba de camarera desde las seis de la mañana. Dani estudiaba algo relacionado con ciencias; Andrés, inglés. Yo escribía.

Dani era cruel con Carmen. "Cara de bruja, fea, hedionda, marimacho, tonta" eran algunos de los insultos que Carmen recibía. Aguantaba todo. Oriunda de Aragón, al igual que los familiares de Dani y de Andrés, había abandonado el pueblito de piedra siguiéndolo a él.

Carmen no quería que la defendieran. Sólo le interesaba tener a Dani cerca. Creo que me empezó a parecer más monstruosa su actitud que la de él. Cuando de noche se cerraban las puertas hacían el amor. Al igual que nosotros cuando ya no aguantábamos más.

Mi deber doméstico era el baño: water, tina, espejo, suelo. Trabajo asqueroso pero que me daba como ventaja no hacer nada más. Era mi cuota de humanidad para esos tres seres que no soportaba.

"Me voy: tengo pasaje", le dije a Andrés poco antes de que terminara el año. La decisión la había tomado meses atrás en una tarde despejada de septiembre cuando de redondo el cielo se caía por el horizonte. Las peleas habían aumentado en forma desmedida. Y esa de septiembre fue para mí la última. Recuerdo las palabras cayendo como una lluvia de culebras negras. Ya nada podría borrarlas. Sólo quedaba conseguir un pasaje de regreso y mientras tanto mantenerse en silencio para sobrevivir.

Llegó el Año Nuevo. A solas con Andrés, refugiados bajo un puente, brindamos.



El primer trago amargo. Lo escupimos. El vino estaba malo. Pasaron los barcos iluminados, con la fiesta en cubierta. A las doce nos dimos un abrazo triste.

En enero de 1999 partí. Ligera de equipaje, con mis escritos guardados en un maletín de cartón negro. El maletín llevaba como bandera la fotografía de una *Casa Rodante Blanca* .

Santiago,
finales de octubre del 2001.

He pasado dos años vagando entre cerros y playas. Viví en casitas y casotas.

Un día salió el sol entre mis cejas. Fue un 5 de agosto. Desde ese día mi vida tomó un rumbo distinto. Desperté. Desperté, a través de un sueño. Una puerta se abrió. Todo estaba escrito en los cerros, árboles, madera, casas a la orilla del camino, números, piedras. “Bienvenida”, me susurraba un aliento. Pero sobre ese sueño no hablaré más. Ese sueño está allí como llama encendida en una caverna.

Haría mi voluntad en la tierra.

Volvamos a esa primavera en Santiago. Octubre se iba. Y no sé qué cresta me pasaba, pero me salía demasiado difícil enganchar con un hombre. Terminaba acostándome con quienes no me provocaban ninguna pasión. Trataba de buscarle el lado, de liberarme de los prejuicios que arrastraba por años junto a Andrés. Podía llegar al orgasmo. Sin embargo la fantasía quedaba fronteras atrás.

Todo cambió esa primavera cuando Alonso, el novio de mi hermana, habló de los argentinos de la caravana maya que habían cruzado la cordillera en casas rodantes. ¡¡¡*Casa rodante*!!! Mi corazón dio patadas. Le pedí que me los presentara. Alonso trató de negarse. No lo dejé. ¡¡¡*Casa rodante*!!! Mi transporte a la felicidad. Mi sueño flotando en el cartón negro.

Fui con Alonso a una fiesta alternativa a las afueras de la ciudad. Conocí a César. El argentino que manejaba la *casa rodante*.

Al interior de un tipi (carpas de los indígenas norteamericanos) fumamos marihuana. César pidió "al aire" que le hicieran masaje. Me quedé muda.

Un gordo, que por casualidad nos acompañaba al interior de la carpa, se ofreció. Era masajista de profesión. César se quitó la camisa. Se tendió de boca.

Su mano volteada, inmovilizada, quedó muy cerca de la mía. Acostumbrada a mi bestial soledad, me conmoví con su mano tan cerca de la mía. El masajista acotó que lo ideal para la situación hubiera sido tener aceite de rosas.

Yo traía en mi bolsito una botellita de aceite de rosas. Se lo entregué. Finalizado el masaje; conocí la *casa rodante*. El brillo del anhelo se escapaba de mis ojos: era un sueño, una casa en el camino. No era blanca, estaba entera pintada con paisajes y símbolos mayas.

Decidida, le dije a Alonso: "Quiero conocer mejor a César". Alonso evadía mi petición. Trató de explicarme cosas del calendario maya, que yo no escuchaba. Estaba obsesionada con la *casa rodante*. Alonso continuaba corriéndose. Hasta que dejé que viera parte de mi verdad, parte de la llama en la caverna. "Alonso, hay cosas que están inconclusas". Alonso podía ver.

Dos días después sonó el teléfono. Era César. Quedamos de juntarnos esa misma noche en la Plaza Nuñoa.

A media noche salió a encontrarme a la avenida. No me acordaba bien de su cara. Me pareció más bajo, más buenmozo.

Caminamos hasta la *casa rodante*. Tomamos té.

Él hablaba de la importancia de descifrar los números, de las profecías de Argüelles. Yo escuchaba. Su perfil cambiaba constantemente. Era como estar hablando con tres personas a la vez. Quería que entendiera que algo nuevo estaba por venir. Agarraba la piel de su rostro diciendo que sólo era materia. Todo se transmutaba. Los tonos eran la clave. En silencio pensaba en mi despertar. Otra llave, la que no me atrevía a compartir con él; aunque me gustaba, aunque manejaba la nave.

Lo único que me atreví a decirle fue una frase que desde hace un tiempo llevaba como muletilla: "Hay que vivir intensamente, puedes estar cruzando la calle, pasa un camión, te atropella y todo se acabó". Era mi manera de decirle que quería vivir el presente.

Nos quedamos callados. Él con su quietud, llenó las 4 de la madrugada. Luego dijo: "sé nuestro pasado. Sé nuestro futuro". No pregunté nada. Una mano de otro mundo me tapó los labios. César suspiró. Estiró los brazos en las barras del camarote. Yo, inmóvil y penetrante como un puma, esperé que la vida me sorprendiera. César estiró su mano hacia mí: "Ven" (parecía algo triste en su invitación, como si estuviera a punto de hacer algo que no debía). Le di mi mano. Nos besamos. Trató de desabrochar un sostén que no existía. No sé por qué terminé practicando sexo oral. El acto sexual no se desarrolló como lo deseaba.

Al parecer hacemos mejor el amor cuando más baja es la expectativa. Eso sería lo que pasaría por mi mente durante meses, evaluando esa noche. Sin embargo la vida es más intrincada y misteriosa de lo que imaginaba.

Después de hacer el amor actuó con frialdad. Limpió su pantalón. Yo quedé con las medias abajo sentada en el camarote.

Pensé en decirle algo pero, era mejor dar vuelta la página. Que se fuera a la mierda. No lo vería más. Un silencio incómodo se instaló entre nosotros.

Comprendí que no me llevaría al departamento de la Jose (refugio en Santiago). De repente, como sacado de un reparto de película apareció un taxi. Traté de salir lo más rápido posible. César me detuvo, me abrazó.

Un abrazo demasiado fuerte. Mezcla de miedo y calor. Quedé desconcertada.

1 de noviembre de 2001. Pre cordillera.

Desde el 30 de octubre al 1 de noviembre me fui a acampar al bosquecito en Peñalolén.

Tendida en la maleza sentía la brisa. Estaba en paz. Podía morir para renacer en ese pájaro que durante los tres días, picoteaba un árbol en la profundidad verde.

Mi cabeza estaba vacía de pensamientos. Tan claro era el horizonte de mi mente, que descansé como si mi cráneo golpeado contra la tierra se hubiese transformado en hueca calavera. Sin dolor, sin materia pulverizada

en cenizas me elevaba con esa brisa de primavera hacia el cielo celeste.

Así estaba celebrando el día de los muertos.

Sin embargo, cuando la noche llegaba, la oscuridad me asustaba un poco: preparaba un fuego de corto tiraje.

Esa noche, recostada bocabajo y dispuesta a dormir, me quedé helada: "algo" había entrado a la carpa. Era una presencia. No tenía la fuerza para voltearme a ver. Más lo que se tiene que ver se ve; aunque cierres los ojos. Esa presencia era César. Con sus manos apenas tocándome recorría mi columna vertebral. Me quedé dormida.

Diciembre 2001. Guanaqueros.

Partí con la Vero al norte.

Estaba cesante, con una mochila azul, gozando de la libertad.

En un bar de La Serena conocí a Mario. Igualito a Lenny Kravitz. Más bonito. Con una sonrisa que me sacó de inmediato un suspiro.

Mario presentó su obra de teatro en la casa de mi amiga Vero. La casa ubicada en unas extensiones de sembradíos entre la carretera y el mar, era el escenario perfecto para la función. Los actores, niños de las zonas marginales de Coquimbo, se desplazaban entre los cuartos y los jardines.

Mi intención hacia Mario era clara. La de él también. Se fue a Guanaqueros a verme.

Escuchaba su vida. Pero en realidad lo que me interesaba eran esas frases que decía a propósito de nada. Conjuros de mago. Cortas y directas. Mario, de mirada morena y brillante, entraba en mis sentimientos, en mis pensamientos sin que me alcanzara a dar cuenta.

Mario tocaba los tambores, cantaba a la virgen de Guadalupe.

Nos movíamos a dedo por las ciudades de la Cuarta Región. En uno de los viajes entre Guanaqueros y Coquimbo, en la parte trasera de un camión, veíamos el atardecer. Yo no podía estar ni con el sol ni con él. Acababa de enterarme, a través, de un llamado, que un proyecto había fracasado. No le conté a Mario.

Era largo explicarle que ese proyecto era mi pasaje para un destino secretamente deseado. Me tenía abrazada, miraba el sol cayendo panorámico al mar. El cielo rebotaba rosado-púrpura. Me miró y como sentencia, dijo: "Una por otra".

Una por otra... No se refería a él. No era él el cambio. Mario se iba a Colombia a ver a su hijo. "Una por otra".

Algo se tejía en mi destino. Yo sería la última en enterarme de los caprichos del universo. Todos los que se cruzaban en mi camino sabían más.

Mario había nacido en la Quebrada de Paihuano; donde el Valle se pierde en V y cometas. Su abuelo muerto le había advertido en sueños de una mujer que montaba en un caballo blanco. "No te vayas con ella". Esa mujer era yo. El peligro pasó, cada cual tomaba su propio rumbo. Cuando nos despedimos, Mario Flores me pidió que lo recordara cada vez que sintiera el olor de los jazmines.

San Alfonso, Cajón del Maipo. Enero 2002.

Era 6 de enero, junto a tres amigos cruzamos el puente colgante que nos lleva a las cascadas.

Abajo, el río café furioso. A la vuelta del viaje lanzaría mi bikini para expiar parte del viaje, para que las aguas se llevaran la "mala".

Tomamos hongos.

Los hongos me llevaron en un viaje que remeció algo más que mi psiquis. Ese viaje logró golpear mi alma. Instalada en las cuencas de las montañas, descendí a la muerte y a la vida. Se desarmó el tiempo: "Supe mi pasado. Supe mi futuro".

Tendida de espalda, ojos cerrados, la piel lila y un perro resguardándome en círculos. La tierra me tragó, absorbió mi energía. Arriba lo único que quedó fue mi cuerpo muerto.

La muerte es café tierra. Estoy asistiendo a otra muerte, no la mía. De repente mi trance lo interrumpe una motociclista. "Estoy prestada". ¿Qué hacía él aquí? ¿Qué hacía ese hombre en mi viaje?

Desapareció. Todo se puso naranja. Emergí desde el fondo de la tierra. Parecía que el sol se hubiera metido bajo tierra.

Jorge, uno de mis amigos, me hablaba tratando de traerme de vuelta.

Creía estar de vuelta, con los pies mojándose en las cascadas cuando me habitaron todos los que voy llevando (pero esa es otra historia). Sentí un impulso de escapar de mis amigos. Necesitaba estar sola. Me fui al pueblo, a la plaza. Trataba de pensar en algo que me devol-

viera. Desesperada pedía ayuda a quién captara mi frecuencia. Me vinieron como flash dos hombres. A uno lo conocía, al otro no.

Santiago.
Dos días después...

De nuevo en Plaza Nuñoa, esta vez junto a la Vero, conocí a unos que andaban de celebración. Era un día pleno de verano. Acarreaba la mochila azul con condones. El carrete siguió de largo y me acosté con uno de los celebrantes.

Me había perseguido toda la noche. Mientras hacíamos el amor mis ojos recorrían el cuarto, iluminándose al amanecer. Estaba curioseando, cuando me turbó la sensación de que era observada. Alguien más estaba en la pieza.

Cuando dejaba la casa de mi reciente amante un pajarito en un árbol cantó.

Mi hermana Rosario me llamó. Malas noticias. César, el argentino de la casa rodante, estaba muy mal. Lo había atropellado un camión.

Quedé en pausa.

César caminó al sur, había detenido la *casa rodante* en un trayecto de volcanes y lagunas. Revisaba el motor cuando un camión lo lanzó lejos.

Pregunté a Rosario qué sabía de la vida de César. No sabía mucho, sólo de una visita a su papá en Buenos Aires y de su renuncia total a todo excepto a su moto.

Pasé la noche rezando para que no muriera, pero ya estaba muerto.

9 de enero 2002.
Horcón.

La Vero tenía que hacer una mudanza desde Santiago a Horcón. Partimos temprano en la ambulancia (así le decimos a su camión-bus).

Ya sabía que César estaba muerto.

Finalizada la mudanza, la Vero me invitó a una picada, un bar –restaurante de dos pisos. Brindamos por el finado. Las copas chocaron y la radio del local tocó la canción de Enrique Iglesias "*Héroe*". La canción sonó dos veces. Me vinieron unas ganas incontenibles de llorar. ¿Cómo explicar que las palabras de esa canción me estaban sacudiendo por completo?

Tuvimos que salir al aire. Caminando cerca del mar. Desde las rocas un grupo de hippies nos invitaron a compartir un cuete y un copete. Eran de Los Andes.

Mientras nos presentábamos, en el mar flotaba un cajón largo, no era un cajón de frutas. Era largo como un ataúd.

Uno de la tribu andina "El Rasta" hablaba de Teresita de Los Andes y de Bob Marley de ambos, con solemne veneración. Un segundo llevaba en su cuello un collar de mostacillas azules. Era idéntico al que yo tenía amarrado en mi tobillo desde que Manuel, un amigo gitano, me lo había regalado para una Navidad. Me acordé que Manuel era de El Almendral, un pueblo cercano a Los Andes. Sorteando el destino le pregunté si conocía a Manuel. Me contestó que sí. Para corroborar si era el mismo, le relaté un episodio de la infancia de Manuel, cuando vivía en la calle y trabajaba cargando tarros con agua en el cementerio. Había ahorrado las monedas

hasta comprarse una bicicleta. Unos tiras le quitaron su bicicleta, creían que era robada.

Conocía la historia porque había sido testigo de ella.

El tercero de la tribu, algo mayor que los otros dos, y de barba rubia transmitía una paz hipnótica. Él era el que unía. Me pidió que le mostrara la medalla que llevaba colgando. Leyó la inscripción que llevaba la virgen a los pies, justo bajo la serpiente que aplastaba. "Virgen de la desesperanza". Nunca la había leído. El barba rubia me sopló que era a ella a quien le tenía que rezar en ese momento de mi vida.

Era verdad. Me sentía cansada, sin esperanza.

Me tiré al agua. Floté en un mar de algas. Arriba las nubes. La canción se repitió de nuevo.

César era mi héroe.

Enero 2002.
Santiago.

No dejaba de pensar en César. Sentía que él había partido en mi lugar.

Yo era la que quería subir a la *casa rodante* blanca. Yo era la que quería consumirme como fuego artificial. Vivir para morir.

Era yo la que andaba tentando a un camión en la carretera.

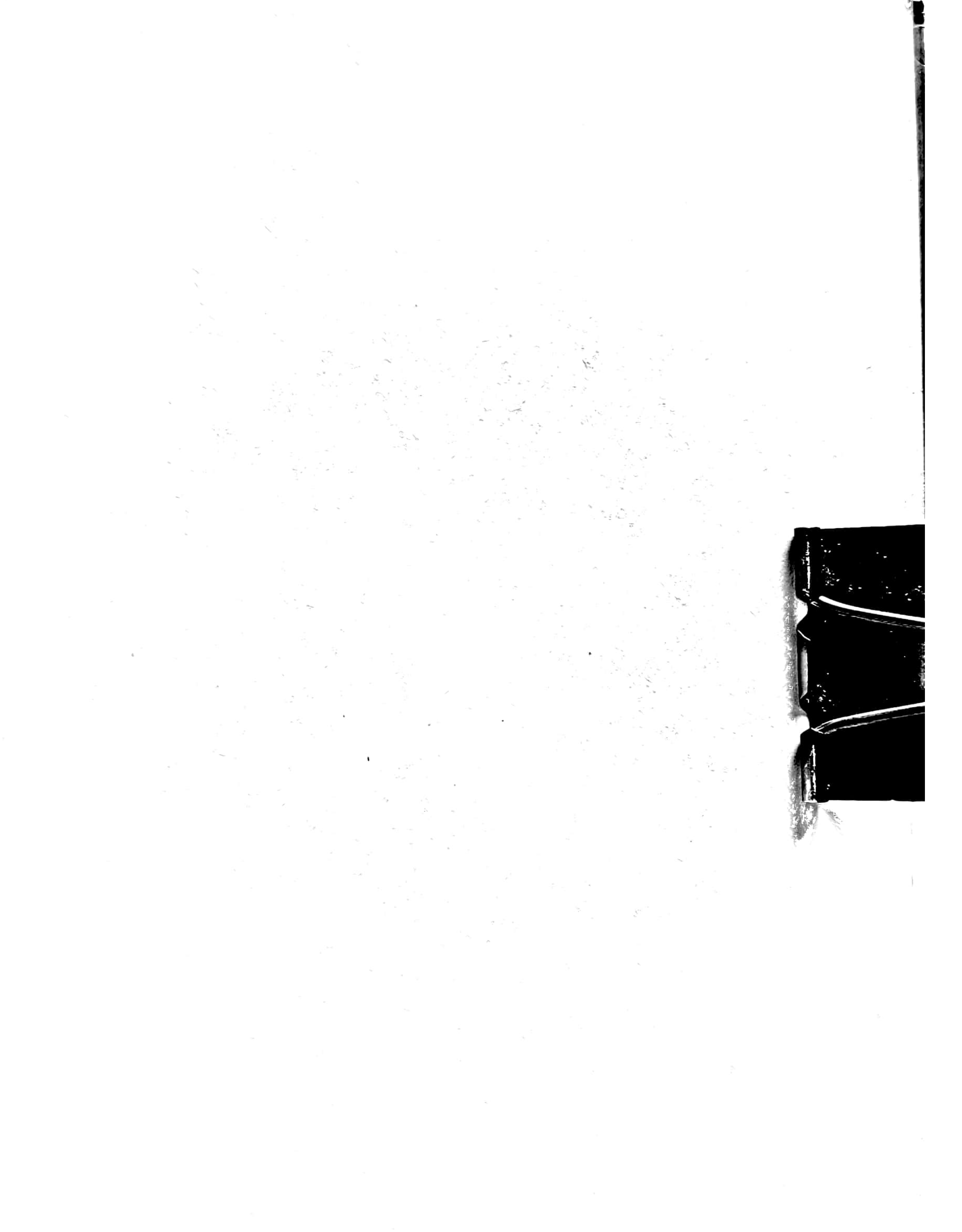
César me visitaba en sueños. Cuarenta días decían los mayas que un muerto se demoraba en abandonar una dimensión para pasar a otra.

Lo veía ni bien ni mal, sentado en una pirámide, recortado sobre un fondo oscuro.

Febrero 2002.
Caldera.

En una casa antigua, de pasillos, me hice el test de embarazo. Salió positivo. Tomé una micro a la playa, allí encontré enterrado en la arena un colador azul, en su centro un caballito de mar. Así me imaginaba a la guagüita de apenas un mes, cuando los humanos parecemos animales mitológicos.

Ya terminaban los cuarenta días y atrás iba quedando el recuerdo de ese hombre. No podía llevarlo. Aunque fuera un héroe. Un encuentro de una noche. Un polvo malo, pero que me había canjeado por vida.



HÉROE

Enrique Iglesias

Si una vez yo pudiera llegar
a erizar de frío tu piel
a quemar que sé yo, tu boca
y morirme allí después.
Y si entonces
temblaras por mí
llorarás al verme sufrir
ay sin dudar tu vida entera dar
como yo la doy por ti.

Si pudiera ser tu héroe
si pudiera ser tu Dios
que salvarte a ti mil veces
puede ser mi salvación.

Si supieras
la locura que llevo
que me hiere
y me mata por dentro
y que más da
mira que al final
lo que importa es que te quiero.

Si pudiera ser tu héroe
si pudiera ser tu Dios
que salvarte a ti mil veces
puede ser mi salvación

Déjame tocarte, quiero acariciarte
una vez más, mira que al final
lo que importa es que te quiero.

Si pudiera ser tu héroe
si pudiera ser tu Dios
que salvarte a ti mil veces
puede ser mi salvación.

Quiero ser tu héroe
si pudiera ser tu Dios
porque salvarte a ti mil veces
puede ser mi salvación
puede ser mi salvación.



Quiero ser tu héroe...

NO TODOS LOS FANTASMAS VIENEN DE NOCHE

Basado en *Waiting for the night* de Depeche Mode

Francisco Ortega

Francisco Ortega

Francisco Ortega (29 años) sólo compra discos originales. Es periodista y trabaja como director de la revista RTV, además es columnista de cine y televisión en Capital y Wiken de El Mercurio y escribe regularmente en el sitio Sobras.com. Ha publicado la novela "60 Kilómetros" (Los Andes, 1993) y cuentos en diversas antologías. Es coautor del guión de "Se Arrienda", película que dirigirá Alberto Fuguet el 2004 y colabora en revisión de diálogos y textos de "4º C", filme de Martín Rodríguez.



"Las cosas más importantes son siempre las más difíciles de contar..."
Stephen King

APARECIÓ DE LA NADA, tirada sobre la tumba de enfrente, abandonada con cuidado encima de la lápida izquierda. Al verla, Lucía pensó que debía de ser de algún familiar de los allí sepultados. Revisó los alrededores y sólo vio a una pareja de viejos, demasiado ancianos y demasiado entumidos como para usar una chaqueta de cuero como ésa. No buscó darle más importancia y regresó al sepulcro de su hermano. Metió la mano derecha al bolsillo más grande de su pantalón –que en realidad era de Rodrigo, su novio– para comprobar que el regalo siguiera ahí. Cuando la punta de sus dedos chocó contra el borde de la caja plástica tuvo certeza de que las cosas continuaban en orden. Terminó de quitar las flores secas y las enrolló en las mismas hojas de diario que había usado para proteger las nomeolvides que trajo consigo y que en ese momento aparecían desparramadas a sus pies.

Faltaba poco para el mediodía, el cielo estaba claro y no hacía calor. Lucía miró al cielo y reveló un avión que

cruzaba a gran altura soltando un chorro blanco y largo tras su cola. Pensó que Manuel, su hermano mellizo, habría adivinado qué tipo de nave era y cuántas turbinas tenía: una, dos, tres o cuatro. Continuó viéndolo. Sintió su ruido hondo e intentó ella también dilucidar cuántos motores lo impulsaban. Dos, pensó. Dos, estuvo segura. Y sonrió.

Manuel ya llevaba seis años de muerto. Una camioneta, un árbol y una esquina inesperada, la más nocturna de las sumas. Justo cuatro meses antes de que cumpliera –de que cumplieran– veinte años. Hoy festejarían veintiséis, hoy habrían estado todo el día organizando la noche. Volvió a mirar la tumba de enfrente, la chaqueta seguía igual a cuando la vio aparecer.



El balde incluía una par de guantes de trabajo. Era la oferta por arrendarlo. Se sentían enormes, como de carpintero o herrero, pensaba Lucía al notar que los dedos le nadaban dentro. Los usó para limpiar el macetero de la tumba, arrancando pelotas de musgo y barro pegadas en lo más profundo de la copa. Después de un rato se los quitó. Tomó el ramo de nomeolvides y las ordenó siguiendo la idea de la cola de un pavo real. Ahora necesitaba agua. Agarró el balde y fue a la pileta más cercana. Al pasar junto a la tumba del frente se fijó con más atención en la chaqueta que aún era de nadie. Torció una sonrisa invisible y recordó esa historia acerca del tipo que una noche conocía a la mujer de su vida y ésta resul-

taba ser un fantasma. No sabía bien los detalles, pero se suponía que se conocían en una fiesta y que todo amenazaba con ser perfecto. Sin embargo las cosas empezaban a cambiar poco después de las doce cuando ella le decía que era tarde y que tenía que volver a casa. Él se ofrecía a llevarla, pero la chica prefería volver sola. Antes de separarse ella le pedía prestada su chaqueta, una de cuero que Lucía supuso idéntica a la de la tumba, porque hacía frío. Le indicó que fuera a buscarla mañana a su casa y le entregó un papel con una dirección apuntada. Al día siguiente el muchacho despertó y salió corriendo a buscar a su amada y a recuperar su prenda, pero cuando daba con la casa era recibido por una señora de edad que rompía a llorar al escuchar el nombre de su hija muerta hacía como cinco años. Desesperado el tipo arrancaba al cementerio y al hallar la supuesta tumba de su enamorada, tirada sobre la lápida encontraba su chaqueta de cuero. Lucía abrió la llave de la fuente y llenó el balde hasta la mitad. Tambaleando por el peso del agua regresó donde su hermano.

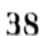
Con cuidado volteó el balde en el interior del macetero. No quería que se rebalsara. Desparramó el agua sobrante en unas lápidas vecinas. Un rayo de sol se filtró a través de un jirón de nubes y le cayó directo a los ojos. Lucía pestañeó fuerte hasta hacerse lagrimear. Desordenó un poco más el ramo de nomeolvides. Los pétalos de la más pequeña de las flores se soltaron y cayeron sobre la loza donde estaba escrito el nombre del muerto.

Era el momento de entregar el regalo. Metió una mano al bolsillo y sacó del interior un casete. Lo miró por ambas caras, revisando que todo estuviera bien y luego, con cuidado, lo escondió entre los tallos de las plantas. Feliz cumpleaños, murmuró con los labios apretados. Dio un par de pasos atrás y lo que vio le pareció perfecto.

Tomó las hojas de diario con las plantas secas y las fue a botar a un tarro que colgaba bajo un árbol, algunos entierros más allá. De regreso se animó a pasar junto al sepulcro de la chaqueta. Se allegó con sigilo, mirando tímida antes de dar cada paso. Las únicas personas cerca eran la pareja de ancianos que había descubierto poco antes. Saltó sobre el borde de otra tumba para observar mejor. La chaqueta como que le dio lo mismo, el sepulcro arrebató toda su atención. Era enorme, mucho más que el de su hermano. Una sola y limpia losa de cemento, sin plantas y con una especie de borde armado con sendas barras de bronce alrededor. Estiró la vista para leer los nombres de los muertos. Eran una pareja, habían fallecido el mismo día, hacía pocos años. El hombre decía amado esposo y padre, la mujer, amada esposa y madre.

–No te muevas–, le dijo una voz a sus espaldas. Lucía casi resbaló del susto, no por miedo sino por lo repentino. Y mientras regresaba del sobresalto escuchó el disparo de una cámara fotográfica.





–Te pedí que no te movieras, por favor–, le indicó la misma voz. –Gracias–, añadió de inmediato, tras apretar por segunda vez el obturador. –Disculpa si te espanté–, cerró.

Lucía giró la vista. Parada a unos metros detrás suyo jugueteaba una chica de pelo corto que le devolvía una brillante sonrisa. Antes que nada pensó que no debía tener más de veinte años, después que se parecía mucho a alguien que conocía. También que sonaba raro la palabra "espanté".

–La chaqueta es mía–, le pidió la joven de la cámara, mientras saltaba a la tumba contigua, –¿me la pasas, por favor?

Lucía no dijo nada, tomó la chaqueta y se la acercó.

–Gracias–, repitió ella–, por las fotos y por no robarte la chaqueta.

–Vale– improvisó Lucía queriendo salir de ahí rápido.

–Son mis papás– le contó la recién llegada.

Lucía miró la tumba y revisó nuevamente los nombres escritos en las placas de mármol.

–Lo siento– fue lo único que atinó a decirle.

–Está bien– respondió ella.

Se miraron.

–Tengo que irme– se excusó Lucía, sumando una sonrisa tonta a las tres palabras.

–Van a quedar buenas tus fotos– le contestó ella sin hacerle caso. De un paso largo trepó hasta la tumba de

sus padres, se sentó en el borde metálico y le regresó una amable torcida de labios. Lucía volvió a despedirse y escapó veloz hacia el sepulcro de su hermano.

–Espera–, le pidió la fotógrafa y partió tras ella. Lucía nunca había sido buena para echar gente o decir pesadeces, prefería pasar un mal rato a quedar mal con alguien. Era como una especie de miedo social reprimido o algo parecido. Mientras intentaba huir pensaba que lo más sano era agarrar sus cosas y salir luego del cementerio. La chica no tenía cara de mala persona, sólo era extraña la situación y desde que tenía memoria prefería la normalidad a lo raro.



–¿De qué es el casete?–, le preguntó la desconocida-, cuando llegaron donde Manuel.

–Perdón–, le devolvió Lucía, fijándose en que la fotógrafa se había puesto la chaqueta y que ésta le quedaba grande.

–El casete que pusiste entre las flores hace un rato. El que se alcanza a ver ahí–, le explicó, estirando su brazo derecho hacia las nomeolvides. –Te observé por el lente cuando lo hiciste–, levantó la cámara.

Antes de oír una respuesta, la chica trepó a la tumba de Manuel y caminó hasta el macetero en forma de copa para ver de más cerca el casete. Apuntó para mirar con más detalle.

–No entiendo lo que dice–, exclamó, –¿Es tu letra? Soy pésima con las manuscritas–, agregó. –Disculpa–,

interrumpió de golpe, –soy una rota, lo único que hago es hablar y hablar, me llamo Mónica...

Lucía dudó en contestar, esperó un instante, el mismo espacio que lleva contar mentalmente hasta quince y luego se presentó:

–Lucía.

–Mi abuela se llama así–, contestó Mónica, alejándose del macetero.

–La mía también–, mintió Lucía.

–¿En serio?

–Sí, por eso me pusieron así–, continuó mintiendo. Bueno–, se excusó–, ya me iba...

–Pero antes dime de qué es el casete–, la detuvo Mónica. –No quiero parecer muy patuda, pero soy curiosa.

–Un regalo de cumpleaños para mi hermano–, respondió Lucía, agarrando el balde y buscando con la mirada dónde había dejado los guantes.

–Vaya...–, liberó Mónica, leyendo en la única lápida del sepulcro, lo de amado hijo y hermano. –Lo siento.

–Pasa–, contestó Lucía. –Le grabé su disco favorito.

–Entiendo. ¿Cuántos habría cumplido?

–Veintiséis.

–Casi como tú...

–Igual que yo, éramos mellizos...

–Feliz cumpleaños, entonces–, sonrió.

Lucía le devolvió el gesto, mientras echaba los guantes dentro del balde para no olvidarlos.

–Gracias–, añadió.

–A él también...

–Se llamaba Manuel.

Un pájaro aleteó rápido a baja altura, ambas se quedaron viéndolo hasta que se perdió sobre unos árboles que avanzaban como hilera hacia la entrada del cementerio. Lucía lo reconoció como un gorrión, Mónica como una golondrina. Era una golondrina.

–Es el *Violator*, de Depeche Mode–, contó Lucía. –Manuel era fanático.



–Amo ese disco–, soltó Mónica, acercándose nuevamente al macetero entre cuyas flores se sujetaba la cinta grabada. –Tiene la mejor canción de todos los tiempos.

–¿Cuál es la mejor canción de todos los tiempos?–, repitió Lucía.

–*Waiting for the Night*, es la cuarta o la quinta. ¿No la has oído?

–Lo más probable es que sí, pero tengo pésima memoria para las canciones, tendría que escucharla.

–*I´m waiting for the night to fall, i know that it will save us all...*–, cantó Mónica en un inglés agudo y mal pronunciado.

–No.

–En realidad se llama *Waiting for the Night to Fall* pero escribieron mal el nombre en la carátula.

–No–, repitió Lucía.

–Deberías escucharla.

Lucía se sentó en el borde de la tumba de su hermano y se frotó con fuerza los brazos. De pronto como que hacía frío.

–¿No tienes un cigarro?, por casualidad–, le pidió a Mónica.

–No, dejé de fumar hace un mes. Pensé que me iba a costar más.

–Yo volví a fumar hace un mes.

Ambas levantaron sus hombros.

–¿Me dejas?– Lucía la miró, Mónica le indicaba la cámara. –tomarle una foto a la tumba de tu hermano.

Asintió con la cabeza.

–Pero levántate, quiero que salga sola, sin nada humano cerca, me entiendes.

Lucía se puso de pie y miró al cementerio. Pensó en eso de "sin nada humano" y notó que eran las únicas personas en todo el pasillo. Que no se oían voces ni ruidos. Hasta la pareja de viejos había desaparecido. Era como si todo el resto se hubiera esfumado. Vio a Mónica, arrodillada en frente de la tumba de Manuel tomando la fotografía, se fijó en la chaqueta y recordó lo del fantasma.

–Listo–, le dijo Mónica.

–¿Siempre fotografías tumbas?

–Primera vez. Prefiero tomar a gente cerca de las tumbas, que es otra cosa. El cementerio es el mejor lugar

para conseguir buenas imágenes de–, dudó, –cómo decirlo–, siguió dudando, –comportamiento humano.

Ambas pensaron que no eran las palabras adecuadas, pero que igual funcionaban bien. Lucía aún no recordaba a quién se parecía Mónica.

–Por eso lo de la chaqueta.

–Entre otras cosas. ¿Haz oído esa leyenda urbana del tipo que conoce a una galla en una fiesta y antes de despedirse ella le pide su chaqueta porque hace frío y le dice que mañana, o sea al día siguiente, vaya a buscarla a tal dirección y en esa dirección le cuentan que la chica está muerta y él va al cementerio y encuentra su casaca sobre la tumba de su amada?

Lucía afirmó con un gesto, le gustó el modo como había resumido toda la historia en una sola pregunta y sin puntos.

–Hoy me inspiré en ese cuento–, continuó la muchacha de la cámara. –Como la chaqueta es de hombre y grande, era de mi viejo, todo funcionaba. Hubiera preferido que un hombre se acercara, por lo de la leyenda, pero tú estás bien. Cuando te vi llegar a la tumba de tu hermano, aunque entonces no sabía que era de tu hermano, supe que ibas a ser la primera en allegarte.

–Qué raro.

–¿Qué te acercaras?

–Todo...

–Si, demás, pero igual es interesante.

–Supongo.

–Es fuerte ver cómo se descoloca la gente cuando ve algo tirado arriba de una tumba, más cuando no hay nadie cerca y la cosa tiene algún valor. No es que imaginen fantasmas y cosas así, sino por la típica duda entre tomar y no tomar. La semana pasada dejé encima de la tumba tres libros...

–¿Qué pasó?

–Algo muy parecido a lo tuyo. Se acercó un tipo. Vio los libros, miró alrededor y luego se fue. No tardó en regresar, repetir exactamente su secuencia inicial y otra vez largarse.

–Llevándose los libros.

–No, estás loca, no lo hubiera dejado.

–Y qué hubieras hecho si se los llevaba.

–Qué iba a hacer, perseguirlo y pedirle que me los devolviera.

–Podría haberte dicho que no. O algo peor.

–Algo peor–, repitió Mónica–, eres como paranoica tú–, Lucía le regresó un gesto aprobatorio. –Nunca dicen que no. La gente se descoloca en los cementerios, más al ver que les has tomado una foto. Quedan en blanco. Tal vez se vuelven más espirituales en este sitio, qué sé yo. Vas a ver lo que va a pasar con el casete. Quienes pasen por el pasillo se van a acercar y a lo más van a encontrar extraño el detalle, pero nada más. Nadie lo va a robar. Al menos no en un tiempo prudente. Después...

–Después se va a echar a perder.

–También es cierto. A menudo pienso que le tenemos más respeto a los muertos de lo que nos atrevemos a confesar. Como que en el fondo todo el mundo cree en fantasmas.

–Puede ser...

–Puede ser–, repitió Mónica. –Además todo el mundo sabe que hay muchos tipos de fantasmas. La canción habla sobre la muerte, sabes.

–¿Qué canción?

–¿Cuál va a ser?, la que te recomendé del caset de Manuel.

Le gustó que Mónica lo llamara así, Manuel, a secas, sonaba normal. Y era bueno que sonara así. Entonces se acordó a quién le recordaba la chica. No era alguien que conociera en verdad, sino a una actriz argentina de una mala película que había visto hace poco en horario de ultratumba en el cable. Si supiera su nombre habría hecho un comentario, pero así, sin datos, estaba de más.

–He esperado que caiga la noche–, recitó Mónica. –Ahora todo es más soportable. Aquí en la calma, sólo se siente tranquilidad. Así termina la letra de la canción *Waiting for the night*–, explicó. –Me acuerdo de mis papás con ella. Como que me da la seguridad de que hallaron esa paz final y que están tranquilos en ella. Tu hermano también.

Lucía le devolvió una mueca aprobatoria. Mónica pensó que era una gran respuesta.

–Obvio–, prosiguió la fotógrafa, –todos los fanáticos de Depeche Mode ansiamos esa tranquilidad, la que sólo se da cuando cae la noche. En serio, tienes que escuchar la canción.

–Voy a hacerlo–, aseguró Lucía. –Ya–, exclamó luego, mirando la hora–, es tarde, tengo que irme.

–Yo también, salgamos juntas.

Lucía levantó los hombros, luego tomó el balde y echó lo guantes de trabajo dentro. Le lanzó un beso invisible a su hermano y salió al pasillo del cementerio. Mónica se había adelantado a la esquina más cercana y desde allí la apuntaba con la cámara.

–La última–, le gritó.

–Ando en auto, te llevo–, le ofreció Lucía a Mónica, mientras le devolvía el balde y los guantes a una de las mujeres que atendía un puesto de flores en la puerta del camposanto.

–Gracias señorita–, le dijo la mujer al notar que entre los objetos aparecía un billete de dos mil pesos.

–No te preocupes, también ando en auto–, respondió Mónica, tapando el lente de su cámara con un protector de plástico negro. –Lo tengo estacionado por...–, miró hacia ambos lados de la plaza que rodeaba el ingreso al lugar..., allí está–. Le indicó un vehículo verde que tenía un topón feo en el capó, inmediatamente encima del faro izquierdo.

–El mío está por el otro lado-, le enseñó Lucía.

–Bueno, entonces hasta aquí llegamos, fue un... no sé, extraño placer–, levantó las cejas.

–Igualmente.

–Lucía...–, interrumpió Mónica, por primera vez llamándola por su nombre. –Para el próximo cumpleaños de Manuel, regálale el *Songs*...

–¿...?

–El *Songs of Faith and Devotion*, el disco de *Depeche* que viene después del *Violator*. Tiene la segunda mejor canción del universo–, exageró a propósito.

–¿Y cuál es la segunda mejor canción del universo?–, le siguió el juego.

–Se llama *One Caress*. Es no sé, una canción como nosotras, supongo.

–Supones–, repitió Lucía, mientras de reojo descubría que el cielo era cruzado por otro avión a chorro. Y al mirarlo supo exactamente cuantas turbinas tenía la nave.

–Cuatro–, dijo en voz alta.

–¿Cuatro qué?–, reaccionó Mónica.

–Nada, una tontera. ¿Mónica?–, y antes que ella respondiera: –¿Qué vas a hacer esta noche?

Lo primero que sintió fue que tenía la garganta seca. Cuando se sentó en la cama, apareció el dolor de cabeza en la forma del sol de mediodía. Lucía estiró su brazo derecho hasta el velador más cercano y tomó el desperta-

dor: las doce y media. Volvió a recostarse y desordenó su cabello sobre las sábanas, Rodrigo no estaba. Se restregó los ojos y como pudo se levantó, todavía estaba mareada. Recogió un cojín que estaba tirado en el suelo y lo devolvió al cubrecamas. Caminó al baño, abrió el agua del lavamanos y se mojó la cara con fuerza. Tomó un trago rápido, se enjuagó la boca y escupió sobre el lavabo. Después se sentó en la taza y evitó quedarse dormida.

El living parecía un campo de batalla. Las ruinas después de la celebración. En un libro había leído que las fiestas y los combates eran lo mismo. En ambos escenarios uno trata de sobrevivir y ganar, en ambos el día después obliga a pensar diversas formas de reconstrucción. Los ceniceros rebosaban de colillas y en cada esquina había un vaso con restos de tragos de distintos colores. Notó una mancha de vino en la alfombra, bajo la mesa de centro, y torció la boca intentando no pensar en que si en la tintorería no hacían milagros todo estaba perdido. Fue hasta el equipo de música y buscó entre los discos desordenados el *Violator*. Abrió la caja, no estaba, presionó el botón de apertura de la bandeja de cedés y lo halló en la tercera. Volvió a revisar la caja, ubicó el número de la canción y apretó *play*.

–Anoche pusiste ese tema como mil veces–, le dijo la voz de Rodrigo, desde la puerta del living.

–Es lindo–, le respondió, viéndolo parado en la puerta del departamento con dos bolsas llenas de cosas difíciles de identificar.

–Traje fruta y algo para comer. Los vecinos nos odian.

–Que le vamos a hacer.

–¿Cómo amaneciste?

–Tengo la cabeza hecha papel. ¿Tú?

–Tomamos mucho anoche.

Se acercó a Lucía, la abrazó por atrás y le dio un largo beso en el cuello.

–Fue un buen cumpleaños, estás feliz.

–Mucho–, le dijo ella, acurrucándose sobre los hombros de su novio.

–Te ves rica.

–Me veo horrible–, le respondió ella y se besaron largo, mientras la canción se acababa en un gemido del cantante. Antes de que terminara la puso de nuevo.

–Otra vez–, comentó Rodrigo apretándole las caderas.

–Quiero entender la letra.

–Anoche la pusiste mucho–, repitió.

–Era una petición de Mónica.

–¿Qué Mónica?

–Mi amiga nueva–, le enrolló sus brazos al cuello–, esa bajita que te presenté.

–No me acuerdo de ninguna amiga nueva.

–¿Cómo que no?, tonto, la que se parecía a–, nuevamente no supo recordar a la actriz argentina–, a nadie,

da lo mismo. La última que llegó, poco antes de que sacáramos la torta.

–Lucía, a la última persona que le abrí la puerta fue a tu prima Angélica.

–¿Estás seguro?–, dudó Lucía.

–Como que te adoro, lesa–, y la besó nuevamente en el cuello. –En serio, no me acuerdo de ninguna Mónica.

–Una con la que hablé toda la noche...

–Hablaste con todo el mundo toda la noche, loca–, le revolvió el cabello.

–Seguro...

–Seguro. ¿Qué te pasa?

–Nada, no sé. Dame un beso... Tenemos harto que ordenar.

Y se quedó en silencio, sin pensar, esperando que la canción terminara por segunda vez y sintiendo los besos pegajosos y ricos de su novio. No todos los fantasmas salen de noche, pensó. La frase era de un cuento que alguna vez leyó con su hermano, hace mucho tiempo. Las cosas estaban bien, eso era lo importante, el resto sólo detalles.

–Estoy esperando que caiga la noche...–, murmuró Rodrigo, apartando sus labios con ternura.

–¿Qué?

–El coro de la canción–, le explicó. –Es como lo único que entiendo.

–Era la canción favorita de mi hermano.

–Si...

–Sí, ayer me lo contaron.

–Rodrigo le respondió con otro beso.

–¿Quién?

–Una amiga. Rodrigo, conoces esa historia–, continuó Lucía–, del tipo que conoce a una chica en una fiesta y ella resulta estar muerta.

–No–, respondió extrañado su novio.

–Es buena–, le dijo. –Mientras ordenamos te la cuento.

Waiting for the Night (To Fall)

"Violator", Depeche Mode. Mute Records, 1990

Music & Lyrics: Martin L. Gore

Vocals: David Gahan & Martin L.Gore

I'm waiting for the night to fall
i know that it will save us all
when everything's dark
keeps us from the stark reality
I'm waiting for the night to fall
when everything is bearable
and there in the still
all that you feel
is Tranquillity.

There is a star in the sky
guiding my way with its light
and in the glow of the moon
know my deliverance will come soon.

There is a sound in the calm
someone is coming to harm
i press my hands to my ears
it's easier here just to forget fear.

And when I squinted
the world seemed rose-tinted
and angels appeared to descend
to my surprise
with half-closed eyes
things looked even better
than when they were open.

Been waiting for the night to fall
i knew that it would save us all
now everything's dark
keeps us from the stark reality
been waiting for the night to fall
now everything is bearable
and here in the still
all that you feel
is Tranquillity.



Estoy esperando que caiga la noche
sé que nos salvará a todos
cuando todo está oscuro
nos aparta de la cruda realidad
estoy esperando que caiga la noche
cuando todo es soportable
y ahí, en la quietud
todo se siente tranquilidad.

Hay una estrella en el cielo
guiando mi camino con la luz
y en el brillo de la luna
sé que pronto vendrá mi salvación.

Hay un sonido en la calma
alguien está sufriendo
alguien viene para darme calor
aprieto mis manos contra mis oídos
aquí es más fácil olvidar el miedo.

Y si cierro los ojos casi del todo
el mundo parece teñirse de rosa
y es como si los ángeles descendieran
para mi sorpresa
con los ojos entrecerrados
las cosas parecían incluso mejores.

Que cuando estaban abiertos
he estado esperando que cayera la noche
sabía que eso nos salvaría a todos
ahora todo está oscuro
y nos aparta de la cruda realidad
he estado esperando que cayera la noche
ahora todo es soportable
y aquí en la quietud
sólo se siente tranquilidad.

REPLAY

Basado en *Pinball Wizard* de The who



Alejandro Alaluf



Alejandro Alaluf

Periodista de la Universidad Diego Portales. Cinéfilo. Vivió, estudió y trabajó en Nueva York y Los Ángeles pero antes se desempeñó como colaborador de diversos medios locales, incluyendo el clásico suplemento Zona de Contacto, del diario El Mercurio. Le gustan las películas de terror, los lomitos de la Fuente Alemana y The Flaming Lips.





TENGO 17 AÑOS y me considero un adolescente medianamente normal. Estoy confundido, no tengo muy claro lo que quiero, tengo espinillas, pienso cómo se vería desnuda y con las piernas abiertas cualquier mujer que se me cruce y me gusta emborracharme. Sólo o acompañado. Con, o sin hielo. O sea, 17 años. O sea, un perfecto pendejo.

Este año, para variar, me echaron del colegio de turno. Debe ser el tercero o el cuarto ya, no sé, perdí la cuenta. Claro que a diferencia de otros años, esta vez el motivo fue una desilusión amorosa. Sé que a estas alturas es un poco fresco adelantarse y llamar a lo que pasó una verdadera desilusión (sé que eventualmente, con el tiempo, vendrán verdaderas desilusiones), pero es así como me sentí: desilusionado. Frustrado.

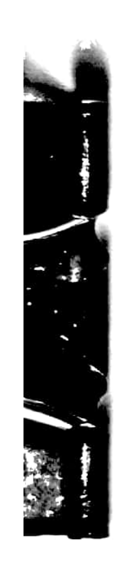
El porqué y el cómo poco importan. A mí por lo menos. Supongo que serán comportamientos y sensaciones típicas en esta edad, donde todo se vive, se disfruta o se sufre a mil por ahora. Y también supongo que habrá mucho rato después para evaluar con calma las cosas. Siempre hay tiempo para pensar en el futuro.

Desde chico que he sido fanático a los videojuegos. Adicto, incluso, sí señor. Hay gente que engancha con los autos antiguos o con las colecciones de estampillas. Mi opción ha sido los videojuegos. En particular los *pinballs*. O *flippers*. Son un pasatiempo absorbente y embriagador. Una buena máquina puede incluso abstraerte de la realidad y hacerte partícipe de increíbles

aventuras; todo, al movimiento de una simple bola de metal hiperkinética.

Y bueno, todo lo vi mucho más claro cuando escuché *"Pinball Wizard"*, de The Who. Eso se lo debo a mi hermano mayor. Todo era tan perfecto cuando él estaba cerca. Como que todo tenía más sentido. Recuerdo que me llamaba a su pieza a ver las decenas de recitales que tenía de ellos y debo confesar que, más allá de la música, me encantaba la energía que tenían. Una cosa que nunca he vuelto a ver en una banda de rock, y mucho menos en estos tiempos, donde la energía sólo la pone un flaco que pincha discos.

Yo me refiero al ver a Keith Moon tocando la batería como un energúmeno o a Pete Townshend destrozando su guitarra al final de sus conciertos, mientras Roger Daltrey aullaba *teenage wasteland* en "Baba O'Reilly". Son declaraciones de principios que se ajustan muy bien a uno, especialmente cuando se tiene 17 años y no se sabe hacia dónde apuntar. Es cómodo y es la voz que logra representarlo a uno. No creo ser un *punk* de alma, pero sí creo que los adultos se aprovechan de esa transición a lo que llaman adultez.



Me gustan los Who. Me gusta su onda, me gusta su estilo, me gusta lo que cantan, pero principalmente me gustan porque logro conectarme con ellos. Identificarme. Porque más allá de lo que acabo de exponer, *The Who*, creo, es el único grupo que le ha cantado abiertamente a mi pasión: los *flippers*.

Y cuando finalmente pude ver *"Tommy"*, esa especie de ópera rock que editaron en 1969 donde el mismísimo Daltrey encarna al personaje homónimo, un tipo sordo, ciego y medio retrasado, pero que era seco para los *flippers*, entendí el mensaje.

Mis padres, por trabajo, tienen la costumbre de pasar casi la mitad del año fuera de Chile. Y está bien, es un modo de vida, intuyo que a ellos les gusta, lo acepto y ya me acostumbré. Así que desde chico, mis abuelos prácticamente se encargaban de mí. Mi abuelo acostumbraba a ir al centro a realizar sus diligencias y yo solía ir con él. Obviamente, el sentido para mí era explorar la mayor cantidad de salas de videojuegos del sector que pudiera: los Diana de Alameda y los del Caracol de Compañía, los de calle Puente, los de los bajos del York, al lado de peluquerías con peluqueros de guardapolvos y salas de pool inundadas de humo azul y ciertos olorcillos raros que nunca pude descifrar. Y claro, el Delta 15 de Ahumada, al lado de la Feria del Disco. Infaltable.

Sé que a veces el ambiente no era el más propicio. De hecho, mi madre constantemente criticaba estos paseíllos con mi abuelo, pero nunca me pasó algo, tuve susto ni mucho menos. A decir verdad, nunca supe qué hacía mi abuelo mientras yo alimentaba con monedas las máquinas, pero cada vez que me daba vuelta, él estaba ahí, sonriendo, casi con cara de orgullo. Me hacía sentir seguro. Como mi hermano alguna vez.

Además, tenía primos que veía de vez en cuando que se dedicaban a comprar *flippers*, arreglarlos y luego venderlos. Y no les iba tan mal. Así que recuerdo poco a mis parientes, porque casi como un autista, yo me dedicaba a jugar *flippers* mientras todo el resto de la familia tomaba té. Escuchaba las conversaciones desde lejos, claro. Pero obviamente no tenía sentido estar en la mesa con semejante distracción ahí mismo. Gratis.

En general el ritual es bastante simple: una vez compradas las fichas, se procede a estudiar la máquina elegi-

da. Son pocos segundos, es sólo un saludo, una reverencia. Una vez encendido el juego, se toma posesión de los controles, o sea, de los botones laterales que activan las paletas y uno se acomoda. Más bien, se posee. Tener una máquina en tu dominio es algo netamente masculino y fálico. Porque la máquina, más allá de los botones, se mueve al compás del cuerpo del jugador, movimiento que generalmente es proporcionado por movimientos pélvicos, secos y directos.

Por otro lado, ver el camino que puede seguir esa bola plateada es hipnótico. Con los años, las máquinas han mejorado y evolucionado favorablemente. Crecía con ellas. Y es rico cuando la cosa está totalmente bajo el control de uno. Sumisión y dominio. La idea es que máquina y jugador se transformen en uno. Cada golpe, corporal y dentro del campo de juego, debe sentirse.



Las máquinas pasaron a transformarse en mis mejores amigos. Después del colegio, mis compañeros se juntaban a fumar y tomar cerveza. Yo partía al Delta 3 de Providencia o al Delta 1, al lado del Omnium, a gastar lo que había sobrado de mi mesada semanal, que no era poco. A veces hasta me bajaba de la micro sólo por el hecho de estar caliente con alguna máquina y cualquier excusa era buena para salir y refugiarse en un Delta. Pero ese verano las cosas iban a cambiar.

Generalmente, mis padres estaban en Chile durante el verano. Les gustaba la época estival y sabiamente organizaban sus viajes fuera del país entre mayo y octubre, para capear el asqueroso invierno santiaguino. Ese año fuimos a una playa del litoral, a la casa de unos amigos de mis papás que yo poco y nada conocía. Daba lo mismo. Fui, más que nada, porque ellos me lo pidieron.

No sé, supongo que pensaban que el salir de Santiago unas semanas me iba a ayudar a entender lo que se avecinaba en mi vida. Entrar a estudiar alguna carrera universitaria o algo así.

Yo pensé que lo mejor de todo era explorar los *flippers* del litoral que, como es lógico, en verano se multiplican. Sabía que entretención no me iba a faltar. Y claro, estaba rodeado de sol, familias con cabros chicos, minas ricas y giles apatotados. Yo sólo estaba concentrado en buscar máquinas donde gastar monedas.

Por supuesto, no me costó mucho encontrarlas. Era de noche y hacía un rato habíamos comido todos con nuestros anfitriones. Yo ni abrí la boca. Entré a un especie de Delta pirata, pero justo cuando vi una máquina que me gustaba, llegó otro tipo, mayor.

–¿Dos *players*?–, pregunté.

–Ni cagando–, respondió sin siquiera mirarme. Y comenzó a jugar.

El tipo era bueno. Conocía la máquina y sabía lo que hacía con ella. Le miraba sus ojos y estaba hipnotizado siguiendo la trayectoria de la bola. Supuse que así debía verme yo. No pasó mucho rato hasta que el tipo empezó a acumular puntos, a sacar bolas extra, multibolas y finalmente a sacar *replays*. Así que decidí irme. Alejarme por un rato. Me recordó a ratos a mi hermano cuando me echaba de su pieza. Me piqué así que decidí ir a comprar una botella de pisco de 35 y hacer hora de alguna manera.

Ya era de noche y había ese penetrante olor en el aire, mezcla de fritanga, aserrín y mar. Había barullo. Me sentía ansioso y un poco nervioso. Pasé a la botillería y terminé caminando en la arena. Me senté, destapé la botella y me puse a beber. Casi una hora después la botella

estaba tres cuartos vacía y decidí volver a los juegos. Al llegar, con alivio me dí cuenta que la máquina estaba vacía. El alcohol aún no me golpeaba del todo.

Introduzco entonces una ficha y empiezo a jugar. Primera bola, tiro de habilidad logrado. Comienzan a despertar las luces y los ruidos de callampas y tarjetas que van cayendo. Primeros golpes, calentando el cuerpo, acomodándome. Siempre tuve de todo. Más callampas que hacen rebotar frenéticamente la bola. Era un pendejo consentido. La bola escala una rampa y retorna a la paleta derecha. Remato hacia un banco de cartas. Cariño, amor fraternal. Momentos en la casa. Tardes de invierno. La pelota se va a un costado y se desliza a través del canal exterior. Primera bola. Algunos bonos.

Segunda bola fuera. Multiplico por dos. Más tarjetas caen, la paro con la paleta izquierda y subo la bola por la rampa contraria hasta que se encienden nuevas luces. El puntaje avanza en grandes cantidades, voy bien. Nunca me importaron mucho mis abuelos. Activo el *video-mode*, pero la pelota se va rana por el medio y no hay nada que pueda hacer. No importa, contuve los bonos. X 2. Buen puntaje. Retomo el aliento.

Tercera bola. Logro una vez más el tiro de habilidad. 10 millones. Nunca me faltó plata, pero algo siempre faltó. Pencazo a la derecha. Multiplico por tres. Apago secuencias y aumentan los pozos de puntaje. Esto marcha. No sé qué pasará el próximo año, quizás estudie algo o sólo me dedique a ver tele. O a jugar *flippers*. No estaría nada de mal. Contengo la bola. Una secuencia más y activo la multibola. No creo que vuelva a ver a ninguno de mis compañeros de curso. No importa, total sólo fue un año y eran todos unos giles y unos mamones.

La cuarta bola también logra fielmente el tiro de habilidad. Más puntaje. No queda mucho para sacar *replay*. O especial, como se le decía antes. Estoy tenso y por un segundo logro sentir las manos sudorosas. La bola no para de cruzar el campo de juego de manera frenética. Completo las secuencias; una rampa más y tengo multibola. Me pregunto qué estarán haciendo mis padres ahora y me doy cuenta que me he hecho esa pregunta muy seguido últimamente. Logro la multibola y comienza la fiesta: 6 bolas empepadas rebotan, chocando entre sí, con todo lo que encuentran. Trato de poner orden en el campo de juego pero con seis bolas es difícil. Logro dirigir una de ellas y saco un par de jugosos *jackpots* de 100 millones. Pero la cosa dura poco y las bolas de un momento a otro comienzan a escaparse y desaparecer. Me caliento más aún. Buenos bonos en todo caso, pero todavía queda.

Quinta bola. Fallo el tiro de habilidad. Diablos. Pero sigo avanzando pozos de puntaje. Completo etapas. Logro el *video-mode*. Son 150 millones más. Falta poco. Esa pendeja me gustaba harto, pero no debió haberse comportado así. No creo ser tan extraño. Tenía bonitos ojos y olía bien. Era rica. Maldita rampa, a esta paleta le falta potencia. Sé que estoy sudando y siento el alcohol hormiguear. La bola se mueve, amenazante. Falta muy poco. Perra. Me descordino, pero salvo. La bola rebota, duda en qué canal caer. Golpeo. *Tilt*. Pierdo la bola. Me quedo atónito viendo como desaparece y veo que los bonos que tengo acumulados no serán suficientes para sacar juego extra. Me desplomo sobre el vidrio que cubre el campo de juego, que suena demasiado fuerte. El vidrio se triza. Me incorporo.

Pienso por tres segundos. Pateo la máquina. Fuerte.

Aunque ya era bastante tarde y no quedaba casi ni un alma en los juegos, no me demoré mucho en volver con el bidón de parafina. A mi nadie me echa de ningún lado, menos en esas condiciones y a empujones. De acuerdo, estaba borracho, rompí el vidrio y le pegué fuerte a ese tarro. Pero ese *tilt* era injustificado. La máquina estaba arreglada. Demasiado sensible. No podía ser y se iban a acordar de mí.

A propósito, recordé una escena de *"Rocky"* donde Burt Young, el cuñado de Stallone, estrella una botella de copete contra un *flipper* de Rocky. No lo pensé mucho e hice lo mismo con la botella de pisco que tenía en la mano. Me gustó, pero de inmediato también me dolió. Tiré un fósforo y la máquina comenzó a incendiarse rápidamente. Me alejé. Gracias a la totora que cubría el techo sobre las máquinas, en sólo cinco minutos todos los juegos ardían en altas llamas.



Al instante me dí cuenta de lo que había hecho. El alcohol, como por arte de magia, se disipó de mi cerebro y sólo por unos segundos me arrepentí de lo que acababa de hacer. Fugazmente me atravesó un rayo de arrepentimiento por el estómago, pero claro, ya era demasiado tarde y era imposible volver atrás. Pero ya daba lo mismo. Ver el espectáculo era magnífico. El récor iba a ser imbatible y nadie jamás podría superarlo. Y lo logré con sólo 17 años.

Sabiendo que tenía razón, me alejé lento y cabizbajo hacia la calle. Una vez allá, desde el otro lado de la calle, miré arder los juegos, las máquinas, con genuina pena, pero también con una extraña sensación de orgullo. Será difícil armar nuevos panoramas, pensé. Todavía faltaban algunos días antes de que se acabaran las vacaciones de verano.

The Who

Pinball Wizard

(Pete Townshend)

Ever since I was a young boy,
I've played the silver ball.
from Soho down to Brighton
i must have played them all.
but I ain't seen nothing like him
in any amusement hall...
that deaf dumb and blind kid
sure plays a mean pinball!



He stands like a statue,
becomes part of the machine.
feeling all the bumpers
always playing clean.
he plays by intuition,
the digit counters fall.
that deaf dumb and blind kid
sure plays a mean pinball!

He's a pinball wizard
there has got to be a twist.
a pin ball wizard,
s'got such a supple wrist.

'How do you think he does it? I don't know!
what makes him so good?'

He ain't got no distractions
can't hear those buzzers and bells,
don't see lights a flashin'

plays by sense of smell.
always has a replay,
'n' never tilts at all...
that deaf dumb and blind kid
sure plays a mean pinball.

I thought I was
the Bally table king.
but I just handed
my pinball crown to him.

Even my usual table
he can beat my best.
his disciples lead him in
and he just does the rest.
he's got crazy flipper fingers
never seen him fall...
that deaf dumb and blind kind
sure plays a mean pinball!!

BREVE HISTORIA EN QUE NO ESTÁS

Basado en *Breve espacio en que no estás* de Pablo Milanés

Sebastián Arrau



Sebastián Arrau

Actor, director, dramaturgo y guionista. Ha escrito y dirigido tres montajes teatrales: *Aproximadamente, Vampiros* y *Un poco de aire tibio*. Desde 1998 divide sus actividades entre la dramaturgia y el guión para televisión, incluyendo la telenovela Machos. Le gusta Isabelle Huppert y podría comer lasaña todos los días.

LO DESPERTÓ SU VOZ que gritaba que llovía, en realidad no lo despertó porque hacía diez minutos que pretendía estar durmiendo, pero sí lo apartó de ese estado intermedio entre el desvelo y el sueño que tanto placer le provocaba.

Ella volvía a exclamar "Está lloviendo", una y otra vez asomada por la ventana, como si esa lluvia fuera única, como si estuviera a punto de acabarse para siempre y dependieran de ella sus vidas. Al ver que no se movía y que a sus gritos sólo respondía con quejas y sonidos roncos, decidió ayudarse con las manos. Sin un poco de compasión por quien madrugó hasta pasadas las seis, se acercó a Francisco, se sentó sobre su cuerpo como sobre una montura y le sacó la almohada de la cabeza. Así, con movimientos eficaces y abriendo la ventana para dejar entrar a la habitación el sonido del agua que caía sobre la ciudad, lo trajo por completo a la vigilia.

–Está lloviendo a cántaros, las calles están mojadas, los paraguas están en la calle.

Huele, Francisco... hay olor a lluvia. ¡Huele, huele!

–Lo anunciaron ayer, lluvia todo el día... ¿qué importa?

–En esta puta ciudad no llueve nunca. Levántate, quiero salir, quiero estar afuera. ¡Levántate!

Francisco por fin la miró, sus ojos estaban tan grandes, tan ansiosos, que lo hicieron preguntarse qué sería eso tan extraordinario que había afuera, eso que ella llama lluvia, como todos la llamamos, pero que la remecía tanto y tan profundamente. Es verdad, no llueve muy

seguido en Santiago, pero una lluvia cada ciertos días en invierno no era para provocar tal emoción. Al contrario, Francisco odiaba mojarse y toda esa agua cayendo del cielo sólo le producía más deseos de cama y televisión. Sólo ella podía emocionarse con una cosa tan simple y tan cotidiana como la lluvia, sólo ella podía despertar a un muerto e invitarlo con la sonrisa desencajada en su carita de sueño a salir de la cama y, con la ropa que usó el día anterior sobre el pijama, llevarlo afuera con un paraguas para caminar por horas, caminar a comprar cigarros, un café, después a la plaza, tomar una micro, para después seguir caminando, hasta que esa lluvia terminara; sólo ella, la primera mujer a la que había amado de verdad y a la que nunca se lo dijo.



Cuando vio a Mariana por primera vez no memorizó su cara, ella le contó más tarde que era amiga de la Concha Miranda y que ella los había presentado en la fiesta del Flamenco, hacía como dos años. También le dijo que en esa oportunidad habían hablado de política, que los padres de ella habían estado exiliados y que él le había dicho que cuando niño vivió en el extranjero por otros motivos. Francisco no recordó nada de esa conversación, tampoco sus expresivos ojos ni su particular movimiento de boca que masticaba las palabras como si fueran almendras. Sin embargo, pretendió que tenía una imagen vaga de ese primer encuentro. Con un beso en la mejilla y un hola ¿cómo te ha ido?, intentó cerrar la conversación.

–¿Y mi nombre? ¿Te acuerdas ahora de cómo me llamo?

–Soy pésimo para los nombres.

–Mariana, Mariana Acuña.

Francisco le sonrió y asintió como si ahora lo recordara, pero asumiendo para sí mismo que probablemente esa primera vez estaba tan borracho como en este segundo encuentro y que seguramente éste también lo olvidaría más adelante.

–En todo caso yo tampoco me acuerdo de tu nombre, pero tu sonrisa me quedó grabada.

–¿Ah sí? –agregó él acercándose unos centímetros, tocándola con la respiración y creyendo adivinar sus intenciones; es que Francisco conocía todas las estrategias de las mujeres solas para acercarse a un hombre como él, y sin duda ella quería seducirlo. Temas como los nombres, nos conocimos antes y ahora la sonrisa, eran pan de cada noche para él, que entre sus amigos era el que tenía más éxito en las fiestas santiaguinas, el otro con suerte era el Pato Cueto. Todos los fines de semana cada uno se iba acompañado por alguna seductora o seducida del lugar de turno y su principal objetivo para salir era no dormir solos. Cuando el lugar se vaciaba antes de tiempo y no conseguían compañía, se iban juntos al departamento de uno de los dos y mataban la noche conversando y jalándose las últimas líneas, si alguno le quedaba algo de coca en el bolsillo. Ahora comiraba a Mariana como una posible alternativa de compañía, aunque no era de su entero gusto y era demasiado temprano para decidir con quién emprender el viaje de regreso.

–Cresta, llegó ese imbécil. ¿Lo conoces? –preguntó Mariana cambiando su expresión de pronto y clavando su vista en un recién llegado. Tomás siguió la dirección hacia donde disparaban los ojos de Mariana y vio en el umbral de la puerta a un tipo muy alto y ancho, que había llamado su atención en algunas oportunidades en

ese mismo club, pero que no conocía realmente. Una chaqueta Armani, unos pantalones naranja delgados y unos zapatos caros con algo de taco, vestían una personalidad insoportable. Francisco no pudo dejar de mirar cómo Mariana apretaba sus dientes para no gritarle la vida al tipo que avanzaba hacia la barra acompañado de una rubia espectacular.

–Se cree la raja y daña a las personas, les caga la vida. El imbécil tiene que saber que no es rey de nada. Acompáñame, que tengo una idea. –dijo Mariana sonriendo y, como quien toma la mano de un novio, agarró la de Francisco y lo acercó donde estaba el recién llegado.

Pensó que iba a golpearlo, a decirle un par de cosas y a liberar por fin toda esa tensión que dominaba su cuerpo como el de una mujer casada que descubre la traición de su marido, pero no dijo ni hizo nada, y controlando su descontento sólo se puso cerca del gigante que no parecía conocerla, y como si ya lo hubiera olvidado por completo, volvió a dirigirse a Francisco para retomar la conversación y comenzar a tirarle los dardos a él.

–Estás sonriendo de nuevo– dijo serenamente, mirándole la boca. –¿Sabes algo? Tu sonrisa me quedó grabada desde ese día en que nos presentaron, porque tu sonrisa es como de mentira, como una morisqueta puesta sobre una cara triste, unos ojos que no encajan con ella... Unos ojos que no sonríen con la boca, ¿entiendes?– continuó Mariana con una voz suave y ronca mientras sujetaba un cigarro con los labios y con las manos encendía un fósforo en la caja semi mojada con alcohol que tomó de la barra.

–Siempre me fijo en la sonrisa de la gente–, continuó ella mientras llevaba el fuego hasta la punta del cigarrillo y absorbiendo varias veces para que no se apague,

miraba a Francisco fijamente, concentrada en su idea. Terminado el rito de encender el tabaco se quitó el filtro de su boca minuciosamente pintada, lo miró sonriendo mientras el humo salía a pedazos y cerró la idea de manera directa. –Me da curiosidad la gente que sonríe demasiado. Te apuesto es el arma que ocupas para defenderte del mundo. Yo uso los ojos, cuando los pongo chicos es porque tengo miedo y quiero aparentar estar muy segura. No confío en la gente que pone los ojos chicos, si yo lo hago no me creas, es sólo que no quiero ver el mundo claro. He pensado desde hace tiempo que es un gran tema para una canción, la gente entra a los bares defendiéndose con una sonrisa fingida, o con cara de serios... Es difícil entrar a un bar lleno de extraños, ¿no crees? ¿Piensas que hay algo mas difícil que afrontar la entrada a un lugar repleto de gente? Tú lo haces sonriendo, mientras yo... yo lo hago cerrando los ojos para no ver.

Fue en ese momento cuando Francisco comenzó a sentir el olor a quemado, era un olor tenue, pero claro. Prefirió ignorarlo, aunque igual miró a su alrededor buscando el posible incendio. Mariana sonrió y miró de reojo al tipo de la chaqueta, que ahora besaba entusiasmado a la rubia. Fue mientras el grandote tomaba a su amiga del brazo para llevarla a un lugar más oscuro en el primer piso, cuando Francisco vio los hoyos en su chaqueta. Siete quemaduras de cigarro terminaron por completo con su *look* y Mariana entonces pudo reír divertida, llevándose el arma del accidente a la boca, para dar una última aspirada fuerte.

Imbécil, y se cree muy lindo. Le debí haber quemado el pelo, y los cocos. –terminó diciendo mientras el *bar-*

man se reía con complicidad de la travesura de su cliente.

Mariana entonces comenzó a explicarle a Francisco que su odio había comenzado cuando su amiga le contó que el tipo la golpeaba. Habían pololeado tres años y, como todos los hombres vanidosos y petulantes, se había aprovechado de su fuerza para castigar a quien no hacía nada más que quererlo.

–Un hombre no debe pegarle a una mujer nunca, no debe hacerlo. Físicamente es más fuerte y es injusto. "Tú me provocas", le decía él, y ella que lo amaba tanto. Un hombre que hace eso deja de merecer respeto. ¿No crees? –Francisco asintió sorprendido– Debí haberle quemado las manos para que no pueda golpear a nadie más, no con un cigarro, sino con un soplete.

Francisco sintió unas ganas desesperadas de besarla, pero el amigo que la trajo al lugar interrumpió el impulso cuando se acercó para invitarla a bailar. Mariana se fue a la pista sin despedirse. La vio minutos después, bailando al lado de su víctima que ahora, sin chaqueta y muy molesto, se emborrachaba intentando olvidar el incidente con dos marcas perfectamente redondas y negras en su camisa. Marcas que habían traspasado la tela de la chaqueta para dejar marcada quizás hasta su espalda. Apenas se mantenía en pie y la rubia sostenía su chaqueta preocupada, buscando extrañada con la vista al posible culpable de la ira de su compañero. Mariana sonreía feliz, no había borrado las heridas de su amiga, pero había amortiguado su propia rabia hacia el grandote abusador.

Fue su culito el que invitó a Francisco a conocerla mejor. Era tarde y Mariana baila con otro hombre, mientras su culito le insistía coqueto que se acercara a su

dueña y que la llevara con él. Francisco estaba con su amigo, pero sus ojos no dejaban de mirar ese trasero bajo esa falda, un trasero que le guiñaba el ojo y lo seducía, mientras ella, la dueña de ese cuerpo, continuaba bailando despreocupadamente con un ron con Coca-Cola en la mano. Se movía concentrada en la música mientras su culito distraído llamaba la atención de varios tipos del lugar. Entonces su cuerpo cambiaba de posición y la cadera izquierda se inclinaba más a la derecha. Mientras ella bailaba, el culito miraba a Francisco, lo llamaba, luego se escondía tímidamente para que él lo buscara. Cuando ya no aguantó más, Francisco se acercó a Mariana, bailaron un rato corto y a las cuatro en punto dejaron el lugar.

Entramos a mi departamento, tú te sacas la chaqueta mientras me preguntas por cerveza, yo te la traigo, te la sirvo. Los dos miramos la espuma subir en el vaso, los dos nos miramos, nos sonreímos. La espuma se queda en el vaso, mientras me acerco para morderte la boquita. Tú te dejas morder, confiando en que mi boca va a ser suave con la tuya, piadosa, adivinando que lo que mi boca quiere es sólo rozarte los labios, sentir su contextura, su sabor y abrirse para darle espacio a mi lengua, que, tímida y cuidadosa, entra por tus labios y te roza las encías. Mi mano, entonces, después de la boca y después de la lengua, por fin toca tu culo, tu culo responde feliz al contacto, se regocija bajo mi mano festejando el largo trabajo de la noche, ya que fue tu culo, aunque tú no lo sabes, el que planeó este milagro. De pronto alejas la cara, me miras achicando los ojos, yo entiendo que estás nerviosa y sonrío, pregunto lo que te pasa, y tú me respondes seria: "Es que se me olvida tu cara. Cierro los ojos y me olvido de cómo eres". Yo me río, porque me

pasa lo mismo, río aunque no me da risa, río de mentira, sobre unos ojos ya no tan tristes, porque no sé estar serio cuando estoy nervioso. Sonriendo me acerco a la radio y la prendo, la música suena y yo te miro, tú achicas los ojos cuando te miro y entonces, cuando los dos sabemos que estamos empatadamente nerviosos, yo dejo mi muletilla y tú la tuya y nos volvemos a besar. Tu culo descansa de mi mano y es el turno de tu pecho, tu mano se entusiasma y también entra en el juego, me toma las manos, juega con mis manos, aunque secretamente deseo que baje y compruebe cuánto me gusta lo que estoy sintiendo, que verifique cuán excitado me tienes. Te separas de nuevo, me vuelves a mirar para recordar mi cara que una vez más se te olvidó, sonríes, porque parece que ahora te gusta más, yo ya no sonrío porque no es necesario, estoy relajado, excitado, feliz. Me acerco, tomo tu vaso de cerveza con una mano, con la otra la lata que abrí para mí, y te conduzco a mi pieza. Sobre mi cama, mi mano y tu culo, tu culo y mi boca, tu mano y mi mano, tu mano y mis testículos, tu pecho izquierdo y mi lengua, y mi pie con el tuyo, tu boca y mi ingle, los pelos, las lenguas, los dientes, todos, todos reunidos, todos se encuentran, tocan, juegan sobre mi cama, en un recreo que termina a la mañana siguiente, cuando nuestras almas se encuentren por primera vez sin entender el desastre que causamos la noche anterior.

Cuando Francisco despertó, ella estaba de espaldas terminando de ponerse el vestido que se había sacado unas horas antes. Odiaba las mañanas siguientes lejos de su casa, porque la ropa de la noche nunca se ve bien a la luz del día, y no soporta el olor a cigarro cuando recién ha despertado. No se sentía culpable, eso sí. Eso nunca. Mariana jamás se arrepentía de lo que hacía, lo que

había sido, fue, y lo que no, jamás pasó. Como no lo había visto abrir los ojos, Francisco pudo haber hecho como que seguía durmiendo para evitar la despedida, pero le ofreció el baño para ducharse antes de partir y un vaso de leche, a lo que ella respondió que no porque estaba atrasada para su ensayo. Francisco pensó que era actriz, pero no quiso confirmarlo por temor a que ya hubieran hablado de eso y que lo hubiera olvidado. Pensó en ofrecer llevarla, aunque le provocaba una flojera tremenda, su propuesta se quedó en el aliento de las primeras palabras cuando ella se acercó, lo miró profundamente a los ojos y sin siquiera pensarlo le habló.

–Me abrazaste toda la noche. Nadie ha hecho eso nunca cuando lo estoy recién conociendo. No me gusta que me abracen los desconocidos, pero contigo fue distinto, contigo me sentí segura.

Francisco sonrió repentinamente, le ofreció llevarla a su ensayo, pero ella dijo que prefería tomar un taxi. Cuando la iba a besar para despedirse, Mariana corrió la cara espontáneamente y lo besó en la mejilla.

–¿Estás segura que no te quieres duchar antes de irte?

Voy a pasar por mi casa antes de ensayar, tengo el tiempo justo para bañarme allá, y pedirle a Hugo que me preste su auto. Gracias de todas formas, y nos vemos luego.

Mariana sonrió, Francisco no pudo evitar concentrarse en su boca. Sus labios eran carnosos, expresivos y escondían un par de dientes levemente separados en la parte inferior. Finalmente se fue sin dejar rastros de donde ubicarla y Francisco se sintió feliz y cómodo, ya que por fin iba a poder intentar dormir otro rato y reponerse del trasnoche. No pudo dormir. Se quedó pensando semidormido, en quién era ese Hugo del que había

hablado como si fuera un conocido en común. Además pensó en las razones por las que durmieron abrazados toda la noche, si también en él era normal después del coito darse vuelta con una mala excusa y dormir abrazado a la almohada. Finalmente pensó en su nombre, no le costó muchos segundos recordarlo.

Mariana va en un taxi camino a su casa, comprueba que su celular ya no tiene batería, así que desde un teléfono público llama al guitarrista para explicar que se va a retrasar como quince minutos, vuelve al taxi y en el trayecto a su casa, organiza su día entre el ensayo y el cumpleaños de su hermana que celebraría esa noche en la casa de sus padres. Entre ambos eventos, piensa en pasar por el supermercado para comprar comida ya que tiene el resfrigerador desocupado, y luego en ir a la casa de una amiga y desde ahí llamar para pedir una reunión con el dueño del Triángulo, donde tocará con su grupo, también recuerda que tiene que depilarse, aunque como el invierno está cerca, quizás ya no sea necesario. Francisco sigue intentando dormir, pero las imágenes de lo que pasó anoche se entrometen como moscas en cualquier sueño que intente apoderarse de su cabeza, comprueba que tiene una erección, producto de ese olor que dejó Mariana en las sábanas, del recuerdo de su culo, y de sus últimas palabras. "Me sentí segura", piensa en masturbarse para apartar por fin cualquier pensamiento desvelador, pero finalmente se deja llevar por los recuerdos embriagadores de la anoche. Sonríe de pronto, y sonriendo permanece hasta las dos de la tarde cuando decide levantarse para comer algo.

No se acordaba seguido de ella, pero sí le bajaban unos vagos deseos de encontrarla cuando iba al club de donde la rescató la última vez que la vio. Pasaron pocas

semanas y se la topó por casualidad en un bar de Bellavista. Francisco se había quedado de juntar con una amiga en el Triángulo y de pronto en el escenario lo sorprendió Mariana, cantando con poca voz una balada, acompañada por un guitarrista delgado y de pelo corto, que tarareaba la letra concentrado en las notas que su mano iba dejando en las cuerdas. Ella no lo veía, pero Francisco sentía que esa música era para él. Después de tres canciones desconocidas, le dejó el escenario al guitarrista, que se quedó cantando solo. Fue recién ahí que notó la presencia de Francisco, y espontáneamente después de evadir una mesa con la que casi se tropieza, se acercó a saludarlo. No lo abrazó, no se impresionó de verlo, y como quien ve a un viejo amigo le dio un beso cálido para luego ir a conversar con un par de tipos que la esperaban con un trago en la barra. Pasadas las tres de la mañana, cuando Francisco se había hecho de valentía a punta de vodka tónica, dejó a su compañera en el auto, volvió a entrar al bar y se acercó a la barra donde Mariana seguía conversando entretenida, esta vez con dos amigos más, entre los que estaba el guitarrista.

–Mariana..., ¿puedo, puedo preguntarte una cosa?

–¿Ah? ¿Qué? –dijo ella mientras se volteaba, comprobando extrañada que quien la llamaba era Francisco, que todavía no se había ido de ese bar a punto de cerrar. –Hola. ¿Estás bien?

Sí, pero... pero necesito saber algo. ¿Quién es Hugo? –preguntó, queriendo despejar cualquier duda y aludiendo una precaria conexión histórica entre ambos.

–¿Hugo? ¿Cuál Hugo?

–No sé, tú hablaste de un Hugo. Dijiste esa noche, la noche que estuvimos juntos, que un Hugo te podía prestar su auto para ir al ensayo.

De pronto Mariana comenzó a reír a carcajadas, como si Hugo fuera el nombre de un chiste divertido, un chiste maravilloso que la hacía maravillosa a ella, y con la cara enteramente iluminada por la risa tomó la mano de Francisco con fuerza, y lo acercó al grupo. No lo alcanzó a presentar cuando riendo de manera sonora, interrumpió a sus amigos.

–Francisco me acaba de preguntar quién era Hugo. Cuéntale, Flamenco.

Entonces el guitarrista se puso muy serio, todo el resto de la gente comenzaró a reír también con el chiste que Francisco no entendía, y mirando desganado a Francisco, Flamenco concedió la petición de la risueña vocalista.



–Hugo es un concha su madre, que me va a tener que pagar cada peso que me robó, ¡hueón culiado!

Mariana continuó riendo mientras le explicaba que se trataba del bajista de la banda, que vivía con ella y que los había dejado hacía una semana, con una lista de compromisos en bares que nunca pudieron cumplir. Flamenco era el guitarrista y al parecer el más ansioso de que el grupo triunfara. Mariana cantaba de vez en cuando, más que por tener una voz privilegiada, por el cariño que le tenía Flamenco, amigo desde que eran chicos y que como ella decía, la quería más que a nadie en el mundo.

Francisco se sorprendió de pronto sonriendo por los detalles de la vida de Mariana, y ella se sintió estimulada a seguir contándole anécdotas pasadas. Se fueron a un bar a seguir conversando, y en la madrugada hicieron el amor por segunda vez en el auto de él. No durmieron juntos, pero intercambiaron teléfonos para juntarse el miércoles. Ese miércoles fueron al cine, pero no termi-

naron de ver la película, sus deseos de cama superaron la historia que Tarantino quería contarles en la pantalla.

Me gusta como fumas, me gusta como sostienes el cigarro en la boca. Me gusta verte en mi cama, en mi sábanas, me gusta tu olor, tus ojos. A mí me gusta que te guste tanto. Me miras como si fuera hermosa.

Silencio, un silencio profundo e inhibidor invade la pieza. Francisco se aterra, ella sigue fumando sin oír el silencio. Francisco la mira como si no la conociera, ella descubre su miedo y le regala una sonrisa de mentira.

No me mires así, yo estoy contenta, y si me miras así, siento que hay algo que está mal.

–¿No tienes miedo?

–¿A qué?

–¿A que esto se termine?

–¿Qué es esto?

–Lo que hay aquí, ahora.

Ella piensa unos segundos, en realidad no tiene miedo. Entonces responde.

–Lo que hay aquí, ahora, esta noche, se tiene que terminar para que haya algo mañana. Y lo de mañana, se tiene que terminar para que pasado mañana empiece otra cosa. No, no tengo miedo.

–Te estoy hablando de nosotros, de lo que hay entre nosotros.

–Lo que hay entre nosotros, es esto, y lo que va a haber mañana, va a ser eso.

–¿Qué va a haber mañana?

–Te respondo cuando nos hayamos despertado. Buenas noches.

Entonces Mariana apaga el cigarro, le da un beso breve en los labios, y se hunde en las sábanas para dormir, él la mira asustado, la abraza por la espalda con

fuerza para que no se vaya nunca, y aprieta su erección contra su culo. Su culo ya lo consiguió, así que no hace ningún intento por atraerlo más, su culo duerme plácidamente como su dueña. Francisco hace un pequeño movimiento invitándola a hacer el amor por segunda vez, aterrado de lo que pasará mañana, pero Mariana duerme exhausta, soñando con que canta en el Twist, y que el show es un fracaso total.

No sabe en qué momento su vida dejó de ser su vida, y se convirtió en la de ella. Pensaba en llamarla a las horas más extrañas, pero ella siempre olvidaba cargar su celular, y cuando por fin contestaba el diálogo era breve porque estaba ocupada en alguna reunión o ensayo. No tenía celos de los hombres, porque sabía que así como no era suya no era de ninguno, pero sí lo volvía loco la rutina que Mariana tan efectivamente cumplía y que la apasionaba más que cualquier cosa.



El décimo encuentro fue cuando fueron a ver la película con Isabelle Huppert. Mariana no dejó de hablar del personaje en toda la noche. Le gustaban las películas francesas, porque las protagonistas siempre sufrían por la vida misma, y eso la intrigaba y seducía de sobre manera.

–Son como tú, –le dijo un día, –nada los hace inmensamente felices, y cosas pequeñas los ponen inmensamente tristes.

Pasaban los días, y comenzaban a disfrutar especialmente de la compañía del otro. Francisco, sin darse cuenta, comenzaba a sentir la necesidad de estar cada vez más cerca de ella. Estando separados la llamaba por teléfono para aproximarla a través de la voz. Estando en alguna fiesta juntos donde ella conversaba con algunos amigos en un rincón distante, él necesitaba cada cierto

rato encontrarla con la mirada, ver qué hacía y cómo disfrutaba de lo que sea que estuviera hablando. Cuando la distancia del cuarto entonces se hacía insoportable, Francisco pedía permiso y se acercaba a donde ella estaba, entonces, con un beso en la mejilla la aproximaba todavía más. Ella entonces recién lo notaba, le sonreía un segundo y volvía al diálogo concentrada, apartándose otra vez de él.

Francisco comenzó a darse cuenta que el amor no era nada más que eso. La insoportable necesidad de estar lo más cerca del objeto del deseo como fuera posible. En las noches, cuando sus cuerpos por fin estaban tan cerca como podían, incluso más que cerca, porque él estaba dentro del suyo, ella era feliz, pero a él no le bastaba. Quería estar todavía más cerca, poseer su alma, sus pensamientos, sus deseos, pero eso era imposible con ella. Mariana nunca sería enteramente suya, ya que el mundo era demasiado grande, y ella aspiraba a poseerlo. Fue la nota que dejó debajo de la puerta, lo que lo hizo darse cuenta de eso. Lloró por esas palabras escritas con mala ortografía y un lápiz de poca tinta que seguramente pidió a la vecina.

"Pancho, vine y no te encontre. No voi a poder ir a ver la obra contigo. Nos vamos con la China a Valparaiso, por que hay una fiesta de travestis y el va a participar. Te llamo cuando vuelba. Un beso.

Leyó la nota siete veces. No fue al teatro ni quiso salir al día siguiente. Ella volvió dos días después sonriendo y contando los pormenores por los cuales la China había salido en cuarto lugar, a pesar de que su show era el mejor. Sumergida en las anécdotas y extasiada por la

aventura, ni siquiera se dio cuenta de que Francisco no la estaba escuchando. Terminó de contar todos los detalles, y excitada lo abrazó y comenzó a desvestirlo para hacer el amor. Él la complació sin decir nada, ya no importaba porque Mariana estaba con él y estaba tan contenta, que no quería apartarla de esa dicha. Pensó que al día siguiente iba a decirle que estaba sufriendo por ella, pero amaneció lloviendo y ella prefirió ir a dar un paseo. No estaba con él realmente, nunca lo había estado, Francisco sólo era un testigo de lo feliz que la hacía el mundo y la vida. Tampoco era la razón de sus alegrías. Un testigo solamente, un testigo invisible, pasivo y completamente dispensable.



Llamó a la compañía de teléfonos, y la operadora le dijo que el celular de Mariana ya no funcionaba porque no había pagado la cuenta. No había sabido de ella en tres semanas, y hasta llegó a pensar que había cambiado su número para que él no la volviera a molestar. Entre sus terrores más grandes estaba enterarse de que tenía una relación formal con alguien, y que nunca más la volvería a ver por toda una noche, es que se había acostumbrado a permanecer despierto para observarla por horas, y jugaba a que adivinaba sus sueños. Apareció un martes, sin que él la esperara, estaba empapada y le sonrió sacudiendo la cabeza en el umbral de la puerta.

–Estaba lloviendo y me acordé de tí. ¿Estás solo?

Quería matarla, exigirle a gritos qué le explicara por qué no recibió llamadas antes y que había pasado con su celular, pero se mantuvo frío, ya había pedido demasiadas explicaciones la última vez y pensó muchas veces, en sus desvelos, que fueron esas explicaciones las que la habían empujado a alejarse por casi un mes. No tenía derecho a preguntarle nada y menos a exigir respuesta.

–No, no estoy solo. Hay una mina en la pieza. –mintió.

Ah, bueno, entonces... entonces vuelvo otro día –le respondió, sin una sombra de celos en su cara, y volteándose para salir. Francisco entonces la tomó con fuerza de la muñeca, cerró la puerta y la empujó violentamente contra la pared, la besó con rabia, para finalmente mirarla esperando una reacción. Mariana solo rió extrañada.

–Entonces es mentira que estás acompañado.

–Puede ser.

Mariana dejó de sonreír, extrañada. No reconocía esa expresión de ira en los ojos de Francisco, en la boca de Francisco, en sus dientes que apretaban fuerte para no dejar salir un grito, o un llanto, o un "te odio puta porque no puedo estar sin tí". Pudo percibir sus deseos de golpearla y sintió miedo. No por lo que pudiera hacerle a ella, sino por lo que ella podía estar haciéndole a él. Estaba dañándolo y ahora él quería dañarla.



–¿Qué pasa, Pancho? Me estás apretando. Me duelen las muñecas.

–Nada, no pasa nada. Es que la lluvia me pone así.

–¿Quieres que vayamos a caminar?

–Quiero tirar contigo, ahora. No te preocupes, mentí, no hay nadie más. Estamos solos.

–No me preocupo. Tú sabes que no me preocupo. Tú sabes que nada me preocupa, si tú estas feliz. Si estás con alguien me voy y puedo volver otro día.

Quizás fue esa frase la que lo hirió más que su ausencia, o quizás fue la forma de decirlo. La mirada de Mariana enfrentaba la suya, y le recordaba con ese "tú sabes" masticado, que ella nunca prometió nada, y que nunca significaba nunca. Francisco con una violencia

extrema la tomó de las manos y a la fuerza le sacó la ropa dejándola desnuda. Mariana comenzó a reir a carcajadas, feliz de lo que estaba experimentando, se reía de la forma en que todo estaba pasando, y de Francisco, que queriendo clavarle un cuchillo y sacarla de su vida para siempre, se quitó el pantalón y entró en ella haciéndola gemir entre risitas y gritos de éxtasis.

–No fue su violencia la que la hizo gozar más que otras veces, ni su manera fuerte de pasearla por los distintos rincones del living mientras la penetraba, fue su tristeza, la tristeza que vio en los ojos de Francisco mientras se la cogía, una tristeza que la hacía sentirse más cerca de él, y que unas horas después la alejaría de su vida para siempre. No sabía si eran lágrimas las que mojaban sus ojos y si ese terror atroz lo llevaba a tardarse más de la cuenta en acabar, pero lo estaba gozando como nunca y el orgasmo se demoró muy poco tiempo en poseerla a ella. Mariana amaba hacer el amor, y él quería que esta vez gozara como nunca antes. Tuvo dos orgasmos, antes de que Francisco tuviera el suyo, y en esos dos orgasmos sintió que era feliz, y que hasta lo amaba un poco. Se quedaron en silencio mucho rato de espaldas en el piso, esperando que sus respiraciones alcanzaran el ritmo normal.



–¿Qué pasó con tu celular? –Le preguntó finalmente mientras se subía los calzoncillos.

–Odio los celulares, tú sabes. Se me perdió el último y decidí que no voy a tener ni uno más. Me quieren cobrar un aparato nuevo, y yo que llamo como loca cuando tengo que organizar reuniones. Decidí que no quiero más depender de esa cosa.

–Me pudiste haber avisado.

–¿Cómo? Si tenía tu teléfono en mi celular, pero vine... ¿No encontraste más sorpresivo así? Sin avisar. Fue más divertido.

–¿Y si hubiera habido alguien?

–Me hubiese ido.

–Y si yo quiero verte, ¿cómo lo hago?

–Haces demasiadas preguntas y no sé como contestarlas. Te puedo dar el celular del Flamenco y ahí dejarme un recado.

–Un recado, –repitió Francisco. –Un recado, –volvió a decir. –Un recado, un recado... –murmuró varias veces más, para convencerse de una vez, que eso era él para ella. Un recado, una reunión para cantar en quien sabe donde, una depilada, un cumpleaños, una ida a la playa con amigos. Un recado, una cita o una reunión que se podía cancelar.



–Mariana creyó ver una lágrima caer por la mejilla izquierda de Francisco y sintió miedo, pensó por un segundo a qué lado estaba el corazón, y como no tuvo respuesta pensó en preguntar, pero se quedó callada. No quería que sufriera por ella, no como Lucho, o como Fabián, o como el mismo Flamenco cuando eran chicos, no como otros que una vez creyeron que las cosas eran distintas a como ella siempre les adelantó que eran.

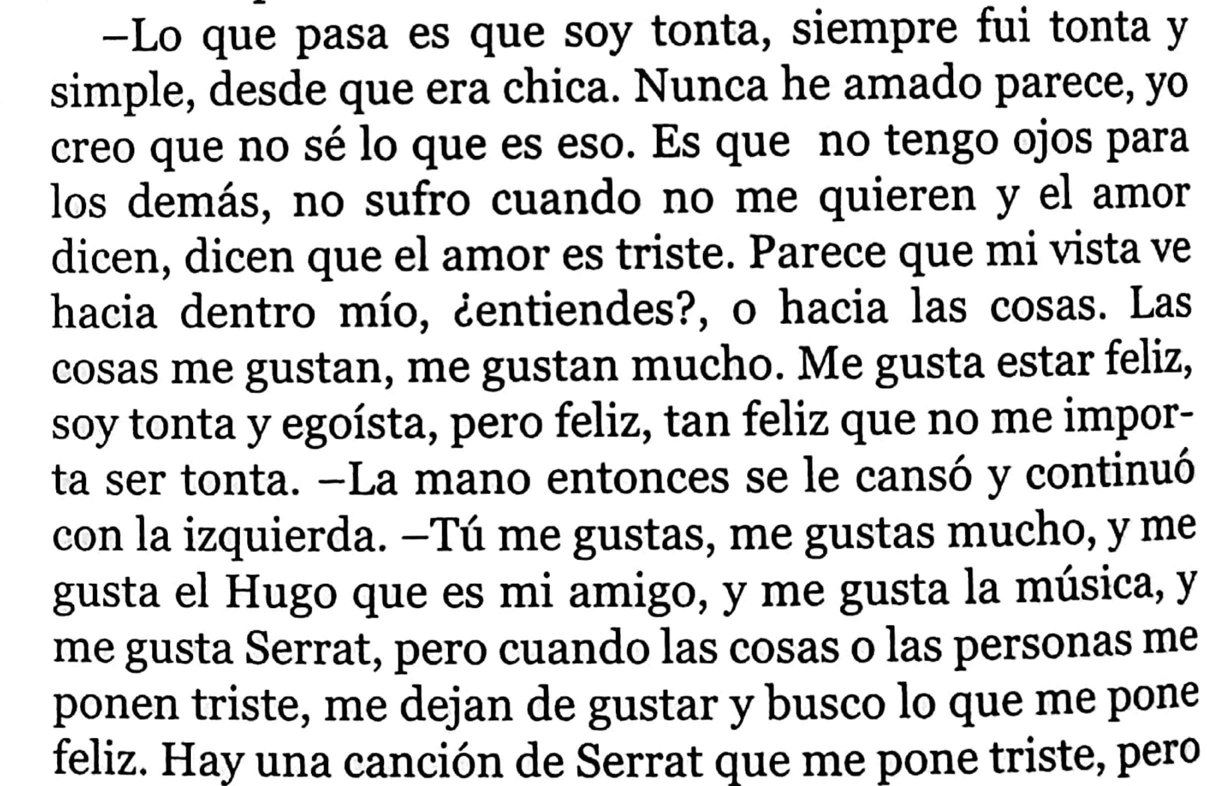
–Aturdida por la pena de Francisco, se puso de pie y comenzó a vestirse lentamente. Él la miraba todavía más aturdido y sintiendo que se moría, mientras ella iba poniéndose una a una sus prendas de vestir. Cuando estaba lista para emprender la retirada, con su gamulán favorito sobre su cuerpo delgado, se dio cuenta que Francisco se acariciaba su miembro bajo el calzoncillo sin dejar de mirarla. Su expresión ya no decía nada, y solo la miraba mientras despertaba a su miembro dor-

mido, triste y atontado como él. Mariana comenzó a imaginar que en su mano Francisco tenía un arma, y estaba preparándola para dispararla contra ella. Le preguntó por qué se estaba tocando, tratando de entender qué era lo que pasaba.

–Quiero matarte, verte como una cosa, y borrarte para siempre.

–Déjame ayudarte con eso.

Mariana entonces se acercó dejando la cartera sobre una silla. Seria y mirándolo fijamente a los ojos comenzó a tocarlo, ayudándolo a matarla. Sin dejar el movimiento de su mano y sin apartar su vista de la de él intentó explicarle todo.





–Lo que pasa es que soy tonta, siempre fui tonta y simple, desde que era chica. Nunca he amado parece, yo creo que no sé lo que es eso. Es que no tengo ojos para los demás, no sufro cuando no me quieren y el amor dicen, dicen que el amor es triste. Parece que mi vista ve hacia dentro mío, ¿entiendes?, o hacia las cosas. Las cosas me gustan, me gustan mucho. Me gusta estar feliz, soy tonta y egoísta, pero feliz, tan feliz que no me importa ser tonta. –La mano entonces se le cansó y continuó con la izquierda. –Tú me gustas, me gustas mucho, y me gusta el Hugo que es mi amigo, y me gusta la música, y me gusta Serrat, pero cuando las cosas o las personas me ponen triste, me dejan de gustar y busco lo que me pone feliz. Hay una canción de Serrat que me pone triste, pero esa tristeza sí me gusta, porque me hace feliz, ¿entiendes? Yo te pongo triste de otra forma, entonces tengo que dejar de hacerte daño, tu tristeza me pone triste y ya no me gusta esta compañía. A la gente como tú le atrae lo que los pone triste. A mí no, quizás porque soy tonta, quizás porque soy insensible, o no sé por qué, pero a mí

me gusta vivir, ser feliz y si puedo, hacerte feliz. Si las cosas no me gustan cierro un poco los ojos y dejo de verlas. Se te puso duro, ¿quieres que te chupe?

El negó con la cabeza, le apartó su mano desconcertado, se subió el calzoncillo y de pronto lloró, ella lo miró seria, negó con la cabeza enchuecando un poco la boca y pidió perdón diciendo que siempre hace lo mismo, después le dio un beso suave en la mejilla tomó otra vez su cartera y avanzó rápido a la puerta para voltearse y mirarlo por última vez.

–No sé porque pasan estas cosas, puede ser porque soy tonta, o porque no sufro tanto, pero siempre los hombres como tú, terminan llorando por culpa de las personas como yo. Perdona, perdona pero no entiendo por qué pasan estas cosas.



Desconcertada salió del departamento, desconcertada subió al ascensor y por éste bajó al primer piso. Desconcertada salió del edificio. Afuera seguía lloviendo, tomó aire profundamente y abrió su paraguas, avanzó una cuadra y de pronto sonrió al ver que un auto mojaba a un par de colegiales que esperaban la micro. Se fue caminando bajo la lluvia y comenzó a planear una tocata en Valparaíso, en el mismo lugar donde la China hizo su show. Estaba tan concentrada que sin querer pisó una posa y se mojó la zapatilla, sintió el agua fría en el calcetín, y comenzó a reírse a carcajadas por las cosquillas en el pie, finalmente cerró el paraguas y decidió mojarse un poco con la lluvia, se podía terminar en cualquier momento y era mejor disfrutarla cayendo en su cara.



BREVE ESPACIO EN QUE NO ESTÁS

Pablo Milanés

Todavía quedan restos de humedad,
sus olores llenan ya mi soledad,
en la cama su silueta se dibuja cual promesa
de llenar el breve espacio en que no está.

Todavía yo no sé si volverá, nadie sabe,
al día siguiente, lo que hará.
Rompe todos mis esquemas,
no confiesa ni una pena,
no me pide nada a cambio de lo que dá.

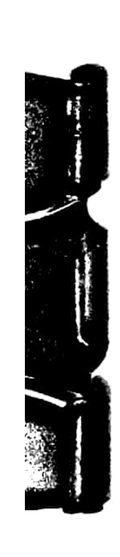


Suele ser violenta y tierna,
no habla de uniones eternas,
mas se entrega cual si hubiera
sólo un día para amar.

No comparte una reunión,
mas le gusta la canción que comprometa su pensar.
Todavía no pregunté "¿te quedarás?".
Temo mucho a la respuesta de un "jamás".
La prefiero compartida antes que vaciar mi vida,
no es perfecta mas se acerca a lo que yo
simplemente soñé...

Suele ser violenta y tierna,
no habla de uniones eternas,
mas se entrega cual si hubiera
sólo un día para amar.

No comparte una reunión,
mas le gusta la canción que comprometa su pensar.
Todavía no pregunté "¿te quedarás?".
Temo mucho a la respuesta de un "jamás".
La prefiero compartida antes que vaciar mi vida,
no es perfecta mas se acerca a lo que yo
simplemente soñé...

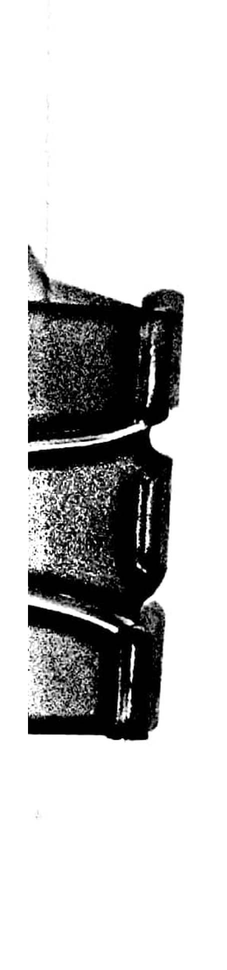


LOMO LISO

Basado en *Touch me* de Samantha Fox



Josefina Fernández



Josefina Fernández

Periodista de la Universidad Diego Portales. Ha trabajado en diarios de derecha, sitios de Internet, revistas políticas y canales de cable. Hasta hace poco se desempeñaba como productora del programa El interruptor, de Vía X. Hace un mes se fue a vivir a Madrid, España, donde se encuentra estudiando escritura de guión.





LO ÚNICO QUE SE ESCUCHABA era el ruido de los tacos de María en la vereda. La falda se veía aún más corta a esa hora de la mañana. El rostro, más que cansado, tenía un aspecto ido. Estaba sumergida en sus pensamientos. Una brisa le rozó el pelo y pensó que hacía tiempo no experimentaba esa sensación de amplitud.

Se había estado revolcando en placeres perversos, provocados por diversas debilidades a las que ponía cada vez más atención. Una fijación con los detalles más pueriles de la condición humana, que descubría observando a la gente en fiestas con poca luz. Se regocijaba averiguando mentiras, vergüenzas que algunos le confesaban. Pero no lo hacía con desdén. El asunto la enternecía.



Tuvo la ocurrencia de poseer una extraña y novedosa adicción. Desechó inmediatamente la idea pensando en que la mitad de la humanidad se regocija con secretas turbiedades. Si es que no más. La ilusión de haber encontrado algo único en sí misma se desvaneció.

Estaba muy sensible.

Un amante ocasional la describió como un ratón asustadizo que brinca ante los estímulos diarios. En el momento ella consideró que la comparación era amorosa e incluso se sintió comprendida.

El ladrido histérico de un perro tras la reja de una casa la hizo saltar, sintió como la sangre le subía a la cara y se acordó de lo del ratón. Se sintió indefensa.

Estaba en un barrio residencial horrible, con casas trasformadas en centros veterinarios y gimnasios. "No

me la va a ganar esta vez", pensó y dudó si había dicho la frase en voz alta. Si era así, su ridículo intento de apropiarse del carácter siútico de una heroína de teleserie estaba a punto de cumplirse. Que patético. Miró al perro que seguía chillando.

"Put him to sleep" pensó con desprecio, y esbozó una sonrisa con sus labios llenos de llagas.

El dolor le recordó que gran parte de su ser estaba compuesto por carnes y piel. Y sintió que esa parte de ella estaba extremadamente débil.

Se tiró un cuerito del labio hasta sangrar, lo miró y lo mordió con cuidado. El sabor a hierro de la sangre en su lengua la distrajo.

Saboreó la idea de que su existencia se podía resumir en una serie de pequeñas miserias corporales. Dolencias que la han ido acompañando, dándole un sentido de cotidianeidad interna, un único contacto con su biología.



Recordó la sensación de un afta en la punta de la lengua. El placentero dolor que le provocaba morderla. El goce extraño que le producía mover un diente suelto con la lengua, frotar una encía inflamada, juguetear con los puntos de una herida. Una leve infección en el lóbulo de su oreja izquierda que se manifestaba como pequeñas costras desprendibles. La hinchazón misteriosa de una glándula en la ingle.

Esas presencias intermitentes representaban su realidad carnal. Eso y el sexo.

(I want to feel your body)

Se miró los zapatos en punta y sintió cómo le ardían los talones. Dos ampollitas rosadas se estaban empezando a formar. Apenas su ánimo frente a este panorama

adverso comenzó a turbarse, dirigió sus pasos mentales a una actividad que la proveía de mucho más placer.

Volvió hasta el primer detalle de la historia. Y comenzó a desmenuzarla en partículas microscópicas.

Instaló el primer momento de su repaso mental en una mañana que lo vio a través de una mampara de vidrio nebuloso, mientras ella esperaba una entrevista de trabajo, envuelta en un impermeable grande y manchado con barro.

Era día lluvioso y el sólo verlo agitó su imaginación. Movimientos seguros, un desdén en las manos, sintió que ese hombre era una posibilidad. Cuando fue notificada de que el puesto era suyo, se emocionó ante la doble expectativa.



María decidió que era acertado marcar ahí el comienzo de la historia, porque era un hecho real. Parecía un encuentro místico, propio de un amor a primera vista, novelesco. Sin embargo era cierto y eso le daba fundamentos a sus fantasías.

Lamentablemente después ella lo arruinó todo al confesárselo a Lomo Liso (así le gustaba llamarlo), en la cama. Decidió eliminar esa torpeza del recuento.

Se concentró en otro hito. El día en que se saludaron y ella fue capaz de imaginarse, espléndida entre sus brazos.

Repasó la forma de su boca y la manera en que sonreía moviéndola hacia un lado. Ese era uno de los gestos que despejaban todas sus dudas.

Recordó sus manos y algunos besos muy de cerca.

Se detuvo.

Se estaba adelantando en el relato. Debía revivirlo en orden cronológico para no distorsionarlo demasiado. No quería relegarlo al ámbito de la imaginación tan pronto.

Después esos sentimientos se le escurrían, inasibles, vagos. Y su existencia volvía a formarse de pequeñas partículas. La uña, los poros, las puntadas. Le costaba mucho salir de sí misma, y aunque la obsesión a veces la agotaba, se había acostumbrado a disfrutarla.

Exprimió una de sus sensaciones favoritas junto a Lomo Liso. El roce que sintió cuando él le tocó la mandíbula con sus dedos toscos y bromeando hizo como que le pegaba frente a otra gente de la oficina. María lo había estado mirando durante una semana por lo menos, en la máquina del café, a lo lejos cuando volvían del almuerzo. Ella siempre le sonreía como si supiera algo.



Hi darling.

Te cuento que Lomo liso me tiene trastornada. Ya no sé qué voy a hacer. He desarrollado la técnica de mirar su reflejo en la pantalla del computador cada vez que pasa por detrás de mi escritorio. Porque no puedo seguir dando vuelta la cabeza cada vez que pasa al baño (sí, que mata pasiones, al baño, pero obviamente ni eso me da repulsión). Porque dejar de mirarlo es imposible. La sola visión de su espalda me cambia el día. ¿Cómo puede alguien relativamente racional cambiar de humor gracias a la visión de una espalda? Misterio.

Además es tonto. Lo he comprobado. Se acerca y me habla de cualquier cosa, fútbol, y yo me derrito. Sencillamente no domino la objetividad. Estoy obnubilada.

Pasé caminando por el lado de su escritorio, estaba con una mano apoyada en el borde, a la pasada. Estuve a punto de estirar los dedos para tocar sus nudillos. Quería rozarlo un poquito y sonreírle. No lo hice. Igual que con los diálogos que me invento. Todo preparado para avanzar un

poco más en el acercamiento. No me resultan, digo la primera línea y él contesta cualquier cosa. No entiende el juego. En fin, te dejo de aburrir. Espero pronto tener más novedades.

Besos

María Obsesión

María, sola en la calle, escuchó cantar los primeros pajaritos. Olvidó el frío que la afectaba y cerró los ojos un momento. Quería alargar el placer lo más posible. Trató de recordar algún otro momento cúlmine de su historia. Solo lograba reflotar miradas, sonrisas, alguna frase suelta. Su memoria se aceleró.



El cielo ante sus ojos, se transformó en un fondo rosa en el que irrumpían imágenes:

La leve transpiración que llenó su frente cuando tuvieron que leer muy juntos la pantalla del computador.

La mañana en que él le hizo un comentario acalorado sobre sus piernas.

Las noches en que ella semidormida soñó que siendo amantes se escapaban todas las semanas a un motel cerca de la oficina, que él la amarraba y ella sabía bailar con la barra, pegarle con un látigo. Volverlo loco.

Las mañanas en que ella se vistió mirando su cama, imaginándolo entre sus sábanas.

(Hot and cold emotion confusing my brain. I could not decide, between pleasure and pain)

Darling.

Estoy tan aburrida en la oficina. El jefe está hecho un histérico y no me deja en paz. Yo, por suerte, estoy pendiente de Lomo.

Ayer nos fuimos juntos. A última hora decidí partir a la casa de la Rosario que vive cerca de él. En el metro conversamos un par de cosas, y animada por las miraditas le pregunté si tenía novia.

No

Ah que bueno.

Por qué?

Porque es bueno saberlo, no? Un buenmozo soltero...



Me reí. Le digo todo como en broma y se pone nervioso. Fijo que le carga que yo sea tan atrevida. Pero no puedo evitarlo. Ya sabes, la racionalidad desaparecida y eso. No hay lógica que valga, ya he pasado por esto antes y he llegado a darme discursos, trato de hacerme entrar en razón. No hay caso.

¿Cómo entender esta rebeldía? Hablando fríamente creo que esto de Lomo no es mejor que lo que me pasó con Mr piernas, ese bruto que me desvivía por él. Y que después de meses de apasionado sufrimiento y una mísera noche de amor, me despachó sin mucho trámite. Ahora pienso que fue mejor, porque en realidad yo no habría soportado ni dos días junto a él, éramos demasiado distintos. Pero en esa época sentía que no podía vivir sin él y me partió el corazón. Lloré y todo.

Ahora estoy en las mismas, y mi conciencia me dice que esto de Lomo Liso, va a ser igual. Pero anda a hacer entender al corazón y al cuerpo. Estoy toda disgregada, desgobernada.

Ni siquiera me atrevo a imaginar qué va a pasar si llego a entramparme como lo hice con Blue eyes. Ese casi me parte la vida. Ahora creo que puedo sobrevivir mejor.

`Esa vez me pilló desprevenida. Era un personaje misterioso que venía con las mejores recomendaciones, alguien que me inventé a través de las historias que me contaron de él. ¿Te acuerdas que se me apareció como en un sueño? Me arrojé a sus brazos y ahí quedé. Como una tonta en el país de las maravillas. Si hasta pensé que esa vez que nos encontramos por casualidad en una esquina era una especie de señal! Qué ilusa. Me demoré meses en darme cuenta de que todo era una mala jugada de mi imaginación, muy tarde, obviamente, cuando se me había hecho pebre todo lo demás. Hasta le prohibí la entrada a otros hombres a mi casa, esperándolo que volviera. Volvió, con otra mujer y me dejó en la puerta de la casa, sola. Al otro día suspendí la cuarentena y juré hacerme más dura.



Ahora me doy cuenta de que no cumplí el juramento.

El jefe me grita en la oreja que los informes fueron rechazados.

Te dejo

Besos

María sin vuelta

Un auto la pasó a toda velocidad y María se quedó quieta. Asustada de que el auto se detuviera, volviera a buscarla, cualquier cosa. Esa sensación de inseguridad se traspasó también a sus pensamientos. Tuvo la amarga premonición de que estos recuerdos maravillosos se

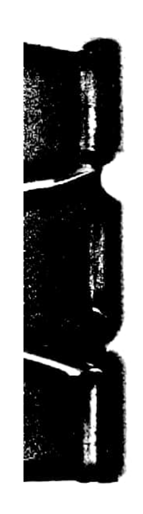
transformarían en algo triste en poco tiempo. Sintió el cuerpo medio entumecido.

Tuvo que recurrir a una imagen cálida para despejarse. Evocó los ojos de él, mirándola intensamente mientras la agarraba con fuerza de las muñecas. Volvió a sentirse entera.

(You made me feel so good, made me feel myself)

Hi babe.

Milagro. Todavía me sorprendo cuando las cosas me resultan. Después de tanto empeño, algo finalmente sale bien y la pesimista ni me lo creo. Imagínate como son las cosas, que ayer dejé que se fueran dos metros pensando que iba a aparecer en el andén, y nada. Y hoy en la mañana, ni me di cuenta y se sube al vagón.



Casi me desmayo. Me tiritaron las piernas y me puse roja, pero le hablé. Él sonrió apenas me vio. Debe pensar que estoy media loca. Da lo mismo, en un momento el metro frenó bruscamente y casi me caigo para atrás, pero él me agarró firme del antebrazo. Ahí quedé, embobada pensando, cómo es posible que tenga tan pocas oportunidades de tocarlo. A veces creo que si le paso la mano por el pelo se va romper.

Pero bueno, créelo o no el príncipe se dignó a bajar del altar. En la noche hay una despedida y le dije que si iba, le invitaba un trago. Me dijo que me iba a cobrar la palabra. Todo el día me he sentido liviana y más ágil. No me he comido las uñas ni una sola vez.

Mañana, novedades.

Love

Mary Obsessed

(This is the night)

María, mientras camina y siente el roce de los zapatos en las almohadillas de los pies, mira a través de un ciruelo en flor y retiene en su corazón la sensación de anticipo que tuvo durante el resto de esa tarde. Piensa que la puede sentir incluso más fuerte ahora mientras la recuerda. La intensidad de las emociones no siempre radica en su presencia física durante los hechos.

Esa noche, al llegar a su casa se dio un baño de tina y mientras miraba las carnes que surgían por sobre la superficie del agua, enumeró los sectores de su cuerpo que la habían estado molestando en los últimos días. La picadura en el antebrazo que se difuminaba. El grano en la base del cuello, que había estado apretando con furia cada vez que se ponía nerviosa. El corte en su pulgar que aun ardía cuando lo rozaba.

Pensó que hoy no iba a estar sola con sus detalles. Y luego se esmeró en que los sucesos de ese día se parecieran lo más posible a sus imaginaciones.

Se puso ligas, taco alto y una faldita corta que la hacía olvidar la flacidez de su estómago.

La polera favorita que guardaba sola en el primer cajón.

Mantuvo una vela roja prendida durante todo el proceso, y mientras se pintaba frente al espejo se dio una leve cachetada y dijo: "no te dejes engañar por tu cuerpo". Luego dio unos saltitos de emoción. Estaba a punto de tener lo que quería.

En el bar, Lomo y María quedaron sentados al lado. El también tenía ganas, si no, las cosas no hubiesen resultado tan fáciles.

María supo conversarle con dulzura y de a poco irse fundiendo a su lado. ¿Adivinaría él el espacio que ocupaba en su mente? Mientras lo miraba ideó una frase que le diría más tarde, revelándole el significado de todos sus movimientos. Se sentía tan dueña de ellos.

En esos momentos ella no quiso pensar en las veces que se sentía desolada al comprobar que había repetido una y otra vez el mismo entusiasmo, seguido por la misma decepción. De todas maneras no podía hacer nada, ya que María o bien se sentía como un montón de accidentes biológicos imposibles de compartir o bien se sumergía en una vorágine en la que todo giraba alrededor de otro cuerpo y que la hacía olvidarse de sí misma. Y cuando esto último sucedía, ella perdía el control.

María detuvo un momento sus pasos, se pasó la manó por los labios partidos y se preocupó porque a pesar de los primeros rayos de sol, la calle se veía amenazadora. Prefirió quedarse unos minutos parada, desmenuzando golosamente el momento en que ella y Lomo se acariciaron las manos por debajo de la mesa. No pudo recordar quién tomó la iniciativa.

Los dedos se enredaron de una manera tan emocionante. La mesa no tenía mantel. La gente más alejada podía ver el juego de manos y a él parecía no importarle. "Es valiente como yo", suspiró María. Y congeló en su mente la mirada de complicidad que tuvieron, mientras ella frotaba el pulgar por su palma.

Casi inmediatamente después vino a la escena del baño.

En medio del tumulto del baile María fue al baño. Había bajado la guardia y no estaba segura si él estaba siguiendo sus movimientos. Por eso se sorprendió cuan-

do al voltearse para cerrar la puerta lo vio apoyado en el umbral.

(Touch me now)

En este momento María, parada en la mitad de una calle desconocida, cierra los ojos. Debe esforzar su concentración, no se le puede ir ningún delicioso detalle.

El frío del lavatorio en sus muslos. Los instantes que se miraron antes de darse el beso de película. Delirio tropical. Ella no puede evitar sonreír.

(susurros sin despegar los labios completamente)

–¿Qué pasa?

–Es que me había imaginado esto muchas veces.

–Mmmsi, yo también.

Más besos. La humedad de sus labios salados. Lomo liso terminó con las tensiones. Ya no hay distancia entre sus cuerpos. Todo está al alcance de la mano. María introduce su lengua atrevida. Ella no es sólo palabras.



Camino al auto no resiste y lo abraza por la cintura, mete su mano por debajo de la camisa y le toca la espalda.

Le muerde una esquina de la boca y ya de a poco le va mostrando todo lo que lo quiere. Pasa su lengua por el cuello reviviendo las veces que pensó en ese cuello. Se confunde. Lo mira y se ríe de nuevo, sabe que nunca podrá explicarle todo eso, no le alcanzaría el tiempo para decírselo en palabras.

María se sienta en un paradero vacío y ve como las calles empiezan a poblarse de gente que parte al trabajo. Se toca las rodillas y una imagen le salta encima. Subiendo la escalera del departamento él le pasó los dedos por las piernas. ¿Cómo había olvidado ese

momento estelar en el que sus ligas provocaron una escena de antología? Proyectó esa escena en otros contextos y se acordó de la fantasía del motel. ¿La buscaría él ardorosamente en las horas de colación?

Cuando entraron a la casa, ella se quedó junto a la muralla y él se acercó para abrazarla. Totalmente segura de lo que quería, María le pidió que se parara un momento frente a ella, para mirarlo. El arrebato no impediría que ella aprovechase cada uno de los segundos junto a él, porque el presagio de que se trataba de una oportunidad única ya rondaba en su cabeza. En la pieza se dio el gusto de acariciarle lentamente la cara mientras él estaba sentado en la cama. Se agachó y lo besó como si tuviese todo el tiempo del mundo.



Cuando llega a este momento, María siente cosquilleo y una sonrisa inevitable se le instala en la cara. Esta vez no le duelen los labios.

Está transportada.

Respira profundo y mira a su alrededor. A lo lejos ve una intersección por donde pasan algunos autos. Se dirige hacia allá y toma la determinación de guardar algunos recuerdos frescos, sin manosear, para saborearlos cuando esté más tranquila. Pero no puede. Las imágenes se agolpan en su cabeza.

–Me gustas–, le dice él al oído y ella piensa que ese es uno de los momentos que más tiempo permanecerá en su memoria. Quiere guardar el timbre de su voz, porque cuando él le hablaba mientras la tomaba por la cintura, María sintió el cuerpo liviano. Esa era la mejor sensación.

(Like a tramp in the night i was begging for you, to treat my body like you wanted to)

Sin darse cuenta que estaba apurando el paso, revivió milimétricamente la respiración agitada, los segundos en que lo obligó a mirarla a los ojos mientras se instalaba entre sus piernas. Cuando él le cubrió la cara con su mano grande y la fue bajando despacio, tocándola entera. En un momento tembló al sentirse indefensa frente a esas manos. Y luego el placer asfixiante de sentirse atrapada por un cuerpo mucho más fuerte que el suyo.

Unos minutos de reposo y María le gime en el oído porque no quiere que él deje de tocarla. Lo provoca y se retuerce. Estira los brazos y pierde un poco la conciencia.

Después de que él se desploma sobre su cuerpo desnudo, ella se queda quieta un segundo y luego se encarama sobre su espalda. Se estira para que sus piernas y sus brazos queden sobre los de él.



María cierra los ojos mientras está expandida sobre su lomo. De pronto, él se incorpora. Flexiona los brazos, elevando a María sobre su espalda como si fuera una pluma. Ella no cabe en sí de felicidad. Piensa guardar esa imagen eternamente.

María elige otro momento favorito para seguir saboreando la memoria: Lomo yace con los ojos cerrados y ella lo mira. Examina sus manos, dedo por dedo. Los besa y se toca los pechos con ellos. Recorre con el dedo índice la forma de v corta que toma su pelo en la nuca y le acaricia la cabeza. Cree ver una sonrisa en sus labios. Observa muy de cerca esos brazos que antes la desconcentraron. Las pecas, las muñecas, los hombros, el cuello.

Se acurruca y le siente el olor.

Qué placer, tocarlo impúdicamente.

(Your heartbeat next to mine)

María abre los ojos y desconoce la pieza. Tuvo un sueño asfixiante. Estaba en la misma cama, con él. Y toda la gente que conoce se paseaba a su alrededor. Algunos le conversaron trivialidades y ella los odió por arruinarle el momento. Pero nadie hizo un comentario por el hombre que la acompañaba desnudo.

Trata de no pensar en el sueño. No puede moverse, está atrapada bajo un brazo inerte. Antes de removerlo, aprovecha de besarlo una vez más. Siente deseos de pasarle la lengua para sentir otra vez el gusto salado.

Pero no lo quiere despertar. Se levanta en puntillas y camina desnuda y a tientas alrededor de la cama. Siente que parece un ánima flotando en la oscuridad. Sale de la pieza con sus ropas en la mano y se da cuenta de que está en una casa inmensa y vacía. Se viste y abre varias puertas en busca de un teléfono, después cambia de idea y se dirige a la puerta principal.

Se persigna tres veces antes de abrir la puerta, a cuyo costado parpadea la luz roja de una alarma. Silencio.

El pastor alemán que se pasea por el jardín se le acerca moviendo la cola. María camina un largo trecho hasta la reja de hierro de la entrada. Es alta, pero ella se siente ágil. La escala y salta hacia la calle. Le duele la planta de los pies al caer y por primera vez repara en el ardor que siente en varias partes del cuerpo. Divisa unos moretones en la cintura y se acuerda de las manos apretándola. Se pone los zapatos en punta y empieza a caminar.

El ruido de sus pasos la hipnotiza. Todavía se siente fuera de sí. Camina y va cambiando la expresión de su cara a medida que avanza por barrio horrible lleno de

veterinarias y gimnasios. La faldita se ve demasiado corta para esa hora de la mañana y la piel sensible se resiente con la brisa matinal.

María recorre unas cuadras y se ve ensimismada, lejana, hasta que un gesto la devuelve a la cotidianeidad. Registra una carterita y aprieta un billete entre sus dedos. Levanta la mano izquierda mientras se apura a llegar a la esquina. Se sube a un taxi y le sonríe al chofer.

–"Mejor ni le pregunto en qué andaba"–, dice el hombre.



TOUCH ME
(I WANNA FEEL YOUR BODY)
Samantha Fox

Oh
touch me - this is the night -
oh
touch me - I wanna feel your body -

Full moon in the city and the night was young
I was hungry for love
I was hungry for fun.
I was hunting you down and I was the bait

When I saw you there I didn't need to hesitate.

This is the night
this is the night

This is the time we've qot to get it right.
Touch me
touch me
I want to feel your body



Your heart beat next to mine - touch me
touch me now!

Quick as a flash you disappeared into the night
Did I hurt you
boy? Didn't I treat you right?
You made me feel so good
made me feel myself
Now I'm alone and you're with somebody else.

This is the night
this is the night
. . .
Touch me
touch me now
touch me
touch me now!

Hot and cold emotion confusing my brain
I could not decide between pleasure and pain.
Like a tramp in the night I was begging for you
To treat my body like you wanted to.

Touch me
touch me
I want to feel your body

Your heart beat next to mine -
'Cause I want your body all the time!

Touch me
touch me
I want to feel your body
. . .
Touch me
touch me
touch me - this is the night -
Touch me
touch me
I wanna feel your body.
Touch me
touch me
touch me - this is the night -
Touch me
touch me

MANCHAS DE SANGRE EN CORTINAS DE TERCIOPELO BURDEO

Basado en *Girls and boys* de Blur



Pablo Illanes



Pablo Illanes

Guionista, escritor y egresado de periodismo de la Universidad Diego Portales. Se autodeclara cinéfilo. Es autor de varias telenovelas para Canal 13, incluyendo Machos. Estudió realización cinematográfica en Nueva York y dirigió un cortometraje, *Anything goes*, que nadie ha visto. Es autor de la pieza teatral Te vas a morir de pena cuando yo no esté y de la novela Una mujer brutal (Alfaguara, 2000). Su próxima novela a publicar se titula Fragilidad. Tiene la mejor colección disponible de películas de Jesús Franco.





A LA EDAD QUE TENGO ya no aguanto que nadie me cuente historias tristes porque de esas yo sé más de lo que debería. Tragedias. Desdichas. Miserias. No hay canallada que no conozca de memoria y eso se lo agradezco a mi Señor cada vez que puedo, una vez al día para ser más exacta, cuando me arrodillo junto al único retrato que aún conservo de mi madre, Que En Paz Descanse y Que Mis Palabras No La Ofendan; rezo un par de horitas entre las tres y las cinco de la mañana para luego echar una última mirada a la clientela del Wonderful, paso a recolectar la plata de la caja, unas ciento veinte lucas desde la ronda anterior, y vuelvo a mi dormitorio con la sensación de que en cualquier momento los niños me van a quemar las cortinas de terciopelo burdeo que con tanto esmero colgamos en el salón. Sería una pena porque con la Canuta nos demoramos una semana entera en encontrar el color exacto que combinara con las paredes amarillas.



Ya no soy un lirio, esa es la pura y santa verdad y a estas alturas no gano nada con desconocerla. Tengo sesenta y ocho años y un laberinto de várices púrpura que todos los días veo crecer en mis piernas. No sólo estoy vieja para los demás, yo misma me siento más acabada, ¿para qué me voy a hacer la lesa? Despierto con la

espalda adolorida, me meo a gotitas, duermo tarde, mal y nunca y ahora para colmo de penurias ya ni siquiera puedo darme el lujo de usar una faldita corta cuando la ocasión lo amerita. Y con lo que me gusta mostrar las piernas. Cuando era lola lo mejor que tenía eran mis jamones. Ahora no los voy a poder lucir nunca más. Ni para las noches de sábado, cuando el local está que revienta y tenemos que dejar gente afuera. Ni para la fiesta de Navidad ni para el Año Nuevo ni para la Noche de Brujas, que celebramos religiosamente desde 1993.

De martes a domingo se repite la misma historia. Me quedo mucho rato de pie frente al armario. Observo los vestidos, los zapatos de brillantes y taco aguja, las medias caladas, las boas peludas, los sostenes con mostacillas y de pronto mi propia voz me interrumpe para recordarme las vendas que aprietan mis pantorrillas, sosteniendo con firmeza las carnes que ya empezaron a descomponerse: "Luzmira, mujer, no seas pelotuda que vas a hacer el feroz ridículo".

Me da vergüenza lo que puedan pensar los niños si me ven con las piernas vendadas. Las locas son muy criticonas, por mucho cariño que le guarden a una: un día te soban el lomo si quieren entrar gratis o a mitad de precio y al día siguiente te sacan el cuero, de vieja de mierda me tratan, vieja tacaña, cochina y ladrona y abusadora. Pero la culpa no la tiene el chancho si no el que lo alimenta. La culpa la tienen la bohemia, el trajín, la huma-

reda, este ir y venir hasta la hora nona entre mi pieza, el bar, la bodega y la pista del Wonderful, cien veces por noche y hasta que no quedan más botellas ni vasos limpios, hasta que pasa la hora del peligro, las cuatro o cinco de la mañana, cuando sabemos que Dios nos protegió, que los pacos no se van a aparecer esta noche, justo cuando el Ronald ataca con los lentos y los niños inundan la pista, se agarran de las manos, se besan en los labios y medio borrachinas de amor agradecen la nochecita que yo, su madre putativa y humilde servidora, les estoy regalando.

En mis años en el Wonderful he visto sufrir a mucha gente y debo reconocer que más de alguna vez yo fui la culpable de esas penas. Dios sabe que no me arrepiento de nada. Lo haría todo de nuevo, desde el principio, si fuera necesario. Es la única manera que aprendí para sobrevivir en este mundo. Las leyendas de la noche están repletas de historias de hombres y mujeres débiles que no tuvieron la fuerza, la astucia o el coraje para sobrevivir en este negocio. Para trabajar conmigo hay que tener un corazón como el mío: podrido, deforme o acostumbrado al dolor.



No soy de las que se dejan llevar por sus emociones. Ni siquiera cuando era más joven y menos astuta me importaban mucho los sentimientos, ni los propios ni los ajenos. Ahora que estoy vieja apenas me acuerdo de las cosas que duelen, nada me preocupa, siempre estoy lista,

dispuesta y con la mejor sonrisa tecnicolor para agradar a mis chiquillos queridos porque a ellos les he regalado los mejores años de mi vida, cabros de mierda, montón de locas venenosas buscando un escondite para gozar un revolcón culposo, una mamada a la carrera en el water del fondo, un meneíto de caderas que servirá para sólo Dios sabe cuántas pajas.

La malas lenguas dicen que soy de fierro. Hablan mucho y yo no los culpo porque no debe ser fácil convivir con una mujer como yo. Ser mi amante es una tarea casi tan ardua como ser mi amigo o como trabajar para mí. Cuando se trata de disfrutar puedo ser muy espontánea e informal, soy capaz de emborracharme hasta las y tantas con los chiquillos, pero si suena la alarma de la radio-reloj a las siete de la mañana ahí estoy yo con mi mejor cara, lista para iniciar un nuevo día, chicotear los bueyes y sacarles el jugo.



En mis casi setenta años de vida nunca nadie me ha hecho llorar. Los dos únicos seres humanos que gozaron de ese privilegio gracias a Dios ya están bajo tierra. La primera fue mi madre. Y del otro prefiero no acordarme.

Me llamo Luzmira Carrasco y las pocas veces que he derramado a escondidas un par de lagrimones no ha sido por mis problemas, que también tengo y en abundancia, sino por la pena de mis niños, por sus cagadas y sus cochinadas y sus calenturas de juventud.

Esta es la historia de Mario Sobarzo, el último canalla que me hizo llorar.

Marito Sobarzo nació el 13 de septiembre de 1974 en Peor es Nada, un pueblo deprimente como todos los pueblos perdidos en los rincones paupérrimos de todos los países del mundo, fruto de la unión casi incestuosa entre Olivia, una ayudante de carnicero, y su tío regalón, el dueño de la carnicería. Cuando Marito nació, gordito, rozagante y sin la cola de chancho que tanto temía su madre, Olivia guardó sus cuatro pertenencias en una bolsa de basura y escapó justo a tiempo: los chismes malintencionados ya comenzaban a repetirse en las calles de Peor es Nada. Decidida a buscar fortuna en el norte de Chile, Olivia tomó un bus interregional, pero la mala suerte y su declarado analfabetismo la empujaron al segundo error de su trágica existencia. El primero había sido ceder a los abusos deshonestos de su tío, de quien Olivia había estado secretamente enamorada a los quince años. Durante el viaje Olivia ansiaba sentir el calor de otras tierras nortinas de clima más misericordioso, pero sólo cuando comenzaron el viento, el verde y la lluvia descubrió su imperdonable equivocación. El bus se había detenido en Ercilla, un pueblo ubicado a unas cinco horas hacia el sur de Peor es Nada. Olivia pensó que Dios estaba tratando de decirle algo.

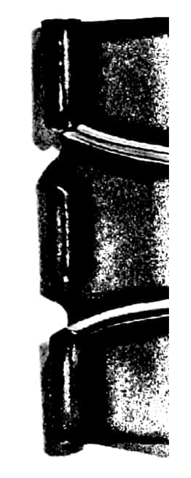


Olivia vivió un par de meses en Ercilla y luego se mudó a Perquenco, pueblo vecino donde afortunadamente aún vivía una tía abuela semi moribunda, la señora Tulia, a quien había visto algunas veces en reuniones familiares de antaño. Marito creció junto a ambas muje-

res y desde muy pequeño se consideró un niño especial. En el Liceo no destacó precisamente por sus buenas notas aunque sí por su pésimo comportamiento. A los quince años, luego de aspirar neoprén y tomarse dos cajas de vino tinto con dos amigos bastante mayores que él, Mario se coló en una fuente de soda y luego de orinar sobre los churrascos palta/mayo de una pareja de perquenquinos le mostró el pene a una garzona. Cuando el dueño de la fuente de soda trató de pararlo Mario le clavó un cuchillo en la mano izquierda.

Esa fue la primera vez que pasó por la correccional. Estuvo dos meses y a pesar de que Olivia no quería que volviera a la casa, el Juzgado de Menores decidió reinsertarlo en la sociedad. Mario prometió comportarse como un niño ejemplar, pero un par de años más tarde, durante una noche de lluvia, repitió la misma gracia de la fuente de soda. Esta vez escogió una farmacia de turno y además de mostrar su pene, a estas alturas ya más desarrollado, decidió robar el dinero de la caja registradora. Con la ayuda de una linterna que ingenuamente simulaba una pistola amedrentó a una cajera y salió corriendo con ciento cincuenta mil pesos que planeaba gastarse en un equipo de música. Un carabinero de civil le hizo una zancadilla a dos cuadras de la farmacia. Marito cayó al suelo y se rompió la frente con el borde de la acera. Varios años más tarde la cicatriz de ese accidente se convertiría en su mayor gracia. Así nació el mocoso del tajo.

Mientras Marito cumplía su primera condena de la vida adulta en la cárcel de Temuco, hacia el norte, en Santiago, la Andrea Zaror abría los ojos al mundo real. Había sido educada como la hija única de una familia árabe no muy numerosa y a los dieciocho años enfrentaba una dolorosa realidad. Su padre, un empresario de poca educación al que admiraba profundamente, había desaparecido sin rastro alguno tras embarazar a una antigua compañera de colegio, generando así la crisis familiar y el derrumbe de una vida que hasta muy poco era perfecta. Dos semanas más tarde, luego de interminables conversaciones con amigos y conocidos, la Andrea y su madre decidieron contratar un investigador privado. A los pocos días les mostraron unas fotos donde se veía al papá de la Andrea en una playa de Leblon, Río de Janeiro. Lo acompañaba su nueva amante, una morena de su edad, aunque estupendamente conservada.



La salud mental de la madre de la Andrea se vio severamente deteriorada. Una noche, poco antes de Navidad, madre e hija se trenzaron en una violenta discusión que terminó con ambas en la sala de urgencias de la clínica más cercana. La Andrea abandonó a su madre con cuatro puntos en la oreja izquierda y decidió no volver nunca más a la casa donde había crecido.

Con dinero robado de la cuenta corriente de su padre vivió durante el primer tiempo en una pensión de la calle Vicuña Mackenna. En el día lloraba tapada hasta el cuello y por las noches deambulaba por las fuentes de soda

del barrio ofreciéndose como mesera. Muchas veces su madre intentó hablar con ella y hacerle cambiar de opinión, pero nada sirvió para convencerla, ni la promesa de un cambio radical en la relación entre ambas ni tampoco un viaje de tres meses a Europa que la Andrea había pedido a gritos como regalo de cumpleaños. El día antes de que la niña cumpliera los diecinueve, Marito salió de la cárcel de Temuco y entonces le comentó a un ex compañero de celda que el sur era demasiado pequeño para él. Quería probar suerte en la capital.

La Andrea llegó primero al Wonderful. Apareció una de esas mañanas oscuras de invierno, con el pelo revuelto por la ventolera que anticipa la lluvia. Eran las diez y media y la Canuta me despertó para informarme que una mocosa bien dijecita me esperaba en el salón del local. La había recomendado el gordo Troncoso, uno de los dueños de la sanguchería de la esquina que siempre me enviaba chiquillos y chiquillas por si me hacían falta garzones para el último turno de la noche. Lo primero que me llamó la atención de la Andrea fueron sus ojos, los ojos más insolentes que he visto en mi vida.

Apenas la vi me dijo que andaba buscando trabajo y le pidió a la Canuta un vaso de agua. Se quitó un abrigo verde musgo que llevaba sobre los hombros y me confesó abiertamente que nunca antes le había trabajado un peso a nadie. En pocas palabras me contó su historia y a medida que el relato iba avanzando yo iba cayendo en un embrujo que a la larga sería la única razón para contra-

tarla en el Wonderful. La mocosa no tenía ninguna experencia, era buenamoza, pero petulante y lo más probable, según la Canuta, era que el día menos pensado nos dejara plantadas con el local repleto. A pesar de los malos augurios de la Canuta conversé el tema con Dios y con mi almohada y al día siguiente mandé a buscar a la chiquilla. Tenía que empezar esa misma noche.

Marito se demoró uno o dos meses en aparecer. La Andrea ya llevaba un buen tiempo en en el bar de la pista y aunque al principio le había costado acostumbrarse a las cochinadas del ambiente la clientela la quería mucho. Los cabros se volvían locos con ella y no quiero ni pensar lo que comentaban las niñitas marimachos, todas envueltas en sus casacas de mezclilla y muy engominadas para parecerse lo más posible a la Liza Minelli. Hasta el Ronald, que en su vida había mirado a otra mujer que no fuera la Madonna, me comentó lo divina que se veía la Andrea tras la barra de la disco, encajada en unos pantalones rojos seguramente importados, sirviendo margaritas y ron con Coca-Cola, prestando el lápiz para que una loca anotara el teléfono de alguna conquista, contestando el teléfono a las dos de la mañana para dar un recado, una dirección o sencillamente para llamar al Malulo y pedir la droga. Así se quedaba despierta hasta la mañana siguiente, dura como piedra, enfierrándose siempre a espaldas mías porque en mi local nunca he permitido que consuman mugre. Pero en esos años, cuando todavía había plata y contactos para arreglar los



problemas, bastaba una llamada telefónica para conseguir coca de primera calidad, colombiana, peruana, boliviana, no importaba el origen sino el destino, que no era otro que las narices de los más golosos, los habitués, el grupo de los chiquillos y las chiquillas favoritas, los clientes especiales, los "Gente", como se hacían llamar en ese entonces.

Los "Gente" llegaban temprano. Partían con un pisquito sour y terminaban con grapa y jugo en polvo. El Ronald los esperaba tipo diez y media con música suave y los tragos servidos más manicito y papas fritas, para no perder la cabeza tan rápido. Yo no bajaba a saludar antes de la medianoche, recién después de la una empezaban a llegar los demás. La Andrea aprovechaba esas horas para pintarse en el espejo de la entrada. A veces la muy loca se ponía pestañas postizas para llamar la atención. Le quedaban preciosas.

A eso de las doce y media el Ronald empezaba a reventar los parlantes de la pista. La Andrea le hacía señas para que la sorprendiera con su canción favorita, una muy famosa y bien movida que hacía furor en esos años, tan famosa era que ni me acuerdo como se llama, pero el Ronald seguro que se la sabe de memoria. La cuestión es que después de muchos aspavientos el Ronald subía el volumen de los equipos y la Andrea saltaba a la pista para bailar con cualquiera de los "Gente". Su favorito era el Rodrigo, un dentista rubio del barrio

alto, bien machito para sus cosas cuando andaba sobrio aunque después de la tercera piscola se encerraba en el baño con el primer chicoco lumpen que se le cruzaba por delante. Cerca de la una de la mañana las luces de la pista se apagaban para recibirme. Música de violines y ahí entraba yo, radiante, envuelta en alguno de los trajes que ya no me caben o que sencillamente pasaron de moda como todas las cosas que alguna vez disfruté.

–Buenas noches, los pastores –decía –Bienvenidos al Wonderful, entre nuestra distinguida clientela, ¿hay alguien que esté de cumpleaños?



El antipático del Ronald le grita a la Andrea que ya viene su canción, apúrate con los margaritas porque falta muy poco, la Andrea chorrea el tequila en los vasos con desgano, el jugo de limón es medio amargo sin sal o azúcar pero estas locas ordinarias no saben nada de tragos, lo único que les preocupa es emborracharse y perder la vergüenza lo más rápido posible. Lo mejor será que se apure en contar el vuelto para después correr hacia la pista y mover el esqueleto mientras la clientela grita *girls who like boys who like boys* y las luces encandilan a la Andrea, anda medio huevona porque son recién las doce y media y la muy ansiosa ya se ha mandado cuatro líneas agachada bajo la barra del bar, yo mismito la vi pegándose una con el Rodrigo y su mejor amiga, la Flaca, esa lesbiana feona y prepotente que gritonea a medio mundo si no le regalan tragos, como si

uno tuviera la culpa de esa narizota, de esas ojeras, de esos dientes peleando por salir de su boca. Pero la Andrea no se inmuta, lo único que le preocupa es su propio cuerpecito fibroso moviéndose bajo las luces del Wonderful, un color rojo le tiñe el pelo oscuro tomado hacia atrás, bien tirante le gusta a ella para que se le vean los ojos, harto lindos que los tiene y como no es nada de pajarona sabe sacarles partido; ahora levanta los brazos para que las locas veamos sus tetas apretadas bajo la polerita sin mangas, ni un solo pelo bajo las axilas, ni una mancha, ni una arruga; un pasito hacia adelante y empieza el estribillo mientras las demás tratan de sacarle una sonrisa, un abrazo, una jugarreta tonta que quizás más tarde servirá para conseguir la piscola a mitad de precio.



Oh-oh-oh-oh-oh-oh, le gritan entre todos, la rodean en un círculo que gira y la marea, el Rodrigo y la Flaca la observan desde un rincón porque los "Gente" jamás se mezclan con el resto de la clientela, no vaya a ser cosa que a algún rotito le piquen las manos y se tiente con una billetera, un reloj pulsera, un Zippo de colección para llevar de recuerdo a la casa luego de un trasnoche inolvidable en el Wonderful. La Andrea sigue bailando aún después de que la canción termina, ahora vienen los grandes éxitos de los ochenta y ella se los sabe casi todos, canta a voz en cuello y en perfecto inglés porque gracias a Dios su padre la matriculó desde chiquitita en las mon-

jas inglesas, tanto que se esforzaron en enderezarla y mírenla ahora, mírenla a la perla, muerta de la risa buscando el medio gramo de coca que le quedó de la última vez mientras el Ronald pone a The Cure y después a Bananarama y el Rodrigo y la Flaca, cansados de esperarla la agarran de los brazos y pronto los tres desaparecen por el pasillo hasta la última puerta de la izquierda, la del baño de empleados. Dios quiera que doña Luzmira no aparezca justo ahora porque no le gusta nadita que la Andrea y los demás se metan droga, la patrona cuando quiere es muy comprensiva pero la pobre ha visto tanta mierda, tanta basura, tanta loca o cabra chica inocente que termina azotándose la nariz por el puro afán de vivir más rápido, a toda carrera, a mil por hora, cualquier cosa con tal de recuperar el tiempo perdido. Y yo estoy muerto de sueño, pero no puedo dejar botada a doña Luzmira, no importa si me duelen los tobillos de tanto estar parado o si ya me cansé de que los abuelitos del privado número uno estiren la mano para agarrarme el culo cuando les sirvo la champaña. Aquí me quedo haciendo malabares con las bandejas de vino con chirimoya, la botella de pisco con cuatro bebidas, los canapés, las tablitas de quesos, los picadillos. Brian, anda a recoger los vasos que no tengo donde servir más tragos largos; Brian, alguien vomitó en el water de mujeres; Brian, me faltan limones y hielo; Brian, péinate esas mechas que me da asco mirarte, loca cochina, ¿hace cuánto que no te



lavas el pelo? Me insultan y yo no contesto, me quedo parado con la bandeja en la mano sin saber cómo defenderme. Los "Gente" se ríen a carcajadas de mis modos y mis brazos flacos y yo prefiero no hablar porque sé que mi voz solamente les servirá para inventar nuevas bromas, más burlas, mira la loca del Brian el modelito que sacó, por Dios que eres ordinaria, chicoca, pareces equeco con tanta pulsera y tanta cadena al cuello, pero yo sé que me veo bien, yo también tengo mi estilo, la que puede, puede. Escucho mis palabras y seguramente me pongo rojo de pura vergüenza porque estalla la carcajada general, la Flaca y sus amigas marimachos me pellizcan las piernas, déjame tranquilo, huevona conchetumadre, el Rodrigo me agarra de la cintura, la Flaca dice que se va a quejar con doña Luzmira porque ella es clienta VIP y no piensa aguantar que ningún mapuche de metro cincuenta le venga a gritar la vida. Entonces el Rodrigo se lanza sobre mí, me agarra de la cintura y manosea mi culo flacuchento, está más borracho que nunca y resopla por la nariz como un caballo salvaje. Trato de arrancar, pero él me zamarrea y la Flaca le dice que me saque la cresta, por insolente, me sujeta las manos y la bandeja se cae al suelo, busco ayuda pero la Andrea está conversando con el Ronald y las demás locas bailan como si el mundo se fuera a acabar. Nadie me toma en cuenta. Justo cuando estoy a punto de desmayarme de susto



alcanzo a oir una voz de hombre que nunca más voy a olvidar.

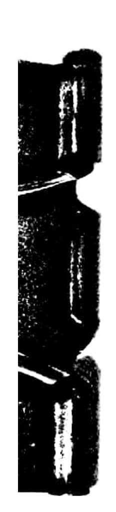
Es la voz del Mario.

Media horita más tarde tiemblo de miedo porque sé que doña Luzmira me va a echar a mí la culpa por el escándalo; todas las noches se queja por lo mismo: que yo la saco de quicio, que ando siempre tan histérico, que los nervios me traicionan y me escabullo entre los clientes evitando que alguien me hable o me toque o me mire a los ojos. Varias veces la patrona ha estado a punto de echarme, yo sé que esta noche va a pasar lo mismo, aunque no puede negar que también tengo mis gracias. Como soy de contextura delgadita hay que ver como me cuelo entre los clientes de la pista para llegar hasta los privados, cómo atravieso el Wonderful de la entrada a las bodegas sin que nadie me vea, tan flaco estoy que a veces parezco invisible, bien habiloso me encuentra la señora Luzmira, ágil, con iniciativa y de estupenda voluntad, que es lo principal según mi patrona. Si no fuera por la voz de mujer que Dios me dio tal vez las cosas serían muy distintas.



–Buenas noches, los pastores- grita doña Luzmira por el micrófono y el Ronald interrumpe la música para recibirla con una de esas fanfarrias dignas de Miss Universo o de ganadora del Óscar. Se ve preciosa con su vestido rojo, medio percudido por el uso pero todavía sirve para unas cuantas noches más.

Pero esta noche no es como las otras. Yo sé que los tiritones de piernas y la angustia en la boca del estómago no son en vano, en el aire del Wonderful hay olor a tragedia y es el mismo olor que descubro en el Mario Sobarzo cuando me acerco a dar las gracias por defenderme con sus manos grandes y salvarme de los zamarreos del Rodrigo. Él apenas levanta las cejas tupidas y me pide que le presente a la señora Luzmira. Yo encojo mis hombros y a duras penas le explico que la señora Luzmira es la que está sobre el escenario iluminada por los focos mientras cuenta chistes cochinos y otros políticos a favor de Pinochet. Además de muy cristiana mi patrona es la vieja más fascista que conozco.



Apenas entró en mi oficina le pedí que se quitara la polera y los bluyines. Mario levantó la cabeza y yo creo que en ese mismo instante me perdí en sus ojos de conejo. Eran las diez de la mañana y el pobre cabro había pasado la noche durmiendo en un rincón de la pista de baile. El Brian le hizo una camita con unas colchonetas que encontró en la bodega. De alguna manera tenía que dar las gracias por defenderlo de las bromas, los golpes y los escándalos.

Mario no pidió mayores explicaciones y eso me llamó la atención. Recién había cumplido los diecinueve, pero de inocencia le quedaba bastante poco. La había perdido en la correccional de menores, a los catorce, durante una noche de tormenta en la que un grupo de internos deci-

dió bautizarlo para siempre en las duchas malolientes del pabellón de detenidos por vagancia.

Se desvistió en silencio y me mostró su cuerpo flaco, el pecho duro y las costillas a la vista, un par de marcas en la espalda producto de riñas callejeras y una leve mata de vello castaño que nacía bajo el ombligo para perderse bajo la tela de sus calzoncillos azules.

–Tengo algo para tí– fue lo único que atiné a decir.

Una semana más tarde, a eso de las tres de la mañana, Marito Sobarzo debutaba en el escenario del Wonderful como Facundo, "vedetto argentino de trayectoria internacional", según escribió el Brian en la pizarra de la entrada. Hasta ese año 1993 el show del Wonderful era bastante sencillo. Primero mi presentación oficial, un par de chistes, la bienvenida para los que por primera vez visitan el local, luego las felicitaciones para los que celebran cumpleaños, santos o aniversarios y finalmente un número de entretenimiento donde prácticamente cabía cualquier cosa: un humorista picaresco, un mago prestidigitador, un transformista de categoría. Era la primera vez que nos atrevíamos con un vedetto. O *go go dancer*, como les dicen ahora.



Todos mis colaboradores, incluyendo a la desconfiada de la Canuta, estaban felices con la idea. El Ronald escogió la música del show y para dejar contenta a la Andrea decidió partir con su canción favorita. El Brian le enseñó algunos pasos de baile que Mario aprendió más rápido

de lo que todos sospechábamos. La Andrea eligió personalmente el vestuario, un terno de dos piezas negro que consiguió a quince mil pesos en una tienda de Patronato y que, luego de cinco minutos de bailoteo ininterrumpido terminaba ensuciándose en el suelo.

Esa noche el espectáculo fue un éxito sin comparaciones en los años de historia del Wonderful. Antes del show la clientela se apretujaba en la pista intentando bailar mientras la Andrea y el Brian servían caipiroskas para calmar los ánimos. Con Marito nos tomamos media botella de champaña en el camarín. Él ensayó sus pasos por última vez y luego se acercó para tomarme las manos.

–Muchas gracias, doña Luzmy– sus labios se movieron muy cerca de los míos– Usted se tiene ganado su lugarcito en el cielo.

Las lágrimas empezaron a humedecerme los ojos. No sé si fue de felicidad o porque hace mucho tiempo que no sentía algo parecido. Marito me apretó entre sus brazos firmes, el perfume de su crema de afeitar entró por mi nariz y se quedó ahí para siempre.

–Estamos listos– gritó el Ronald desde el pasillo.

–Mierda, mierda, chiquillo– le dije con una palmadita en el trasero.

Esa noche la bola de espejos giró durante veinte minutos sobre el Mario mientras él se desnudaba lentamente. Hacia el final, cuando el silencio en la pista del

Wonderful invitaba a los primeros besos y toqueteos, Mario se quitó el diminuto slip que llevaba puesto y mostró su miembro erguido apuntando hacia la clientela. Las luces se apagaron durante cinco segundos. El aplauso retumbó entre las paredes endebles del local.

Celebramos el debut del Marito hasta el día siguiente. Cuando sólo quedaban unos pocos borrachos y las mariconas de rigor el Ronald cerró la entrada y destapó las últimas botellas. Tomamos hasta las once de la mañana. La Andrea había comprado cocaína barata a un cabro conocido y como la ocasión era importante decidí compartir con los chiquillos. Fuimos todos muy felices.



La droga me soltó la lengua. Hablé como una radio la noche entera. Lloré de contenta por el éxito del Marito y di las gracias a cada uno de los niños por trabajar conmigo. Cuando comenzaron los primeros bostezos apagué las luces y los mandé a todos a sus casas porque en pocas horas más los clientes llegarían a pedir lo mismo de nuevo, otra vez desde el principio, el gentío y los vasos rotos, los gritos y el baile, la música reventando el local y la piel angelical del Marito sobajéandose contra el suelo.

Una semana más tarde, después de varias noches de desvelo, mandé a llamar al Marito y le ofrecí una copa de coñac.

–Duerme conmigo.

El Marito aceptó.

La Canuta es mucho más copuchenta que yo. Es cosa de mirarla mientras está barriendo la calle en las mañanas, en pocos minutos se las arregla para conversar con las putiflays de enfrente, con la señora del bazar y con el guatón de la sanguchería. Con razón se atrasa siempre con el almuerzo y la señora Luzmy tiene que ponerla en su lugar.

Fue la Canuta la que llegó con el chisme. La noche anterior había entrado al camarín poquito antes del show. Fue entonces cuando se encontró con el pastelito. La pobre infeliz, aterrada ante lo que podía pasar, partió corriendo a hablar con la patrona. El grito de doña Luzmira se escuchó hasta en el barrio alto.



Hace más de un mes que el Mario y la Andrea estaban de novios. Había que ser ciego para no darse cuenta de las miraditas al pasar, de los choques de manos y, sobre todo, de las encerronas en el baño de mujeres cuando en la pista la fiesta ardía de puro baile. Se querían esos dos, sería un pecado negarlo y a pesar de mi amor por el Mario yo siempre supe que su destino estaba en los brazos de otra, de una mujer de carne y hueso que pudiera ofrecerle lo que yo nunca voy a ser capaz de darle a nadie.

Mi patrona no durmió su siesta esa tarde. Mandó a llamar al Marito y pidió que nadie la molestara, ni siquiera los viejos abusadores de la Municipalidad que una vez a la semana aparecían a revisar papeles y exami-

nar las instalaciones. La Canuta nos reunió a todos en el saloncito de la entrada, menos a la Andrea que prefirió salir a caminar en vez de comerse las uñas con nosotros.

Dicen que la señora primero intentó por las buenas. Con toda calma le pidió al Marito que explicara su verdad. Pero el cabro siguió mintiendo, le inventó amor eterno y le juró que lo que tenía con la Andrea era algo del momento, una cosa pasajera que había nacido porque los dos eran muy parecidos. Mi patrona estuvo a punto de tragarse el cuento, pero, claro, con los años de circo que tiene en el cuerpo a estas alturas ya no hay cómo engañarla. Entonces perdió la paciencia. Para obligarlo a decir la verdad incluso se atrevió a darle un par de charchazos. Hay que ver cómo se merecía esos golpes. Por mentiroso, por trepador y por tratar de aprovecharse de una gran dama de la noche santiaguina. A mi patrona no me la toca nadie.



Todo lo que pasó durante esa conversación lo supimos después por la Canuta. Ella contó que cuando abrió la puerta doña Luzmira estaba mirándose al espejo con esa bata japonesa que tiene sobre los hombros. El Marito trató de pedirle disculpas y calmar su llanto, pero nada sirvió para convencerla.

–Haz lo que quieras con tu vida –le dijo antes de despedirse–, pero te quedas bailando como todas las noches.

La noche de la tragedia, justo antes de que se encendiera la bola de espejos y que el Ronald anunciara por los parlantes a la anfitriona del Wonderful, ví al Rodrigo y a la Flaca asomándose por la entrada. Hace tiempo que no aparecían durante una noche de sábado y todos nos preguntábamos en qué cochinada estaban perdiendo el tiempo. La Andrea los recibió como de costumbre, con el pisco sour heladito y el picoteo habitual, la música anunció a doña Luzmira y entonces apareció ella, bellísima como siempre aunque con los ojos marchitos por el desvelo.

–Buenas noches, los pastores.



Cuando presentó al Marito los aplausos y el griterío casi me dejaron sordo. Empezó la canción favorita de la Andrea, *Girls and boys* y me dieron ganas de bailar, se me iban los pies con el estribillo, pero no quería perderme ningún detalle. El chiquillo apareció vestido de cowboy y yo pegué codazos a cuanta loca encontré tratando de acercarme al escenario. Juro por Dios que cuando se estaba quitando el slip me guiñó un ojo.

La señora Luzmira se acercó a saludar personalmente al Rodrigo y la Flaca. A pesar de que mi patrona nunca hace diferencias entre la clientela le gusta tener en el local gente con plata y buenos apellidos, no importa si al final son más putamadres que el común de los mortales. La Andrea destapó unas botellitas de champaña y hasta a mí me tocó brindar por la salud de la patrona. Cuando

todos estábamos de lo más contentos el Marito pidió hablar con la señora. El Rodrigo lo miró de arriba a abajo y con la Flaca se rieron de algo que nadie entendió.

El Marito contó la verdad. Un caballero había hablado con él después del show. Venía enviado por el dueño del Marimba, un boliche lumpen de la calle San Francisco. El caballero le había ofrecido más plata por hacer cuatro shows diarios. El Marito quería que doña Luzmy le pagara lo mismo o sencillamente esa misma noche sacaba sus cuatro porquerías del local y no volvía nunca más.



–Es lo justo– exigió.

–¿Y quién eres tú para decir qué es lo justo y qué no?– le preguntó mi patrona.

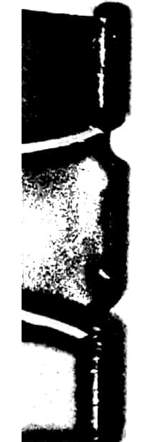
–Usted decide, pues jefa – en la boca del Marito apareció una sonrisa burlona.

La señora no pudo seguir hablando. Limpió las lágrimas de sus ojos y a pesar del dolor no fue capaz de despedirse del chiquillo. No hubo último abrazo ni último beso, solamente una subida de cejas y luego los pasos firmes del Mario sonando en la madera vieja de la pista del Wonderful.

Esa noche recé por el Marito.

Al día siguiente la Canuta nos despertó con la noticia. Entre lágrimas y tiritones contó que esa mañana había salido a barrer la calle y las chiquillas de enfrente cruzaron a saludarla. Venían llegando de avenida Matta recién a las ocho de la mañana, borrachas perdidas y medio

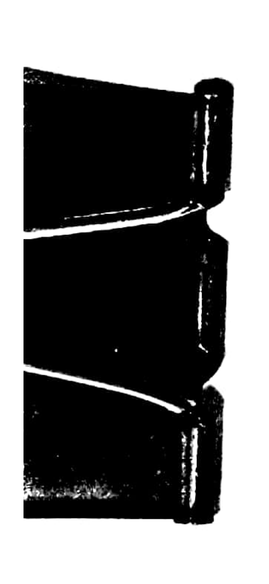
ahuevonadas porque un cliente les había convidado poppers. Lloraban a mares por la tremenda desgracia que habían descubierto en plena calle. Estaban esperando una luz verde cuando de repente escucharon la sirena de los pacos y empezaron a correr. Entonces se toparon de frente con los curiosos reunidos en círculo junto al cuerpo. Al principio les costó reconocerlo, pero era él, estaban seguras porque un cuerpo tan lindo no se olvida jamás. El Mario estaba de espaldas en un rincón de la avenida Matta con un disparo en la cara. Dicen que todavía estaba consciente cuando lo encontraron. Dicen que antes de que llegara la ambulancia cerró los ojitos porque no podía aguantar el dolor. También dicen que antes de morir gritó el nombre de la Andrea, pero nadie le hizo caso.



Un mes más tarde doña Luzmy tuvo un ataque de nervios. Con la Canuta la metimos en la tina caliente y la obligamos a tomarse una aguita de ruda. Antes de quedarse dormida nos contó que ella tenía la culpa. Ella sabía que el Rodrigo quería castigar al Marito por defenderme a mí, por espantarlo con su cara de niño malo. Mi patrona le contó dónde encontrarlo, cómo ubicarlo y hasta sonrió cuando imaginó en un castigo para el hombre que casi se había aprovechado de ella. Pero los golpes que el Rodrigo había prometido sin querer se convirtieron en una tragedia, en un infierno, en un balazo en la mejilla y el llanto que vino después.

Buenas noches, los pastores, bienvenidos a Wonderful, bienvenidos a esta santa casa donde todo puede suceder. Entre nuestra distinguida clientela, ¿hay alguien que esté hoy de cumpleaños? La niña crespa que anda de verde, que venga adelante, ¿cómo te llamas, mi amor? ¿Qué edad tienes? ¿De dónde vienes? ¿Eres lesbiana? ¿Te gustan los hombres? A mí también me gustan los hombres, cariño mío, y por eso mismo he sufrido como una bruta desde que tengo uso de razón. Hoy es 14 de febrero, el día de los enamorados. Esta noche no voy a contar chistes ni tampoco vamos a presentar a un transformista. Esta noche sólo quiero que escuchen una historia de amor.





GIRLS & BOYS
Blur

Street's like a jungle
So call the police
Following the herd
Down to Greece - on holiday
Love in the nineties
Is paranoid
On sunny beaches
Take your chances - looking for.



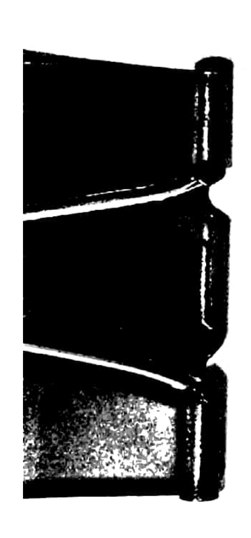
Girls who are boys
Who like boys to be girls
Who do boys like they're girls
Who do girls like they're boys
Always should be someone you really love.

Avoiding all work
Cos there's none available
Like battery thinkers
Count your thoughts - on one two three four five fingers
Nothing is wasted
Only reproduced
You get nasty blisters
Du bist sehr schen
But we haven't been introduced.

Ah ah ah ah ah ah
Ah ah ah ah ah
Looking for...

Girls who are boys
Who like boys to be girls
Who do boys like they're girls
Who do girls like they're boys
Always should be someone you really love.

Ah ah ah ah ah ah
Ah ah ah ah ah



DÉJENLE LA MÚSICA A LOS NIÑOS

Basado en *Starman* de David Bowie



María José Viera-Gallo



María José Viera-Gallo

María José Viera-Gallo (32) nació en Santiago en 1971. Tras el golpe militar partio exiliada junto a su familia a Italia, donde creció hasta los 13 años. Estudió Periodismo en la Universidad Católica, fue colaboradora de la Zona de Contacto, y columnista de la popular Anita Santelices. Entre 1991 y 1995 integró los talleres literarios de M. Antonio de La Parra, Sergio Gómez, Alberto Fuguet y Antonio Skármeta. Ha publicado cuentos en las antologías *Música Ligera* (Grijalbo), *Disco Duro* (Planeta) y una recopilación de las columnas de *Anita Santelices* (Los Andes).

En el 2002 obtuvo el primer premio de cuentos inéditos del concurso Juegos Literarios Gabriela Mistral de la Municipalidad de Santiago, por el cuento aquí publicado.

Entre 1998 y el 2001 hizo un postgrado de Literatura Comparada en La Sorbonne Nouvelle en Paris, y actualmente vive en Brooklyn, Nueva York y trabaja como periodista *freelance* para la editorial *Reed press* y colabora con El Mercurio.





HAY LUGARES HECHOS DE SONIDOS. Cuando pienso en Londres, las líneas del metro recorren las periferias de mi memoria como si fueran los suburbios de la ciudad. Es un recorrido que se mueve en la oscuridad, despojado de las imágenes postales que imprimen ciertos viajes. Un recorrido al final del cual, hay una canción esperándome.



"Didn't know what time it was, the lights were low.
I leaned back on my radio..."

Mi mamá me acaba de avisar que Horacio Burg ha muerto, y al constatar que mis ojos no se despegan de la tele, pasa de largo a su pieza, dejando detrás de ella una ola de suspiros.

Mientras veo su sombra avanzar por el pasillo, recojo el control remoto y éste se convierte en un arma con la cual no sé a quién disparar.

–¿Adrián, me escuchaste o no? –grita antes de cerrar la puerta con la punta de su zapatilla blanca. –Después de todo, te alojó dos semanas en su casa...

–Sí –pronunció insípidamente.

Hace ya meses que nuestros diálogos se reducen a este calibre de conversaciones; frases lanzadas al aire como

cuchillos. Todavía no me perdona que haya dejado el Conservatorio de Música. Yo, por mi parte, no soporto que me lo saque en cara hasta para referirse a un muerto. Si no fuera por esta guerra no declarada que nos tiene a cada uno en su rincón, la seguiría hasta su cama y me recostaría a su lado a hablar de cuántos perros operó hoy y de la suerte de Horacio Burg. Sin embargo, me quedo con los ojos clavados en un *zapping* frenético, y espero que sea ella quien salga de su escondite.

Lentamente, vuelvo a escuchar el vaivén del metro que cose una estación con la otra,



"Some cat was lying down some rock 'n'roll' lotta soul, he said...",

y a medida que avanzo, sé qué ya nada puede frenar mis recuerdos.

"Main the gap", anuncia la voz robótica del altoparlante, revelando que la puerta del carro se va abrir. Los audífonos del *discman* me cuelgan debajo de la bufanda; olvidé poner *stop*, pero alcanzo a distinguir un murmullo lejano *"...Then the loud sound did seem to fade. Come back like a slow voice on a wave of phase"*. He escuchado *Ziggy Stardust* 16 horas sin interrupción desde Pudahuel a Heathrow, y podría cruzar hasta Japón con el *reply* puesto. Llegué a un estado en que la música es

una esponja que absorbe todo con la fuerza de un gran hoyo negro y ya no necesito tenerla pegada al oído para escucharla.

Por un momento olvido de dónde vengo y a dónde voy. La gente que me rodea tampoco es capaz de darme alguna señal. Todos tienen la misma cara invisible de una ciudad que llevo más de media hora atravesando bajo tierra. Sólo sé que me dirijo al noreste de Londres.

Meto la mano en el bolsillo de mi parca y toco con alivio el papel donde escribí la dirección de mi alojamiento. Me sorprende de que esté en el lugar correcto y no al fondo de la mochila. Me sorprende y me alivia, porque sobre mi cabeza hay un permanente SOS en forma de aureola, que alguien me dibujó cuando nací, 18 años atrás, el 11 de septiembre de 1973. Tal cual, 11-9-73. Ese día, a mi mamá, –la "Miss Revolución" de su promoción universitaria– se le ocurría tener contracciones. Según cuenta la leyenda –su leyenda– se colocó una peluca rubia y anteojos oscuros, se inscribió en el hospital con el nombre falso de Mónica Vitti y me parió lo más rápido que sus caderas se lo permitieron. Luego, se arrancó de ciertas visitas indeseadas y me llevó a un escondite. Desde entonces –y esta es mi teoría– vivo la vida sintiendo que en cada esquina me espera una emergencia. No sé cómo explicarlo, pero es como si en mí hubiera otro Adrián que no hubiera tenido tiempo de nacer.



Al leer las indicaciones de mi notita, compruebo que Homerton es una de las últimas estaciones de la línea.

Vuelvo a acomodar mis pies sobre la mochila. El carro se ha ido vaciando y puedo escuchar con nitidez desde debajo de la bufanda el coro que repite: *"There's a Starman waiting in the sky He'd like to come and meet us But he thinks h'd blow our minds"*. Miro a mi alrededor. Las caras que quedan han cambiado, pero los diarios son los mismos. Los leen y los dejan sobre los asientos para que otros lo recojan y así sucesivamente, en una suerte de préstamo infinito. Yo también termino hojeando uno, un poco para no interrumpir la cadena. Al cabo de un rato, olvido los chismes de la prensa amarilla que hablan de príncipes, futbolistas (y rockeros) y me dejo mecer en mi asiento como en una cuna. *"Let the children lose it Let the children use it Let all the children boogie..."*



Recuerdo que sólo ayer estaba en Santiago, transpirando de calor, soñando estar donde ahora estoy. Me siento como volviendo al futuro. Debe ser efecto del *Jet-lag*. El edificio Servipag del centro de Santiago no tenía ni siquiera un ventilador funcionando y yo cumplía con mis obligaciones de buen hijo con especial entusiasmo, porque al día siguiente cruzaría el océano y ya nada me importaba.

Mientras hacía la fila para pagar las cuentas, subí el volumen de mi *discman* y me dediqué a leer los labios de la gente. Igual que Carl 9000 en *2.001*, jugué a adivinar sus palabras, y sentí que ellos me devolvían la mirada

con ganas de desconectarme. Cuando me subí al avión mi cerebro electrónico al fin apretó el botón, dejándolos a todos flotando en la garganta del Universo. Chao...

En el metro de Londres, en cambio me gustaría que apareciera *Ziggy Stardust*, el salvador de la humanidad, el mesías extraterrestre que luego de anunciarle a la gente que en cinco años más el mundo se va acabar, decide salvarlos y envía su mensajero, *Starman*. Este deseo de que los demás sobrevivan me llena de una sensación extraña de libertad, que primero me exalta y luego me reconforta. Es como tener la constatación de que la Tierra no gira sólo en torno a la fila de Servipag. Su órbita es grande y en este carro se abre un espacio infinito en el cual me quedaría para siempre.



Durante el vuelo, después de contemplar por la ventanilla de mi asiento volúmenes y volúmenes de ese mismo infinito que ahora descubro bajo tierra, me encerré en el baño a masturbarme pensando en la azafata British Airways que servía los jugos de naranja durante la noche. Mi eyaculación se coronó en la lista de las más precoces y explosivas. Culpa de la presión del aire, o de mi alta presión, el asunto es que gasté el rollo entero de Kleenex para limpiar hasta el pedal de la cadena del water. Al salir del baño, tomé un vaso de ese jugo artificial, me quedé dormido con *Ziggy Stardust* de fondo, y soñé que corría por una pradera hasta que me dejaba caer.

Mientras intento recordar la continuación de ese sueño, reconozco el nombre de la estación en la cual me tengo que bajar. Me paro de sobresalto, apago el *discman*, y espero que el metro se detenga. *"Main the gap"*, repite la voz robótica del altoparlante y salgo.

Al emerger a superficie, lo primero que veo es un bloque de edificios de ladrillos rojos con un inmenso rayado que dice "Cómete a los ricos". Ni siquiera en Santiago he visto un grafitti tan suspicaz. Al lado, hay un dibujo de un tenedor y un cuchillo, lo que me recuerda que tengo hambre. Luego, descubro que tengo frío y sueño, sin embargo a medida que camino, las tres cosas se revuelven de tal manera que ni siquiera las alcanzo a sentir. Lo que distingo perfectamente es el olor a whisky de un hombre con las venas de la cara marcadas que se me acerca tambaleándose y me pide unos *penny*.



Una ráfaga de viento le hace cerrar los ojos, dejándolo petrificado frente a mí, mientras trato de encontrar unas monedas en el pantalón. Su expresión parece la de un zombi que espera ser devuelto a la muerte. Al descubrir que sólo tengo 300 pesos, me disculpo, y él continúa su camino, inmune a mi respuesta y al hielo. Comparado con él, no parezco precisamente un Super viviente, pero mi actitud debe delatar que mi reino de los muertos no queda en ese barrio. Se encuentra –si alguien quisiera ubicarme– al otro lado del océano, en el Servipag de Monjitas, en el smog a las tres de la tarde, en las calles

desiertas de Irarrázaval donde el sonido de la manguera de mi casa suena sin parar, en los supermercados con Steve Wonder de fondo, *"I just come to say i love you"*, en las idioteces que hablan las mujeres lindas en la tele, en los guardias de las farmacias y basta, no vale la pena seguir ametrallando más balas a la distancia, porque la sinopsis de mi futuro inmediato me dice que estoy en el planeta de lo que me hace más feliz en la vida, la música, y su rey se llama *Ziggy Stardust*, y me va alojar un amigo de mis papás llamado Horacio, lo cual me permite ahorrarme varias libras, entre otras cosas. Siento una puntada de felicidad. Me obligo a reaccionar.



Paso al frente del pub Adam and Eve, indicado en mi papel, doblo a la derecha, avanzo veinte metros, veo el número 15 de una casa de ladrillos rojos y antes de apoyar mi dedo en el timbre, un hombre alto, canoso, vestido entero de negro me recibe con una gran sonrisa. En realidad, no es que su sonrisa sea especialmente luminosa, lo que pasa, –y de esto, me doy cuenta a los pocos segundos–, es que ésta es más ancha que su escuálido cuerpo.

–Tú debes ser Adrián, ¡cómo has crecido! –exclama–. ¿Te costó mucho llegar?

–Sólo un día entero -digo apagando al fin mi *discman*.

Se ríe. Adentro la casa está calefaccionada. Estornudo.

–Ven, vamos a la cocina, estoy preparando té, ¿o prefieres café?

–Té, gracias. Inglaterra y el té es como una fórmula, ¿no?

No sé de qué estoy hablando. La verdad, no sé dónde estoy ni quién es este *gentleman* que me invita a sentarme alrededor de una mesa ovalada de madera. Arriba, colgado a la pared hay un póster de Allende. "Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica", leo en silencio.

–Como te habrás dado cuenta el barrio no es muy bonito, pero acá la vida está cada día más cara y me compré esta casa a un buen precio. ¿Azúcar? –me dice.



–Gracias.

–Es impresionante, te pareces tanto a tu papá–. "Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica", vuelvo a leer. Revuelvo mi taza. El comentario de Horacio no es ninguna novedad para mí; es la costra de una herida vieja que me rasco continuamente. –Aunque con la sonrisa de tu mamá, –agrega. No me había dado cuenta de que sonreía. Finjo seriedad y bebo un sorbo de su *Earl Gray*. –Si quieres después la llamamos y le cuentas que llegaste, así no se preocupa.

–¡Más que preocupada está liberada!

No sé si es el cambio de horario o qué, pero mi boca escupe todo lo que voy pensando.

–Por favor... –comenta riéndose.

Asiento, ahora distraído por los árboles de Navidad iluminados en las casas vecinas.

–Son bonitas las luces... a mi mamá cualquier celebración la deprime. Sacó hace rato nuestro árbol.

–Acá también deprime la Navidad, pero se celebra hasta el 6 de enero, el día de los reyes magos. Los ingleses aprovechan de tomar cerveza y darle una pausa al invierno. Es una actitud típicamente local en todo caso, y el año nuevo se vuelven locos...

–Claro, claro, –afirma mi Carl 9000. Dejé de escuchar a mi anfitrión (sólo veo sus labios finos y pálidos moverse) y pienso que si ella no me llama yo tampoco lo haré.

De pronto, Horacio se queda unos segundos clavado en mis pupilas, perdido en alguna observación que esta vez omite, y luego hace un gesto paranoico, como si estuviera espantando unas moscas de su frente.



–¿Cómo están los ánimos en Chile?

–Un poco –respondo.

–¿Un poco qué? –reclama confundido.

–Perdón, ¿qué me preguntaste?

–Cómo está la gente ahora con el nuevo gobierno, la vuelta a la democracia.

–Pensé que me habías dicho si estaba cansado -me río.

–Lo estás, no hay dudas. Cualquiera se cansa después de 17 años de dictadura –nos reímos.– Lo mejor es que duermas un rato, después podemos salir.

–Gracias por alojarme, Horacio, sino, no habría podido venir jamás a Londres.

–¡Para eso están los amigos! Yo te conocí en el vientre de tu mamá, imagínate.

El famoso Horacio Burg fue quien la llevó al hospital en auto. Las enfermeras lo felicitaban pensando que él era el padre. El mío estaba escondido en una parcela fuera de Santiago, y sólo pudo verme, unos días después, durante diez minutos. En esos diez minutos, según cuenta la misma leyenda, se acercó a mi cuna y me silbó una canción de los Beatles, que tenía reservada para mi nacimiento. Nunca supe cuál.



Ya es completamente de noche cuando despierto en el sillón-cama del living, seguro que estoy recostado de boca en el pasto de mi sueño. En el pasto de mi sueño todo es de un verde plástico, no hay ruidos, y una sensación de frescura artificial despeja los pulmones. Desde mi posición, veo las hormigas subir por la hierba y en el horizonte, la silueta de alguien que tapa el sol. Sus brazos se extienden hacia mí, mientras intento distinguirle en vano la cara, oscura como el negativo de una foto.

Horacio enciende la luz de una lámpara y quedo encandilado. Me propone ir a dar una vuelta al centro.

–El resto de la semana ya no tendré tiempo, así que aprovechemos ahora.

–Te sigo donde tú quieras –le digo semidormido colocándome mi parca al revés.

Tomamos el metro y me alegra reencontrarme con la fauna de personas que ví a mi llegada. Esta vez, sin

embargo no me parecen ser parte de la misma cara invisible. Adivino muchas vidas, demasiadas. La mayoría están solos y con esa expresión propia de la gente que conoce la soledad y la lleva encima no para distinguirse del resto, sino para comulgar con los demás.

De repente observo a Horacio que quedó sentado tres asientos más allá. Él también me parece un individuo con "I" mayúscula, con su abrigo de cuello subido y un par de ojeras colgándole de los ojos. Cuando me divisa, sonríe y hace ese gesto matamoscas, disculpándose por la multitud.



Caminamos alrededor de Picadilly Circus, y mientras yo me quedo encandilado por las luces de neón de la plaza él me habla de historias del siglo pasado.

–Este circuito era el punto de reunión de los dandys -Lord Byron y su séquito-más su amigo el Príncipe de Galles futuro Jorge IV. Era tan extravagante este rey que le hacía ocupar su ropa al sirviente para quitarle lo vulgar de lo nuevo –se ríe.

–¿Tú sabes dónde me puedo encontrar con David Bowie? –lo interrumpo de pronto.

–¿El cantante de rock? No tengo idea. ¿Está vivo todavía?

–Supongo que sí.

–¡Debe ser tan viejo como yo! ¡Imagínate hace cuántos años te conozco!

Es extraño, pero a Horacio tengo la sensación de conocerlo literalmente desde que yo era feto. Su voz es

lacónica, casi transparente, y su manera de caminar tiene la seguridad de quien sabe lo que pisa. Se abre paso sin titubear entre la multitud que deambula de un lado a otro con paquetes en sus manos (los mismos ricos que se comería el barrio donde él vive) y yo me pego a su hombro como a un escudo de la realeza.

Nos internamos por las callejuelas de Soho. Lo primero que noto, casi con cierta violencia, es que la gente está eufórica. Me doy cuenta lo triste que es Santiago. Los letreros de los *sex shops* iluminan la cara de Horacio, quien olvida las viejas andanzas de la nobleza inglesa y pasa a temas más estimulantes.



–Ese es el *Mme Jojo*, uno de los cabaret más famosos...

–¿Es bueno? –exclamo.

–No sé, no lo conozco, –me contesta con esa sonrisa más ancha que su cuerpo. –Pero tiene buena reputación...

–¿En qué sentido?

–En el sentido *british*.

–¿O sea?

–Un lugar en el cual si eres sorprendido no es mal visto...

–Entonces puedo ir.

Nos reímos.

–¡Qué va pensar tu mamá si sabe por donde te estoy paseando! –su tono está cargado de una ironía que empiezo a disfrutar.

–Mi mamá debería haber sido bailarina de cabaret en vez de veterinaria –digo.

–Sí, bueno, –esta vez emite una carcajada– ella es muy linda, una de las mujeres más especiales que he conocido.

–¿Tipo Mónica Vitti?

–Te sabes la historia, ya veo... Así fue esa época, de película...pero es cierto, con esa peluca rubia se veía igual –me mira de reojo y agrega satisfecho–: Pero tú te pareces a tu papá. ¿Ya te lo dije?

Asiento, mirando los adoquines de la calle mojada. Me lo han dicho toda la vida.



Llegamos a los alrededores de Covent Garden. La lista de teatros que Horacio enumera me deja atónito.

–En ese palacio, la reputación está asegurada, el Royal Opera house, muy importante para ti que eres músico.

–No soy músico. Llevo un año estudiando y pienso dejar el Conservatorio...

–¿Y qué vas a estudiar, entonces?

–Estoy pensando qué hacer. Me gusta la música, es todo lo que sé.

–Nada mejor que viajar para eso.

Le explico que mi mamá cree lo mismo, y por eso quiso que fuera a Londres, para que me volviera a entusiasmar con mi carrera.

–Puede que te pase lo contrario –exclama Horacio, guiñándome el ojo.

Nuestra carcajada se mezcla con el sonido de unas campanas a lo lejos.

–¡El Big Ben! –digo–. Quiero ver el río.

Caminamos por un cúmulo de callejuelas hasta que a lo lejos distingo un barco. Nos quedamos un rato en la orilla del Támesis, contemplando el agua.

De pronto me doy cuenta que yo no le he preguntado nada sobre su vida. Sé que vive en Inglaterra hace casi 20 años, desde que partió en exilio, que todavía no se anima a volver, que no está casado ni tiene hijos, y trabaja en una editorial de libros.



–¿Qué vas a hacer para el año nuevo? –le pregunto de repente.

–Nada, no me gusta celebrarlo, me da pena– responde sin mirarme.

Durante toda la semana deambulo solo, asimilando Londres con esa intensidad exclusiva de las primeras veces: la primera vez que ví *2.001*, la primera vez que me masturbé en un avión, la primera vez que escuché *Ziggy Stardust*, la primera vez que me corté el pelo y me lo paré intentando imitar a mi héroe. Después ninguna de estas cosas volvió a ser lo mismo.

Observo el movimiento frenético de la verdadera ciudad, sus neones salpicando el cielo gris y su sonido intermitente, su gente apurada y silenciosa. Al final de cada

día, cansado, esquivo autos, buses, taxis, que parecen ir en el sentido inverso al de mi estado de ánimo. Oscurece y el viento helado corta mi parca con una melancolía extraña, y a ratos molestosa. Tengo la sensación de que todo puede desaparecer; la luz del día, los lugares, las personas...

Antes de que eso ocurra, tengo que volver a las tiendas de música de Bewerick street que son como capillas encontradas al costado del camino, y llevarme *The Raise and fall of Ziggy Stardust and the spiders from Mars,* en vinilo. Es un gusto reservado para el final de mi viaje.



De regreso a la casa, Horacio siempre tiene preparada variaciones del mismo plato: rosbif y papas suflés. Parece cansado y sin ánimo. Toma una serie de medicamentos y se queja del mal clima. Me da tanto espacio para hablar que empiezo a contarle detalles banales de mi vida; las manchas de sangre que a veces mi mamá tiene pegadas a sus zapatos blancos al volver del trabajo, las ganas de mis amigos de conocer otros países, el miedo a convertirse en oficinista y trabajar doce horas diarias.

A las diez de la noche decide irse a dormir porque tiene que madrugar para tomar el metro hasta su oficina. Desde su pieza, lo oigo toser.

Antes de acostarme me fumo un pito y me quedo viendo BBC1 –un programa *talk show* sobre vidas ordinarias extraordinarias– que en uno de sus episodios habla

sobre hombres dueños de casa y mujeres activas. Me pongo a fantasear que yo y mi mamá somos parte de los testigos invitados. Llega mi turno de hablar.

"Bueno, yo soy el encargado de hacer las compras, calentar la olla para los tallarines, picar ajo, ir a pagar las cuentas, por supuesto. Ella trae el dinero a la casa, lleva el auto al garage y arrienda películas en el videoclub... Nos encanta ver y rever *2.001*, porque siempre descubrimos cosas nuevas, aunque cuando yo me canso de lidiar con el destino de la humanidad, pongo una vieja película llamada *Modesty Blaise*, con Monica Vitti en un papel de espía a quien nadie puede matar y... ".



"¿Y su padre? –pregunta el locutor– ¿qué rol cumple?" Levanto la vista y quedo encandilado por los focos. Se me llenan los ojos de lágrimas. "Mi papá está muerto". "Ohhh..." exclama el público.

"¿Alguna enfermedad?" pregunta el locutor. "No, asesinato", respondo.

"Ohhh", vuelve a murmurar el público. "Podría ahondar más, si no es mucha la molestia...detalles, por favor. ¿Fue un crimen premeditado o espontáneo?". "Premeditado, supongo. Lo querían matar porque era biológicamente revolucionario. Pero primero lo torturaron, con corriente eléctrica de no sé cuánta cantidad de watts, y después se lo llevaron de paseo al sur. Ahí lo fusilaron y nunca más devolvieron el cuerpo. Al parecer se lo comieron las algas. Según cuenta la leyenda se lo tragó el océa-

no...". "¿Quién hizo tal atrocidad?", comenta el presentador. "Es peor que Jack el Destripador..."grita acariciando su corbata rosada.

"¿Quién es Jack el Destripador?" pregunto yo y un montón de risas dan vuelta alrededor de mi aureola SOS.

Es 31 de diciembre. Yo y Horacio estamos en el living del segundo piso, con la copa de vino que nos sobró de la comida en la mano. Algunos petardos explotan debajo de la ventana en la calle.

–¿Entonces no vas a hacer nada esta noche? –me atrevo a preguntarle.

No hemos tocado el tema, y lo único que sé es que el año nuevo le da pena.

–*I'm sorry*, pero prefiero ver la celebración de Trafalgar Square por la tele, además es bastante peligroso, roban mucho. De todas formas es bien divertido porque la gente se tira a la pileta.



–¿Con este frío?

–Sí, es increíble, no sé que es lo que pretenden aparte de tener una pulmonía. Los ingleses necesitan desahogarse aunque sea una vez al año, así mantienen su equilibrio interno.

La verdad es que no entiendo de sicología británica, pero intuyo que a él no le haría nada mal un baño a menos diez grados. Para despertar de ese abatimiento que tiene pegado encima.

–¿Quieres que prenda la tele?

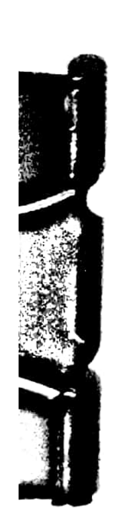
Suspira.

–Deberías salir a divertirte, no te quedes encerrado por mi culpa, por favor.

Siento que me está diciendo lo contrario, "quédate conmigo por favor", y le contesto que no me interesa tirarme sólo a ninguna pileta. Horacio por fin sonríe y me doy cuenta que no es ningún suplicio para mí esperar medianoche ahí, con él.

Propongo ir a comprar alguna botella de un trago, al menos.

–En el refrigerador hay champagne, –me dice.– Aunque, mientras tanto podemos tomar whisky irlandés. Además es bueno para la tos.



Sirvo dos vasos sin hielo, a la manera inglesa. De golpe le hago una pregunta que lo sacude de la risa.

–¿Quién era realmente Jack el Destripador?

Horacio se acomoda en su sillón de terciopelo verde, bebe un sorbo y me mira complaciente.

–¿Por qué me preguntas eso?

–Lo escuché al pasar haciendo *zapping* en un programa de la tele sobre los grandes asesinos del siglo, y quedé intrigado.

–Para los ingleses será Jack El Destripador, para nosotros ya sabemos quién.

Bajo la vista hasta el fondo de mi vaso. Aunque sé qué historia le gustaría recordar, le pido que me cuente la del popular Jack.

Fue en agosto de 1888, cuando en el barrio de Whitechapel, acá en el Este de Londres, que en esa época era un hormiguero peor que ahora, se encontró el cadáver mutilado de una joven prostituta. El mes siguiente, apareció el cuerpo de otra prostituta, también descuartizado, y antes de cometer el tercer asesinato, el imaginativo psicópata mandó una carta a las agencias de noticias, donde se hacía responsable de las muertes y anunciaba que vendrían otras. La nota llevaba la firma de Jack el Destripador. Empezó el pánico en todo el este de Londres, la gente no salía a las calles en la noche, pero debido a la fuerte crisis económica de la época las prostitutas siguieron haciendo su trabajo. Otras dos fueron asesinadas sin que la policía lo impidiera. La última víctima fue Mary Jane Kelly, muy bonita, a quien encontraron en Harnuby street creo, mutilada de la manera más terrible...



–¿Y después? –exclamo prendido por el alcohol.

–Después no hubo más asesinatos y surgieron una serie de hipótesis... que la verdad nunca se aclararon... ¡Jack the Ripper podía ser el vecino de tu casa, el almacenero, el diarero, yo, tú!

Me río. Le sirvo otro vaso a Horacio y nos quedamos en silencio un rato. Me gusta cómo está transcurriendo la noche; sin ninguna expectativa, con el fantasma de Jack el Destripador dando vueltas. Somos dos espectadores sentados en sus butacas viendo cómo los demás se divierten a lo lejos.

Miro el reloj. Faltan diez minutos para las doce. En la hora de los balances, me atrevo a decir que me deseo un feliz 1991. Es un sentimiento muy sincero de mí mismo hacia mí mismo. Me doy cuenta que el teléfono no ha sonado ni siquiera una vez. Prendo la tele para escuchar algún ruido de fiesta. Aparecen vistas aéreas de Londres y una masa humana atestada en Trafalgare Square.

–¿Vas a llamar a tu mamá? –me dice Horacio.

–En Chile están recién almorzando, hay seis horas de atraso...

–Mmm....



Mi explicación no le hace mucho sentido. Si estuviera un poco más borracho le confesaría que quiero que ella agarre el auricular primero. Después de todo soy yo el que está pasando el año nuevo.

Nos tomamos la mitad de la botella de whisky. Una histérica periodista con el pelo rojo lleno de gel inicia la cuenta regresiva. Me apronto a sacar el corcho de la champagne, 10, 9, 8, Horacio se para del sillón, 7, 6, 5, tose, se asoma por la ventana, 4, 3, 2, destapo la botella, se gira y me extiende los brazos. Entonces, en ese lapsus que dura un segundo, el último que se evapora tras las luces tintineantes de los árboles de Navidad del edificio del frente, tengo un flash, y reconozco la silueta negra de mi sueño. Me paro y me acerco a abrazarlo.

–Feliz año nuevo– me dice.

–Feliz año –repito.

–Perdona que me emocione,– me murmura al oído.– Es que no puedo evitar acordarme de tu papá. Soy tan leso, siempre para estas celebraciones me pongo sentimental, no me hagas caso.

–Champagne –digo, soltándome– ¿Te parece?

Horacio va a buscar unas copas a la cocina. Hacemos un brindis. Sabemos en honor a quién chocan nuestros vasos, y la verdad es que estoy cansado de hablar con paréntesis vacíos.

–Yo quiero saber una cosa. Tú eras muy amigo de mi papá, así que me puedes ayudar.

Volvemos a sentarnos en el sofá. Horacio hace su gesto matamoscas y prende un cigarro.



–No te había visto fumar –le digo.

–No debería, pero, –respira hondo. Me ofrece un cigarro, pero yo ya tengo uno prendido. –Era mi gran amigo, tu papá, mi gran amigo. ¿Quieres ver algunas fotos?

Los fuegos artificiales explotan en el cielo, lejos de los barrios de Jack el Destripador, de nosotros y de Chile.

–Lo único que he visto toda mi vida son fotos. Preferiría saber, –murmuro sintiendo que la lengua se me queda pegada al paladar– qué canción de los Beatles me silbó cuando me conoció. Mi mamá no sabe, o no lo recuerda, o prefiere no recordar, no sé, pero tú estabas ahí.

Horacio abre sus ojos celestes de tal manera que parece absorber toda la luz de la pieza.

–No era una canción de los Beatles, porque me habría acordado.

–¿De quién era entonces?

Se queda pensativo unos segundos, luego exclama aplaudiendo con ambas manos.

–De este cantante que se disfraza... el que me nombraste el otro día...

–¿David Bowie?

–Eso es, un disco que yo guardo hasta hoy día.

Me levanto sobresaltado y el champagne me sale como espuma por la boca. No quiero que crea que estoy teniendo un ataque de epilepsia y trato de moderar mi ansia con palabras concretas.



–¿Qué disco? ¿Me vas a decir que mi papá conocía la música de Bowie? ¿Tú tienes un disco que era suyo? No entiendo nada.

Horacio se precipita a un armario, abre un candado, y extrae un centenar de vinilos. Nos sentamos en el suelo.

–Algunos eran de tu papá, otros míos, yo me quedé con ellos, para que no se perdieran... Tú sabes que hasta eso quemaron... A ver, ayúdame a encontrarlo...

–Si es el que pienso, te juro que voy a tirarme a la pileta –grito. –Mi mamá nunca me contó que le gustaba la música... no lo puedo creer... ¿King Crimson? ¿The Kinks? ¿Neil Young? Es increíble todo lo que hay.

–Neil Young es mío.

–Rolling Stone, T.Rex, The Doors, Jim Hendrix, ¿qué significa toda esta colección?

Olvido mi copa y me llevo la botella a la boca.

–Son discos de nuestra época. Ésos eran de él, muy ruidosos para mí...

De repente, reconozco la tapa de *The Raise and fall of Ziggy Stardust and the spiders from Mars*. Está aplastada entre Quilapayún y Joan Baez. Se la muestro a Horacio y él asiente.

–Mi disco favorito –exclamo verificando que se trata de un original de 1972–, lo tengo en cedé, lo he escuchado todo el viaje, quería comprarme el vinilo...



–Ya no tienes por qué comprártelo... viste.

Doy vuelta la tapa. Leo: "Este álbum está hecho para ser escuchado a un volumen máximo".

–¿De dónde lo sacó mi papá? ¡Es una reliquia!

–Lo compró acá en Londres, alguien en una disquería se lo recomendó y tu papá creyó que era de una mujer... –se ríe Horacio y su cara se enrojece por un momento.

–No sabía que había estado en Inglaterra.

–Varios meses antes del golpe, nos invitaron a mí y otra gente del partido a dar una charla sobre la Unidad Pop...

–Espera... –balbuceo– ¿Qué canción silbó cuando me conoció?

–Yo te llevé a su escondite Adrián, te das cuenta. Han pasado casi 20 años...

–¿No te acuerdas de la canción? La primera, la última... trata de hacer memoria.

Horacio levanta la vista y se concentra, mientras su mano se mueve buscando una melodía.

–¿Dónde está el tornamesa? -me ilumino de pronto.

–Lo boté hace unos años.

–¿Lo botaste?

–Sí, cuando salió el *compactdisc*... –Suspiro y se me ocurre una idea. Voy al living a buscar mi cedé y lo coloco en el equipo.



Avanzo canción por canción y cuando llego a la número 5, Horacio se levanta del sillón. "*There's a Starman waiting in the sky, he's told us not to blow í Cause he knows it's all worthwhile...*"

–¡Ésa es!

–"*Let the children lose it. Let the children use it. Let all the children boogie*" tarareo. –¿De verdad es ésta? ¿Estás seguro?

Suena el teléfono. Sé que es mi mamá y me precipito a contestar.

Nunca le conté que la primera gran cosa que me había ocurrido en ese año nuevo tenía que ver con mi papá. "Nada especial, aquí estamos viendo tele", le dije esa vez por teléfono. Me pidió que le pasara a Horacio y él le repitió lo mismo, guiñándome el ojo y agregó "pero con champagne francesa, qué te crees...".

Después, una vez que mi anfitrión se quedó dormido, salí a la calle completamente borracho y me tiré a la pileta de Trafalguare Square, apretando los dientes.

De vuelta a Chile, la colección de discos de mi papá se convirtió en una complicidad exclusiva entre Horacio y yo, que quise mantener en secreto. Cuando empezó el otoño, volví a hacer la misma fila Servipag, dejé el Conservatorio, y durante las tardes muertas de la semana me dediqué a escuchar los viejos vinilos. Santiago es un buen lugar para quedarse entre cuatro paredes con los audífonos puestos. Aunque tu mamá se enoje por eso.



Todavía no se digna en salir de la pieza. Se ha vuelto más mañosa que los gatos de su clínica. Decido comportarme como un perro y entrar a buscarla. Está tendida en su cama, y fuma. Cuando la veo en esa postura, me dan ganas de recostarme a su lado y sacarle el cigarro de la boca.

–Háblame –le digo, pidiéndole una fumada.

–Se murió de Sida.

–No parecía enfermo, un poco flaco, nada más. ¿Cómo no me di cuenta?

–Fue fulminante, pero él sabía hacía tiempo.

–¿Era gay?

–Eso no importa, Adrián.

Nos quedamos callados un rato, mirando el humo disolverse sobre nuestras cabezas.

–Mamá voy a ser *dj* –digo secamente.

–¿Y eso es un trabajo ahora?

–Sí, –le contesto con firmeza. –Pero no es sólo un asunto de que está bien porque es un trabajo. Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta genética... Ustedes mismos lo decían.

–Biológica –me corrige. Le devuelvo el cigarro.

–¿Por qué nunca me contaste que mi papá tenía una colección de discos? Horacio me los pasó todos, también lo suyos. Ahora entiendo porque me los dio...



–Hay muchas cosas que no te he contado y otras que he olvidado–suspira y me pasa de nuevo el cigarro.

–¿Cómo cuáles?

–Horacio quería conocerte antes de morir, por eso viajaste a Londres, no fue sólo un capricho mío, ni tuyo... me lo pidió expresamente..

–Todos me quieren conocer antes de morir... Es tris...

–Adrián...

–No, no es triste... Cuando mi papá me silbó esa canción sin querer me aclaró mi futuro. En Londres Horacio también, ¿sabías?

–Adrián...

–Mamá...

–Córtala de pensar en tí –sube el tono de su voz.

–¡Es verdad! Descubrí lo que quiero hacer con mi vida.

La miro. Tengo ganas de decirle que siempre me faltó un tercero en la familia, una alternativa B, alguien que me dijera caminando por la calle que no era tan grave si quería dejar de estudiar. Algo mucho más que eso, en todo caso, pero no quiero recordarle algo que ella intenta olvidar todos los días.

Me mira de reojo y yo bajo la vista. Mis ojos se quedan clavados en su zapatilla blanca con sangre. Esa manchita me conmueve. La gente que trabaja con animales no tiene el más mínimo síntoma de maldad. Y la maldad es algo que ella conoció cuando mi papá se cruzó en el camino con Jack el Destripador.



–¿Así que estás contento con los discos? –dice de pronto, como tomando aire.

Mi mamá me sonríe a través de sus ojos brillantes y enciende otro cigarro. Hacía tiempo que no la sentía tan cerca y de golpe siento la necesidad de compartir mi secreto con ella.

–Te voy a poner una canción.

–¿Qué canción?

Una reservada para los buenos finales, pienso, devolviéndole la sonrisa.



STARMAN

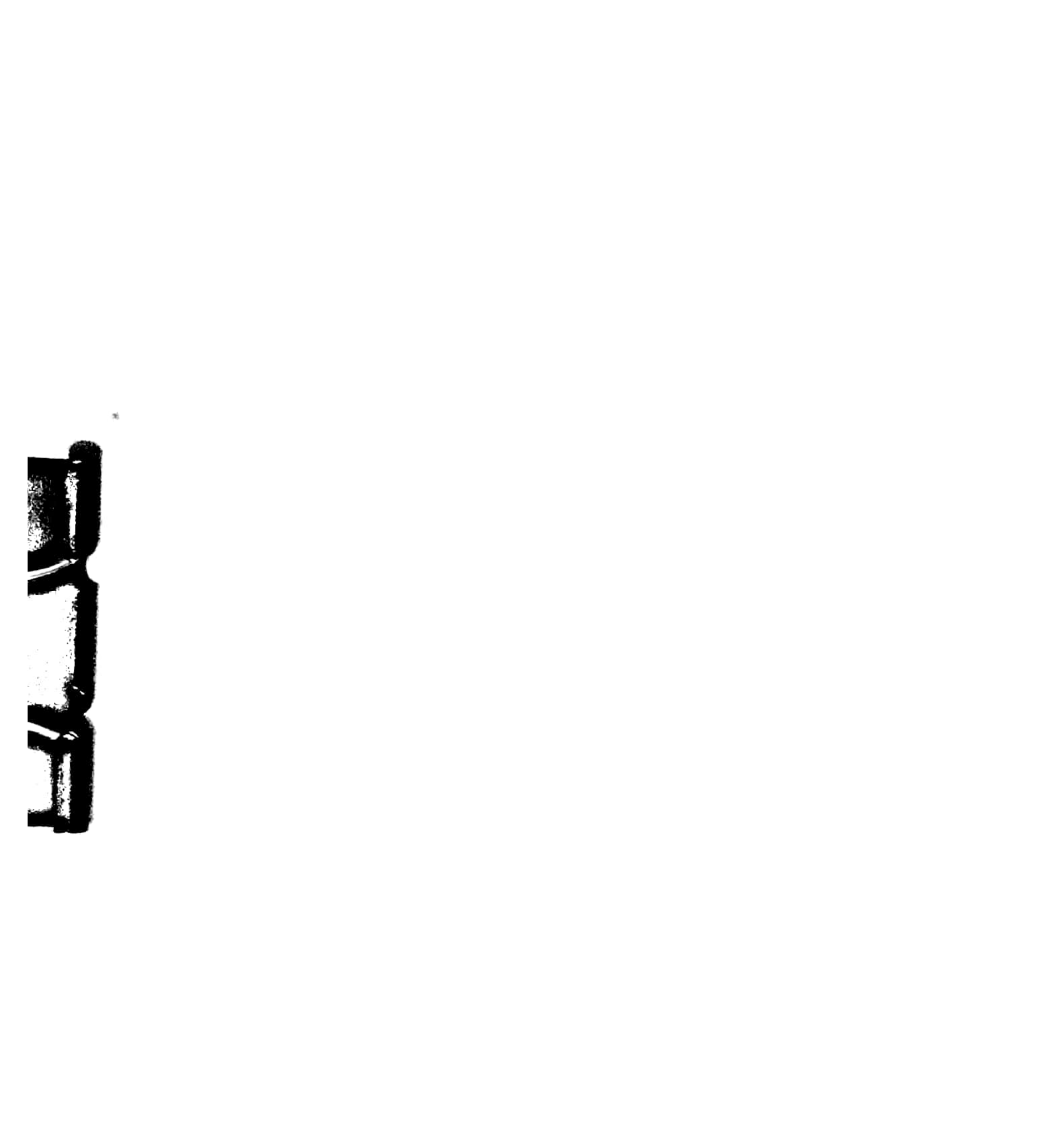
David Bowie

Didn't know what time it was, the lights were low
I leaned back on my radio
Some cat was layin' down some rock'n'roll lotta soul, he said
Then the loud sound did seem to fade
Came back like a slow voice on a wave of phase
That weren't no D.J. that was hazy cosmic jive.

There's a starman waiting in the sky
He'd like to come and meet us
But he thinks he'd blow our minds
There's a starman waiting in the sky
He told us not to blow it
'Cause he knows it's all worthwhile
He told me:
Let the children lose it
Let the children use it
Let all the children boogie.



I had to phone someone so I picked on you
Hey, that's far out so you heard him too!
Switch on the TV we may pick him up on channel two
Look out your window I can see his light
If we can sparkle he may land tonight
Don't tell your poppa or he'll get us locked up in fright.



SENSEI

Basado en *You make me feel so young* de Frank Sinatra



Roka Valbuena



Roka Valbuena

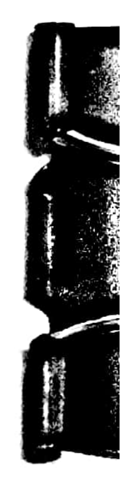
Roka Valbuena es periodista y Licenciado en Literatura. Hombre austero, el señor Valbuena posee un automóvil modelo Escarabajo con diecisiete abollones, nueve discos compactos de música variada y rítmica, un sillón medio rojo y siete personas que al parecer lo aman profundamente.

Hace un tiempo estudió karate kyokushín.





UN DÍA LLEGÓ TRONCOSO A LA CASA del señor J. Hagel, segundo dan internacional en karate, Escuela Kyokushin, para hablar francamente con el Maestro. Presumió que el Sensei Hagel estaba en su casa leyendo un libro o cocinando o pensando cosas de su mundo personal, un mundo vastísimo, con influencias del oriente, pues el Sensei es una persona muy reflexiva, gran persona, que ama a la gente y que una vez, en el año 1967, escribió un libro sobre el bienestar físico. Tocó la puerta de madera y escuchó a un perro llamado Nikita que ladraba.



Como la bondad del Sensei es extrema fue a toda velocidad a abrir la puerta y vio esto: vio a un muchacho de dieciséis años y con físico reducido; vio a un adolescente que le extendía la mano; vio a un humano triste, o que parecía muy triste, o que vivía una angustia enorme. Vio, en fin: a un alumno de su Academia Chilena de Karate, estilo Kyokushin, lo que podría ser una joven promesa del arte marcial que, se hacía evidente, quería pasar y entablar una conversación.

Pase, muchacho, dijo el Sensei Hagel, le ofrezco licor de damasco, cerveza alemana o jugo de frutas, y el humano triste dijo: cerveza alemana, por favor. Tras lo cual iniciaron una conversación sobre el creador de la

Escuela Kyokushin, Maestro Sensei Masumatsu Oyama, y sobre los más altos y preclaros conceptos del arte japonés. Iniciaron una conversación sobre el deporte y la agilidad, sobre la voluntad y la disciplina. Se había iniciado una varonil conversación entre un Sensei y su aprendiz.

La conversación era dinámica y muy instructiva, pues el Sensei tenía un amor inmenso por la enseñanza. De hecho, una vez, hace ya muchos años, el Sensei Hagel se fue a vivir a Venezuela, y allí intentó practicar la enseñanza del Kyokushin. Le hizo clases a un grupo de venezolanos morenos a los que J. Hagel, descendiente de ciudadanos de Hamburgo, saludaba siempre de igual modo: "¿cómo les va, monos?". Les decía: "próximo martes los monos se preparan porque hay examen". Les decía: "de pie todos los monos negros". Y todos los oscuros de las costas de Venezuela se ponían de pie y obedecían con rapidez sus mandatos. Lo estimaban. Aún así, según sabía Troncoso, datan de aquellos días sus primeros acercamientos al alcohol, un alcohol estrambótico producido en tan linda zona, y que J. Hagel halló dulzón y afable al paladar. Vino una etapa enigmática. J. Hagel comenzó a asistir a las fiestas nocturnas de los docentes del Instituto de Karate de Venezuela. Comenzó a bailar en todas las fiestas y la gente, los monos negros y los karatecas, se maravillaban del instructor de Kyokushin nacido en Punta Arenas, en los años treinta, que no paraba de hacer danzas jocosas en todas las fiestas. Pero



al poco tiempo J. Hagel comenzó a notar, muy dentro de sí, que envejecía y que ya no era ágil. Por tanto bruscamente un día dejó de lado el baile y empezó sólo a conversar con la gente, motivo por el cual a fines del mes de abril de 1965, tuvo un exultante diálogo con unas norteamericanas con sobrepeso a las que, horas más tarde, intentaría penetrar en una acción erótica fallida y delictual que le significaría su retorno súbito a su país natal, Chile. Vino a la patria para buscar otra vez el equilibrio.

Vino a Chile e hizo estas cosas: instaló una academia de karate, intentó batir el record mundial de patadas consecutivas, se casó con María Ester Salcedo, tuvo a J. Hagel junior, tuvo una niñita, compró un perro, una casa, se hizo una piscina, conoció a otros karatecas, conoció a Abdón Valdebenito, conoció a Mario Calvo, a Enzo Ramírez, a Hernán González, y con ellos trabó una profunda amistad, empezaron todos juntos a hablar de artes marciales, iban al Rhenania a tomar cervezas alemanas y a hablar de otros karatecas, hablaban de un grupo de finos que se juntaban a comer helados en el Drugstore de Providencia. Así fue: todas estas selectas misiones las hizo en pos de ese loable y urgente fin divulgado tozudamente por el Maestro Sensei Masumatsu Oyama: busca tu equilibrio.



Y aquí estaba el Sensei, lleno de equilibrio, junto al aprendiz, instruyéndolo como siempre y a quien, muy satisfecho con la charla, conminó a persistir con nuevos y variados temas. Le dijo: beba, muchacho, beba. Y el

aprendiz, no obstante su mínima tolerancia al alcohol, pero con la secreta idea de impactar al Maestro, siguió bebiendo. Luego J. Hagel, observando la visible pequeñez del súbdito, preguntó: ¿ha peleado con gente alta, muchacho? Una vez, Sensei, le dijo el aprendiz, desafié cortésmente a un combate cuerpo a cuerpo al infante de marina Antonio Eyzaguirre. Otra vez, siguió el aprendiz, le aforré un *mae geri* a un cuidador de autos, Sensei, en la ciudad de Viña del Mar, y también, en una ocasión, en un incidente automovilístico, manejando un auto que no era de mi propiedad, sino propiedad de mi familia, tuve un altercado con un taxista quien me propinó lo que ahora juzgo un *ushiro geri*, patada al vientre, que me tumbó al instante.



La ingesta alcohólica hizo que el aprendiz se pusiera a contar muchas otras cosas, lo cual resultaba extraño: el aprendiz Troncoso tenía una perturbación sicológica que le impedía el diálogo con adultos importantes. Y, a sus ojos, el Maestro Sensei J. Hagel era un hombre de extraordinaria importancia. Sin embargo, al parecer el alcohol y un fondo musical relajante, en cortos minutos, le habían expandido la personalidad y, dentro de su mente, Troncoso, un humano triste standard, se sintió especialmente atractivo e incluso un poco singular. Por eso, en un momento equis de la tarde, optó por ser locuaz y, por ejemplo, habló de su señor padre, hombre fallecido recientemente por una dramática falla cardio-

vascular mientras bailaba salsa en un matrimonio y habló de una mujer, la señorita Kassak, a quien dijo profesar inmenso y sincero amor y a quien, refirió emocionado el aprendiz, le tocó una mama en abril del presente año.

Decía todo aquello intercalando texto y sorbos de alcohol, llegando al punto en que, ya con mil y tantos centímetros cúbicos de cerveza alemana en el cuerpo, una ingesta fuera de toda proporción y muy alejada de sus costumbres pasivas, y también ya algo cansado creativamente, tocó por fin el verdadero motivo de su visita. Hizo una pausa. Dejó que pasara un auto allá afuera. Dejó que el perro Nikita callara un ladrido. Dejó otro segundo y luego habló:

–¿Por qué se retira, Sensei?, preguntó.

–¿Cómo, hijo?

–¿Por qué se retira, Sensei?

Eso le habían contado a Troncoso, se lo había contado L. A. Cereceda, un compañero de karate, una tarde, en que ambos se habían puesto a analizar la vida personal del Maestro. Esa tarde hablaban de su señora esposa, hablaban de sus dos hijos maduros: don J. Hagel junior y doña Bárbara, una simpática lesbiana radicada en Europa. L. A. Cereceda dijo: supe que el maestro se retira, se va a vivir a la montaña, a setenta kilómetros de Vicuña. Ah, mierda, dijo instantáneamente Troncoso. Fue un momento de pesar. Su reacción fue impulsiva:

producto de la tensión nerviosa tiró tres *mawashi geri* al aire que rozaron una teta de Cereceda. Luego, vino el desvarío: pensó en secuestrar al Maestro. Cálmate, Troncoso. Y Troncoso dijo: disculpa, estoy mareado. Calma, le insistió Cereceda. Fue al reponerse que vinieron las dudas: ¿pero, hermano– dijo Troncoso en una muestra de afecto inexplicable–, por qué se retira el Maestro?, ¿es por mí?, preguntó en otra muestra de incoherencia, pero que para su terrible asombro fue resuelta con dudas por L.A. Cereceda: no sé, Troncoso, no sé. No te escucho, huevón, háblame más, por favor, gritó Troncoso, pues la respuesta lo abatió a tal punto que lo llevó a perder la audición por un instante: pero... ¿es por mí? L.A. Cereceda, agobiado, dijo: anda a preguntarle a su casa por qué chucha se retira.

Y allí ya estaba Troncoso. En la casa del señor J. Hagel preguntando eso: ¿por qué se retira, Sensei?

–¿Por qué chucha se retira, Sensei?

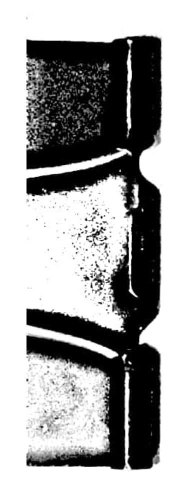
El Maestro Sensei exteriormente se mantuvo impávido. Estaba quieto. Por un momento pensó el aprendiz Troncoso que su pregunta no había sido percibida. Su modulación, débil desde la infancia, había perdido precisión con la ingesta alcohólica. Pero luego entendió: era imposible, no había ningún sonido externo, el Maestro Sensei había escuchado, sólo que no presentaba reacciones físicas. El Maestro Sensei siguió sentado. El Maestro Sensei siguió estático. El Maestro Sensei siguió sin res-

ponder. Es probable que haya ejecutado un trago extenso, o bien, el aprendiz se sume en confusiones en este punto, es probable que el Sensei Hagel se haya echado a reír, y haya mostrado sus molares amarillos, o haya rascado el cabello blanco que tiene. Lo que sí recuerda a la perfección el aprendiz Troncoso fue que vino el silencio. Vino el silencio y oscurecía.

¿Y usted tiene equilibrio, hijo?, preguntó de pronto el Sensei, desviando el tópico, después de haber permanecido sin voz durante un rato. Y él, una posible y joven promesa del arte marcial, el humano triste de apellido Troncoso, feble de carácter, se dejó llevar, olvidó su asunto, y le dijo que no. Le dijo: lamentablemente perdí el equilibrio, señor. La obtención del equilibrio es un asunto muy serio, retómelo, muchacho, debe estar en paz con usted mismo. Puta, no puedo, le dijo Troncoso. Mantenga la mente limpia, dijo el Maestro Sensei, lo invito al siguiente ejercicio: ¡Salga de sí mismo, ahora! ¡No sostenga pensamientos! ¡Pose la mente en una nube!

Troncoso aceptó y a toda velocidad intentó salirse de sí mismo. E incluso, extremando el ejercicio y compenetrado fuertemente en la acción mental, intentó no sólo salirse de sí mismo, sino que volverse un objeto o algo etéreo. Por ejemplo, intentó volverse energía. Una energía no visible, que flotaba en el aire, una energía feliz y carente de problemas. Pero fue sólo un rato: súbitamen-

te, Troncoso dejó de estar cerca de una nube. Troncoso cayó a tierra. Siempre está cerca de la tierra. Su mente se había posado en el suelo. Tenía mucho suelo en qué pensar: no era feliz, su vida era oscura, vivía con su madre, con sus hermanos, y tenía la impresión, todos llevaban oscuridades enormes. Se había dicho a sí mismo: amo a la señorita Kassak, o también: el karate es la dicha, o también: soy propietario de algunas cosas: un perro, unos libros, una radio, unos anteojos. Pero su vida estaba lejos del equilibrio. Era un humano triste.



No, no puedo, Maestro, mi mente nunca estará en paz. Debe posar la mente en la nada, en la nada eterna que se encuentra en la cordillera, instó el Maestro Sensei. Es que no veo cordillera, Maestro, estamos en Pedro Torres, comuna Ñuñoa, en el interior de una casa, en su living, Sensei, no veo cordillera. Tienes que verla, por la chucha, le dijo el Maestro con un lenguaje coloquial fruto del alcohol: ¡Huevón, yo la veo!, insistió. ¡Por Dios, Sensei, dónde está!, exclamó a los gritos el aprendiz. Ahí, pelotudo, ahí, dijo el Sensei, y apuntó una pared de cemento blanco, lo que produjo una ola de espanto y alto temor en el aprendiz. ¿La cordillera está en esa pared, señor?, preguntó. Ahí, mismo, muchacho. Con el fin de aumentar la armonía con el Maestro, el joven aprendiz Troncoso hizo un esfuerzo teatral muy admirable y simuló ver cosas: ah, ahí está, ahí veo la cordillera. ¿Estás en la nada, muchacho?, preguntó el Sensei. Por

supuesto, allí estoy, en plena nada, dijo el aprendiz observando en la pared un cuadro de doña Barbarita, su hija lésbica. Aunque en verdad miró otra cosa: miró a J. Hagel. Y Troncoso miró una escena inolvidable: miró a un señor con arrugas y pelo blanco, un hombre de setenta y cuatro años de edad, padre de dos personas adultas, que allí estaba: mirando la nada eterna posada en un muro de concreto de su living. ¿Cómo se encuentra, maestro?, le preguntó desde su nada ficticia el aprendiz. En estupenda forma, hijo, justamente ahora estoy viendo la cordillera, es muy relajante, hijo. Nada se compara a ver la cordillera, muchacho, a ver la nada eterna. Y agregó reflexivo: algún día posarás tu mente en una nube. Algún día lo harás, muchacho, y las cosas te van a cambiar. Y el Sensei siguió mirando una cordillera ubicada en el living de su casa en la comuna de Ñuñoa y al parecer Troncoso en tal momento se llenó de admiración, una admiración que nunca antes había sentido.



Luego, ambos, el Maestro Sensei y su joven aprendiz siguieron tomando cervezas alemanas, una tras otra, hasta que se acabó todo el stock. Te rogaría me acompañaras a degustar ron aquí a la vuelta, hijo, ofreció el Maestro. Cómo no, Maestro Sensei, cómo no.

Salió entonces caminando el Maestro Sensei, seguido por el joven aprendiz Troncoso. Según confesaría más tarde, a otros aprendices ávidos por la historia, Troncoso en esos instantes hizo esfuerzos notorios por hilvanar

una conversación. Tenía muchas preguntas: ¿Cuántas veces, en cuántos benditos instantes, en qué segundos precisos de su vida, o milisegundos, o millonésimas del mismo, en qué infinitésima parte del tiempo, cuándo, Maestro, cuándo ha sido usted feliz?, ¿qué se siente, Maestro, por Dios, qué se siente?, ¿es posible, Sensei, llegar al alivio, no sentir más dolor, se puede eso, Maestro Sensei, señor J. Hagel? También quisiera preguntarle, con debido respeto e inmenso afecto, Sensei: ¿Por qué, Maestro, por qué se retira? ¿Por qué me abandona, Sensei, por qué no se queda aquí, por qué no se queda en su casa de calle Pedro Torres, comuna de Ñuñoa, y conversamos, conversamos a diario, todas las tardes, o las mañanas, Sensei?, pero, le ruego, por Dios, le ruego, no me deje, Sensei, no me deje solo, le ruego, le ruego. Pero Troncoso no dijo nada. Vio que el Maestro Sensei iba sumido en presuntas meditaciones íntimas. Vio que el Maestro Sensei estaba en las nubes. Así era: J. Hagel iba caminando con su mente posada en una nube.

Llegaron al bar, un bar pequeño que bullía, un bar que por razones misteriosas se encontraba copado con gente que cantaba. Cantaban todos ellos himnos, o canciones semejantes a los himnos o, presumió Troncoso en un pensamiento más bien perturbado, todos allí cantaban baladas de guerra, baladas de guerra japonesas. El Maestro Sensei estaba muy a gusto en el lugar y optó por una mesa, le dijo al aprendiz: ¿le parecen dos vasos de

ron con hielo, muchacho? Y el aprendiz, que ya a esas horas estaba de un humor excelente, le dijo: claro, mi Maestro. O le dijo: por supuesto, majestad. Y le palmoteó el hombro, lo que casi le suscita una lesión en el antiguo omóplato que poseía desde hace setenta y cuatro años J. Hagel. Bebieron.

Ha sido una alegría conversar con usted, Troncoso, dijo de pronto el Sensei. Lo mismo digo, señor, lo mismo digo. E hicieron un solemne brindis. Dijeron al unísono: ¡Por Masumatsu Oyama! Dijeron también: ¡Por Gishin Funakoshi!, ¡por Yoshida Kotaro! Llenaron otra vez los vasos: ¡Larga vida al Kyokushin! ¡Sí, larga vida! ¡Iiiiaaaaaaaaa!, gritó el Sensei imitando un alarido de karate, ¡Iiiiaaaaaaaa! Le respondió Troncoso.



Brindaban con esos bellísimos gritos, cuando alguien, inserto en un grupo de gente maciza, les gritó: cállense, tarados. Otros también gritaron: apaguen al abuelo y al enano que lo acompaña. Y el joven aprendiz Troncoso, alumno esforzado de primer año de la Academia Chilena de Karate, debido a cierta seguridad guerrera otorgada por el Kyokushin, se puso de pie mostrando su lamentable y reducido cuerpo, y dijo: por favor, gordos, les pido respeto. Que se lave el hoyo el enano, respondieron a coro. Y entonces Troncoso, astutamente, y midiendo de antemano una derrota aplastante, dijo: Sensei, vaya a sacarles la cresta, por favor. Y el Sensei, cuya astucia era todavía mayor, y cuyo rostro estaba deformado por el

pánico, dijo: vaya usted, Troncoso. Y el aprendiz Troncoso: no, no, vaya usted. Anda tú, huevón, a mí me duele la rodilla, siguió el Maestro tomando otra vez un lenguaje coloquial. Y Troncoso: a mí también me duele la rodilla, Maestro, y me duelen los huesos y me duele todo. Y el Sensei: anda tú, pelotas. Y Troncoso: no, no, usted, yo lo sigo, se lo juro. Ni cagando, dijo el Maestro. Y se quedaron callados, cada cual en sus propios conflictos. Se quedaron mirando el suelo. Los gordos ya no gritaron. Habían visto a un abuelo y a su leal acompañante, un enano, esquivar una pelea de bar.



De verdad ya no puedo, hijo, comentó en un momento el Maestro. Troncoso vio con un nítido dolor de espíritu que era el Sensei, el mismísimo Maestro, el que allí, en un bar, se tornaba impensadamente en un humano triste. Y habló: no se preocupe, Sensei, hoy mi cinturón es blanco, pero en poco tiempo tendré un fabuloso progreso y estaré corporalmente capacitado para la lucha de calles: usted, Maestro, es un hombre de paz, intuyo que en momentos de irritación usted debe ser una bestia temible, yo sé aquello, lo ví en un combate, sí, señor, usted es fuertísimo, sus puños son dos piedras de granito, Maestro, no tema, no tema, señor. Se rieron. A ojos de un tercero, en la mesa siete habían dos personas felices.

El Maestro Sensei se puso de pie, se acercó a una máquina Wurlitzer, y, sin previo aviso, programó un hit

musical muy llamativo, autoría de Frank Sinatra. Era: *You make me feel so young*, una estupenda canción sexual, que al parecer habla de una conquista amorosa fulminante. ¿Está dedicado a una dama muy especial este hit, Maestro?, preguntó Troncoso. Y el Maestro Sensei dijo: es una canción dedicada a la joven promesa del karate de Chile. No dijo más. O dijo: vamos, aprendiz. Vamos, que ya es tarde. ¿No quiere escuchar la canción entera, Maestro?, dijo Troncoso. No, muchacho, ya está todo dicho, ¿o tiene alguna duda, hijo? Se miraron. No, Sensei, ya está todo dicho.



Troncoso lo había visto en sus ojos. Ya no habían más dudas. No habían más preguntas. Atrás quedaban las enseñanzas, atrás quedaba Masumatsu Oyama, atrás quedaban los monos negros de Venezuela, la cordillera de concreto, la mente en la nube, los amigos karatecas, los aprendices admirados, el alcohol, la casa, el perro, los hijos: las miles de historias, las instructivas historias, las invaluables historias de cerveza alemana o ron con hielo o ron sin hielo o ron a secas. Era definitivo: atrás quedaba el insigne instructor de karate, Escuela Kyokushin, Maestro Sensei J. Hagel, el único adulto importante con el que Troncoso había dialogado en su vida.

Ya estaban en la puerta. Ya se escuchaban los ladridos del perro.

Gracias, hijo.

Gracias a usted, Sensei.

Lo abrazó con toda intensidad. En un gesto para él desconocido, lo abrazó con toda intensidad. Lo apretó contra su cuerpo. El Maestro Sensei J. Hagel tenía setenta y cuatro años de edad. Se radicaba a setenta kilómetros de Vicuña, hacia el interior de la montaña. Ya nunca más se verían. Por eso, saliéndose de sus estrictos cánones afectivos, lo abrazó con toda intensidad. Por eso le dio el abrazo más enigmático y largo de toda su vida. Por eso lo abrazó, lo miró directamente a los ojos, y por eso, en ese momento, su mente se posó en una nube.



YOU MAKE ME FEEL SO YOUNG

Frank Sinatra

Ya make me feel so young.
You make me feel so "Spring has sprung",
And every time I see you grin
I'm such a happy individual.

The moment that you speak
I wanna go play hide-and-seek.
I wanna go and bounce the moon
Just like a toy balloon.



You and I are just like a couple of tots
Runnin' across the meadow
Pickin' up lots of forget-me-nots.

You make me feel so young.
You make me feel there are songs to be sung,
Bells to be rung, and a wonderful fling to be flung,
And even when I'm old and gray
I'm gonna feel the way I do today
'Cause you make me feel so young.

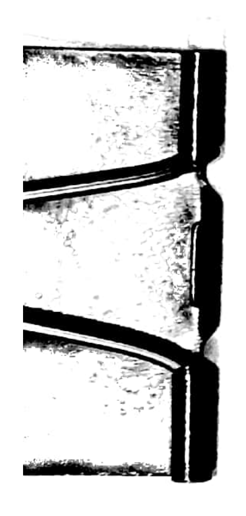
You make me feel so young.
You make me feel so "Spring has sprung",
And every time I see you grin
I'm such a happy individual.

The moment that you speak
I want to go and play hide-and-seek.
I want to go and bounce the moon
Just like a toy balloon.

You and I are just like a couple of tots
Runnin' across the meadow
Pickin' up lots of forget-me-nots.

You make me feel so young.
You make me feel there are songs to be sung,
Bells to be rung, wonderful fling to be flung.
And even when I'm old and gray
I'm gonna feel the way I do today
'Cause you - you make me feel so young.

You make me feel so young.
You make me feel so young.
Ooo - you make me feel so young.

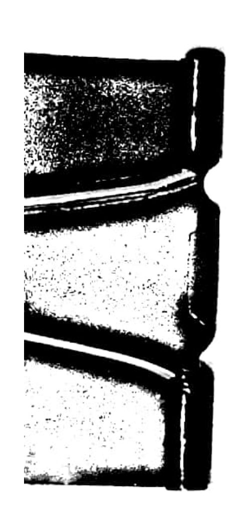


DEPARTAMENTO PILOTO

Basado en *Solitude standing* de Suzanne Vega



René Arcos Levi



René Arcos Levi

Nací en Puerto Montt, el 12 de febrero de 1964, el día del cumpleaños de mi padre, y aún estoy tratando de saber lo que hay detrás de esa coincidencia. Lo de ser escritor, se reduce, creo, a un asunto de palabras:

–Las de mi padre, don Leandro Arcos, de quien heredé el gusto por los libros y las películas, y que decía y dice cosas como: *lo último que se debe perder no es la esperanza, sino la elegancia*, o –esta es mi favorita– *el que pega primero, pega dos veces.*



–Las de mi abuelo materno, don Carlos Leví, que a falta de recuerdos familiares, extraviados en su larga travesía hasta Isla Tenglo, me contaba historias de los mares del sur por donde había buceado alguna vez. Mi relato favorito era el del Caleuche. Un velero fantasma que aparece por las noches, donde viajan los marinos muertos en el mar, disfrutando de una fiesta eterna, a la que –según mi abuelo– sería preferible no estar invitado.

–Las que le escuché decir alguna vez a mi amiga Ximena Morandé: *no es cierto que en cuestión de gustos no hay nada escrito; hay mucho escrito, lo que pasa es que la gente no lee.* Y esta otra, que suelo constatar a menudo, *cualquier imbécil puede ser espontáneo.*

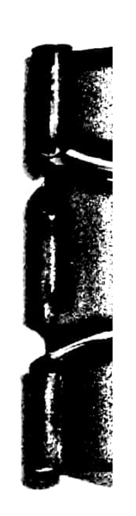
–Las que, pocos años atrás, una tarde de esas que se recuerdan toda la vida, me dijo Paul Bowles en su casa de Tanger: *Escribe. No hagas nada más.*

En eso estoy. Tengo dos libros publicados, *Cuento Aparte* (Planeta, 1994) y *Después de todo* (Planeta, 2001). También he tenido la suerte de ver lo que escribí trasladado a la pantalla gigante: *Historias de Fútbol* y *La Fiebre del Loco*, dirigidas por Andrés Wood, que además me permitieron viajar a festivales, conocer otras latitudes y darme cuenta que la gente se parece en todas partes, sobretodo si te las encuentras a solas en la barra de algún bar, cuando uno sigue empeñado en que la noche no acabe.

Hace años trabajo para el Area Dramática de TVN, donde aprendí a valorar el oficio de guionista de teleseries y a convivir con la peligrosa cercanía de las palabras éxito y fracaso. Hasta ahora, las cosas van bien. *Yo sólo escribo, no hago nada más.*

A Isabel Larraín

"La soledad está junto a la ventana.
Se vuelve hacia mí cuando entro
en la habitación.
Puedo ver en sus ojos que
me ha estado esperando..."



CUANDO LA GABY ME PROPUSO lo del edificio, que sólo los fines de semana, que el porcentaje era bueno, que podía leer mientras llegaba la gente a preguntar, que quedaba frente a la playa, que podía aprovechar el sol, el mar, el verano, etc., y que iba a estar sola, no lo pensé dos veces y le dije que claro, que aceptaba, que me venía super bien, que empezaba ahora, ese viernes, y después de darle las gracias y hacer un par de llamadas partí a Algarrobo, en bus, a vender departamentos, con el libro de Vian en la mochila, el cd de Suzanne Vega recién comprado y dos cajetillas de Gitanes que me regaló la Ana María.

El edificio quedaba justo frente a la playa. Era el más reciente y yo debía instalarme en el departamento piloto, ubicado en el tercer piso por un asunto de paisaje,

como si estuviera en mi casa, disfrutando ese espacio de inspiración mediterránea, y recibir a los futuros propietarios como si amara cada rincón del edificio. Eran recomendaciones de la Gaby, claro.

El primer fin de semana no llegó nadie a preguntar. El verano estaba comenzando y habría terminado el libro de Vian, echada en la terraza del departamento piloto, si no es por la Paula y Esteban que andaban en la costa celebrando algo así como su octava reconciliación y que, informados por la Ana María de mi nueva ocupación, me pasaron a ver al edificio. Ni siquiera bajé a la playa, pensando en los posibles clientes que perdería, y sólo salí un minuto, el sábado, a comprar agua mineral y dos sandwiches de pan negro y queso fresco. Cuando veníamos de vuelta a Santiago, el domingo en la noche, en el auto de la Paula, Esteban decidió por los tres que íbamos a dedicar el viaje a Pink Floyd, puso el disco y se largó a cantar mientras yo cabeceaba, aburrida de ellos y de mí, y la Paula, con los ojos puestos en la carretera y pensando quien sabe en qué, se fumaba el último Gitane reventado que encontró en mi mochila.



No sé por qué, escuchando eso de *baby, baby, baby don't cry*, que normalmente me habría hecho retroceder una buena cantidad de tiempo, probablemente (seguramente) hasta los primeros años de universidad, me acordé de ese muchachito de pelo rojo que pasó delante del edificio varias veces, mirando hacia arriba, hacia algún

piso indeterminado, y de su expresión cuando me vio, como si lo hubiese sorprendido, como si no esperara ver a nadie, o no a mí al menos. Me quedé un rato pensando en él, encontrándole cierto parecido a Tom Sawyer, o a uno de esos mocosos aventureros de los primeros libros ilustrados que leíamos en el colegio, y me desperté de pronto, sola en el auto, con un dolor punzante en el cuello por haber dormido toda doblada, debajo de un cielo lleno de estrellas, escuchando muy de cerca los quejidos de la Paula y Esteban que no se habían aguantado hasta llegar a Santiago y que, cuidadosos de su intimidad, hacían el amor o algo así entre unos matorrales resecos a dos metros del auto.



El fin de semana siguiente, mientras me disponía a terminar por tercera vez el libro de Vian, llegó el primer potencial comprador. Era un señor de pelo cano y con una inconfundible indumentaria de ejecutivo en vacaciones. Lo acompañé a recorrer los pisos, le hablé maravillas de los materiales con que había sido construído el edificio, de los colores, de las formas especialmente diseñadas para asegurar un descanso tanto físico como espiritual (recordé ciertas lecturas acerca del uso del espacio en la arquitectura contemporánea, que remotamente tenían que ver con una tesis de grado que nunca concluí), del amoblado moderno y clásico a un tiempo –incluído en la oferta de verano– y de la vista hacia la costanera, con la playa ahí, cruzando la calle, del privilegio que eso significaba en estos tiempos y mientras

hablaba y hablaba volví a ver al muchachito de pelo rojo, sentado en una de las escaleras que dan a la playa, mirando de reojo hacia el edificio.

Mi primer potencial comprador se fue sin dar ninguna señal apreciable de interés y decidí, con el próximo, cambiar de estrategia. Casi al terminar el día otro señor, de similares características, se presentó en la entrada del departamento piloto. Salté del sofá donde hace rato me enredaba en algún recuerdo poco sano y me abalancé sobre él, agradecida de antemano por haberme salvado de las profundidades de mí misma. Recordé mi nueva estrategia y casi no hablé. Me limité a hacer un recorrido descriptivo del departamento. El ejecutivo en vacaciones II, después de repetir absurdamente el nombre de cada sitio que le mostraba (el baño, decía yo, el baño, repetía él; la cocina, decía yo, la cocina, repetía él; el living, la terraza, el dormitorio principal, etc... y él, el living, la terraza, el dormitorio principal) agradeció mi tiempo; lo único original que dijo además de un par de exclamaciones muy medidas, y se fue dejándome sumida en una poco digna duda acerca del sentido de todo aquello. Lo dejé en la puerta y estuve a punto de decir "la puerta", pero no lo hice. Volví al departamento piloto y me tiré de nuevo en el sofá azul con rayas blancas. Antes miré hacia la calle, esperando ver al chico. No estaba.



El domingo por la tarde, mientras intentaba traducir la canción *Solitude Standing* de Suzanne Vega, escuché

el timbre y salí, folleto en mano, dispuesta a repetir las bondades del edificio Costanera, pero no encontré a nadie. A pesar de estar nublado había un centenar de personas en la playa, llenándola de colores y ruidos. Bajé hasta el acceso del edificio, a ver si el gracioso andaba todavía cerca, pero no. Crucé la calle. Pensé en encontrar al chico de pelo rojo mirando hacia el edificio. Tampoco. Volví al departamento y me quedé ahí, apoyada en la ventana, no sé cuánto tiempo, pensando en el porcentaje que me correspondería por cada departamento vendido y en las posibilidades de consumo que eso significaba. Enero amenazaba con irse rápido y febrero era el mes obligado para irse a algún sitio, sola o acompañada –eso estaba por verse– y además necesitaba una impresora nueva. Lo otro era guardar el dinero. Ahorrarlo. Juntarlo con los demás ahorros del año, o definitivamente comprarme la moto que Christian insistía en ofrecerme sólo a mí. Tú tienes una relación especial con esta moto, decía cada vez que nos encontrábamos. A mí no me mataba la idea de tener una moto, pero tampoco la había desechado. Además, estaba barata y, era cierto, me traía gratos recuerdos. En eso estaba cuando reconocí un par de ojos y un pelo como una pequeña llama que ardía allá abajo, frente al edificio Costanera.



Durante la semana, en Santiago, fuí al cine con la Ana María y Christian. Ella y yo habíamos pololeado alguna vez con él, en distintas épocas, y eso establecía un víncu-

lo especial entre los tres. Más de alguna vez, con exceso de alcohol en la cabeza, pensé en la posibilidad de un episodio erótico triangular, pero nunca lo manifesté abiertamente. Supongo que no sólo yo lo pensaba, porque a veces, cuando nos encontrábamos por ahí, con otros amigos, inevitablemente terminábamos los tres, alargando el asunto hasta que alguno echaba pie atrás y decía bueno, ya es tarde, mañana hay que trabajar, o algo por el estilo, y nos íbamos, apretados y silenciosos en la camioneta de Christian, que pasaba a dejar primero a la Ana María, que vivía más lejos, y luego a mí. Ese día, a la salida del cine, nos encontramos con unos amigos de Christian y después de recorrer un par de sitios ruidosos partimos todos a mi casa, por insistencia de la Ana María, y terminamos emborrachándonos con un brebaje incendiario que alguien preparó mezclando un poco de todo lo que tenía en el bar. Casi amanecía cuando se fue el último invitado, que de paso se llevó a la Ana María con él.

Era el tercer o cuarto fin de semana en Algarrobo, pudriéndome en ese departamento piloto que ya empezaba a detestar, con sus tonitos pastel y sus sofá rayados. Estaba escuchando a la Björk, en el *walkman* de mi hermana, que olvidó en mi departamento una noche que fue a verme porque según dijo le habían contado que yo andaba rara. No pasa nada, le dije, tratando de entender esa afición absurda de algunos por echar a correr rumo-

res o versiones antojadizas acerca de estados mentales ajenos y opté por invitar a la Ester a quedarse y preparamos una pizza de anchoas, que a las dos nos gusta y que alguna vez nos enseñó a preparar la mamá, cuando aún vivía. Esa noche hablamos de ella finalmente, como siempre ocurría, de los buenos tiempos, cuando ni siquiera ella podía imaginar que ese pequeño bultito recién descubierto en su cuello terminaría por invadir su cerebro y mandarla a la tumba apenas seis meses después. Mientras lavábamos los platos, noté que Ester guardaba un silencio poco habitual. Supuse que me iba a contar algo y preferí esperar. Cuando estábamos por acostarnos se puso a llorar súbitamente y terminó confesándome que había terminado con Felipe porque lo sorprendió besándose con Óscar en el auto, a la salida de un pub, los dos borrachos, un día que salieron cada uno por su lado. El muy maricón, dijo, me tuvo engañada todos estos meses. Ya hermanita, le dije, no dramatices, tú sabías que siempre hubo rumores sobre Felipe y esas cuestiones a la larga siempre resultan ser verdad. Además, no tiene nada del otro mundo, agregué, está de moda. Huevona, me dijo la Ester, y me tiró la almohada, sonándose los mocos con mis sábanas nuevas. No sé por qué me pasan estas cuestiones a mí, la oí decir más tarde, cuando ya casi dormíamos, si la amante de causas perdidas eres tú. Nos reímos, porque era tarde, porque hace tiempo no estábamos así, porque lo de Felipe y



Óscar no dejaba de tener gracia y porque, quién sabe, tal vez algo de cierto había en lo último que dijo.

Estaba pensando en ella, en lo niña que era a pesar de ser la mayor y en lo mal que nos llevábamos cuando vivimos juntas luego de la muerte de mamá. Después, cuando decidió irse a la casa del papá, la historia cambió y empezamos a ser amigas. Yo estaba recién empezando a trabajar en ese tiempo y la eché de menos un rato largo, pero fue lo mejor. En eso estaba pensando cuando lo ví otra vez. Andaba con la misma polera naranja, a rayas, que parecía combinar con su pelo. Miraba hacia acá. A mí. Me alejé de la ventana. Fuí a buscar una bebida helada que compré antes de llegar y me quedé un rato en la cocina, mirando ese mobiliario blanco, con repisas de madera natural, y ese cuadro tipo Village con palmeras y sol que alguien puso ahí para prolongar la sensación de verano-eterno, que era uno de los atractivos para los futuros habitantes del Edificio Costanera. El reloj, blanco con manecillas rojas, marcaba las cuatro en punto de la tarde. Por alguna razón recordé la cocina de nuestra antigua casa y la figura de mamá, los días domingo, preparando los consabidos kuchenes que en sus últimos meses ya nadie disfrutaba, porque debido a su enfermedad mamá confundía la sal con el azúcar y la harina, equivocando ingredientes y proporciones, para terminar ofreciendo con ilusión unos amasijos intragables a la hora del té. Todos –papá, Ester y yo, más alguna visita



ocasional– hacíamos que comíamos, deshaciéndonos de los bocados al primer descuido, y elogiábamos las dotes de repostera que mamá había heredado de las tías solteronas con las que se crió. Esos domingos en casa, antes de su enfermedad, son tal vez los días que recuerdo con mayor nostalgia. En eso coincidimos todos, porque aunque no siempre reinaba la armonía, podíamos sentir que éramos una familia.

Cuando volví a la ventana, el pequeño ya no estaba. Salí con ánimo distraído. Crucé lentamente la calle y por poco un imbécil me atropella. El bocinazo me sobresaltó. Me volví a mirar el edificio, tratando de descubrir qué podía llamar tanto su atención. Era un edificio de esos típicos que construyen a orillas de la playa. De colores claros, con balconcitos para instalar una solera, poca altura y mucha ventana. De hecho, el edificio del lado era bastante mejor y ya estaba completo, a pesar de que ambos fueron construídos casi en el mismo tiempo. Me quedé ahí, esperando por sí volvía, hasta que un auto se detuvo frente al edificio y una pareja de unos treinta y cinco años promedio se bajó con claras intenciones de visitar el departamento piloto. Volví a cruzar la calle y entré detrás de ellos.



La pareja venía de La Serena y andaban buscando una casa que supuestamente existía ahí antes que construyeran el edificio. Eso me explicó él, mientras ella se sentó con las piernas cruzadas y sacó un cigarrillo que yo

encendí solícitamente. Era evidente que no estaban interesados en comprar un departamento, pero los atendí como si se tratara de clientes, en una suerte de ejercicio personal. Les conté que mi rol ahí era vender esos metros cuadrados de vivienda y que desconocía totalmente lo que hubo antes en dicho lugar. Que tal vez si preguntaban al conserje del edificio vecino, el de la izquierda, porque el otro también es nuevo, podrían darle más información. Él y ella se miraron con desconsuelo. Parecían nerviosos, como si les costara estar ahí, conmigo, o en ese sitio. Ella se levantó y fue hacia la ventana. Yo me acerqué a llevarle el cenicero y cuando estaba a punto de alcanzárselo, volví a ver al niño colorín, pero no pude reaccionar porque la mujer lanzó al mismo tiempo un chillido destemplado y cayó al suelo inconciente. El hombre corrió a socorrerla y yo sólo atiné a recoger el cigarrillo del suelo antes que quemara la alfombra. El hombre arrastró a su mujer hasta el sofá y yo fuí a traer un vaso de agua. Cuando volví, ella se estaba recuperando, pero en sus ojos había una expresión tal que preferí esperar a que hablara antes de preguntar nada. El esposo se adelantó y preguntó qué le había pasado. Ella nos miró todavía asustada y sólo dijo: vámonos, por favor vámonos de aquí. El hombre me miró, sin entender, igual que yo, e insistió en saber. Ella se puso de pie con alguna dificultad, desechó el vaso de agua que yo le ofrecí y ocultando la cara agarró al hom-



bre de un brazo y salieron, a toda prisa, como si la culpa de todo la tuviera yo, o el departamento piloto, o la ventana.

Obviamente, el incidente me alteró. Opté por salir y esperar en la calle a que la Ana María, que estaba en uno de los balnearios cercanos, me pasara a buscar para irnos a la casa de su hermana que estaba sola. Los anteriores fines de semana me había quedado en casa de una tía abuela, pero sólo llegaba a dormir, porque la señora era lejos lo más insoportablemente refinada que conocía. No era que sus costumbres rancias me molestaran en extremo -al fin y al cabo eran marcas de familia de las que una no puede desprenderse tan fácilmente- pero no me parecía la compañía más adecuada después de haber pasado el día entero en ese departamento piloto, a la espera de clientes que nunca llegaban, preguntándome por qué ese mocoso aparecía y desaparecía de esa forma, o si acaso era yo la que estaba dando una importancia exagerada a su presencia, dado el tiempo que tenía de sobra para echar a volar mi imaginación.



La Ana María zanjó el problema diciéndome que tanta lectura me estaba haciendo mal, y que ella era partidaria de que me buscara otra cosa que hacer los fines de semana, porque eso de vender departamentos en la playa, en pleno verano, encerrada en un edificio vacío, le parecía un tanto insano. Tuve que tragarme su lógica y acompañarla a un restaurant donde había quedado de juntarse

con unos amigos, y finalmente me entretuve conversando con un tipo sospechosamente expresivo que se dedicó a contarme una rara historia de un perro abandonado por sus amos y que al cabo de un año volvió a su casa cruzando varios estados, en los Estados Unidos, donde él había vivido un año por intercambio estudiantil. Después, cuando ya nos íbamos, me confesó que lo había leído en un libro cuyo título no recordaba. Ya me parecía, le dije yo, por decir algo.

Al otro día era domingo. La Ana María me pasó a dejar al edificio, no sin antes rogarme que no fuera y que mejor la acompañaba a El Tabo, a ver a otros amigos. Después de escuchar un par de frases sobre la responsabilidad que ni yo misma me habría creído hace un tiempo, quedó de pasar a recogerme a eso de las ocho para volver a Santiago. Cuando llegué al departamento piloto me detuve un momento en la entrada y cierta inquietud me empujó a la cocina, a prepararme un café cargado y al primer cigarrillo del día, inusual para mí a esa hora. La mañana pasó rápido y nadie se acercó al edificio. A eso de las dos decidí que ya que de todas maneras no iba a vender nada, al menos iba a aprovechar la situación y saqué el sofá a rayas a la terraza, traje mi libreta de apuntes, un libro, el termo con café, una botella de agua mineral, y me instalé, en traje de baño, a tomar sol. Dos horas, me dije, embetunándome los brazos y la cara con un factor quince, y a las cuatro voy a cruzar la calle y me



voy a internar en ese mar azul a nadar un rato. El día lunes, pensé, alejándolo concientemente de su inmediatez dado que estábamos a domingo, voy a hablar con la Gaby y decirle que eso sería todo, que de vendedora de departamentos nada, que este edificio sencillamente no existe, salvo para un colorín imberbe que probablemente aparecerá en los diarios cuando grande, acusado de quién sabe qué crímenes atroces.

Me quedé dormida y cuando desperté tenía la piel roja y me ardía la cabeza. El agua mineral estaba tibia. Fui a la cocina por un poco de agua de la llave y pasé al baño a mojarme la cara. De pasada miré la hora en el reloj del living. Faltaban cinco minutos para las cuatro. Fui hasta la terraza. Encendí un cigarrillo con un poco de esfuerzo por la brisa. Cuando levanté la cabeza lo vi. No cabía ninguna duda que era a mí a quien miraba. Me sequé el sudor de la frente sin preguntarme si era el calor o un incipiente miedo. Miedo por qué, me dije, sin ningún orden en lo que estaba pensando. Me levanté del sofá y me apoyé en la baranda. Me pareció ver que sonreía. Eso me tranquilizó al punto que me sorprendí levantando una mano, haciéndole una seña, esperando que no me contestara, que no estuviera mirando hacia aquí, sino al edificio vecino, haciéndome ver mi error. Después de unos segundos también levantó una mano, repitió mi seña y sonrió. Ahora sí estaba segura. Quise decirle algo, gritarle, pero no me salió la voz. La playa estaba llena de



gente. Había autos, bocinazos, vendedores de helado que pasaban por su lado, otros pequeños, perros. Pero él parecía no ver a nadie más que a mí. Sus ojos estaban fijos en el edificio, en esta terraza, en mis ojos que tuve que cerrar porque me estaban doliendo. Cuando volví a abrirlos, se había ido. Pensé en bajar a la playa pero no pude. Inexplicablemente me sentí muy cansada y volví a recostarme en el sofá.

Una media hora más tarde, mientras trataba de ocupar mi atención en otra cosa, hojeando una revista de promoción de los departamentos, escuché un ruido cerca de la puerta. El miedo volvió. Bajé a ver, pero no había nadie. Me tranquilicé pensando que eran las cinco de la tarde, que la playa estaba a dos pasos, llena de gente y que ese era mi último día como vendedora de departamentos. Recién entonces reparé en la pareja que había atendido la tarde anterior, sentados en un restaurant al aire libre, un poco más allá, con las manos tomadas, en silencio, y la vista fija en el Edificio Costanera.



Me habían visto salir. El hombre se levantó y cruzó la calle, sin apuro. Ella se quedó donde estaba, como si él siguiera a su lado. Busqué un cigarrillo inexistente y él pareció darse cuenta, porque antes de saludarme –o al mismo tiempo– me ofreció uno de los suyos. Vivíamos aquí, dijo. Me senté junto al letrero que invitaba a visitar el departamento piloto. Él permaneció de pie.

La Ana María me encontró todavía en el mismo sitio. Me ayudó a recoger mis cosas, a cerrar todo, y a salir de ahí. Bueno, me dijo, cuando ya estábamos en el auto, saliendo de Algarrobo, cuéntame, qué pasó, por qué tienes esa cara. Le conté.

Vivían ahí. Su hijo mayor murió hace diez años manipulando un revólver de su abuelo, que estaba cargado. Estaba sólo en casa, porque ellos habían salido a hacer las compras y él no quiso ir. Estaban en el supermercado cuando alguien les avisó. Cuando llegaron ya estaba muerto. Era el primer hijo. Eran un matrimonio feliz. Después de eso no pudieron sobreponerse a la tristeza. Decidieron vender la casa y trasladarse a otra ciudad. Les tomó años volver. Eso es todo.



La Ana María me miró y por unos minutos no dijo nada. Estacionó en el primer servicentro que encontramos. ¿Un cafecito?, propuso. Yo asentí.

SOLITUDE STANDING

Suzanne Vega

Solitude stands by the window
she turns her head as I walk in the room
i can see by her eyes she's been waiting
standing in the slant of the late afternoon
and she turns to me with her hand extended
her palm is split with a flower with a flame.

Solitude stands in the doorway
and I'm struck once again by her black silhouette
by her long cool stare and her silence
i suddenly remember each time we've met
and she turns to me with her hand extended
her palm is split with a flower with a flame.



And she says "I've coming to set a twisted thing straight"
and she says "I've come to lighten this dark heart"
and she takes my wrist, I feel her imprint of fear
and I say " I've never thought of finding you here".

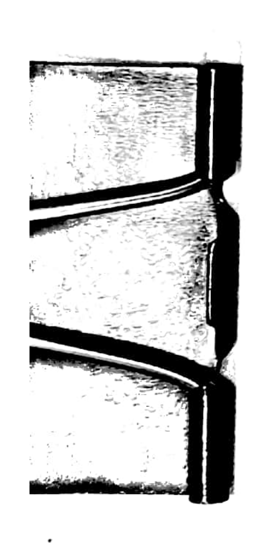
And I turn to the crowd as they're watching
they're sitting all together in the dark in the warm
i wanted to be in there among them
i see how their eyes are gathered into one
and she turns to me with her hand extended
her palm is split with a flower with a flame.

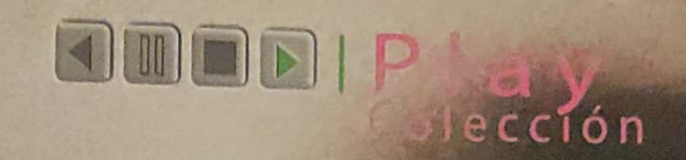
And she says "I've coming to set a twisted thing straight"
and she says "I've come to lighten this dark heart"
and she takes my wrist, I feel her imprint of fear
and I say " I've never thought of finding you here".

Solitude stands in the doorway
and I'm struck once again by her black silhouette
by her long cool stare and her silence
Iisuddenly remember each time we've met
and she turns to me with her hand extended
her palm is split with a flower with a flame.









PLAY, es una nueva colección de literatura urbana, contemporánea, elaborada a partir de retazos de imágenes, voces urgentes, los últimos acordes de una guitarra eléctrica o los primeros beats de un sintetizador. En PLAY cabe la mirada desesperanzada de un anarquista o la indestructible ilusión del romántico.

Con mp3 –esta antología de autores chilenos enfrentados a la inspiración musical– debuta un sello que busca una nueva visión del fenómeno literario y de la manera de narrar historias indagando en el cuento, la novela o el ensayo.

Portada: Imagen SuperStock Chile.

Bernardita Puga
Francisco Ortega
Alejandro Alaluf
Sebastián Arrau
Josefina Fernández
Pablo Illanes
María José Viera-Gallo
Roka Valbuena
René Arcos Levi

Una mujer intenta reconstruir el mapa de sus afectos.
Dos desconocidas hablan de Depeche Mode en un cementerio.
Un adolescente se emborracha y desafía a su *flipper* favorito.
Un hombre se desespera por la implacable ausencia de la hembra que lo excita sexualmente.
Una chica moderna se entrega sin culpas a los placeres masculinos.
Una historia de amor funesto se teje en una discoteca barriobajera.
Un joven descubre en Londres la clave para entender ciertas cosas inexplicables.
A los setenta y cuatro años un Maestro Sensei descubre lo agradable que puede ser un abrazo.

Nueve cuentos.
Nueve autores.
Nueve canciones que, gracias a la intensidad de aquel enigma llamado inspiración, se convirtieron en historias.

ISBN 956-13-1831-8
9 789561 318311